

CÉSAR A. FRANCO MARTÍNEZ

EE
ENCUENTRO

RELIGIÓN

CRISTO, NUESTRO AMIGO

Diálogo con trama de Evangelio

Ensayos

406

CÉSAR A. FRANCO MARTÍNEZ

Cristo, nuestro amigo

Diálogo con trama de Evangelio



ENCUENTRO

© 2010
César A. Franco Martínez
y
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17, 10^a - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

Prólogo	11
Capítulo I:	
TESTIGOS Y AMIGOS QUE SABEN	17
Capítulo II:	
JESÚS NOS LLAMA AMIGOS	33
Capítulo III:	
EL COMIENZO DE LA AMISTAD	51
Capítulo IV:	
CRECER EN LA AMISTAD. I: LA MENTE DE CRISTO	69
Capítulo V:	
CRECER EN LA AMISTAD. II: LAS ENTRAÑAS DE CRISTO	89
Capítulo VI:	
EL SELLO DE LA AMISTAD	105
Capítulo VII:	
LA HORA DE LA AMISTAD	121
Capítulo VIII:	
LA ALEGRÍA DE LA AMISTAD	141
Capítulo IX:	
RETRATOS Y MODELOS DE AMISTAD	159
Capítulo X:	
EL ÚLTIMO DESEO DE JESÚS	179

A mis amigos

«Considero la amistad con Jesús como un faro
en el horizonte oscuro de nuestra época»¹.

¹ R. Schnackenburg, *Amistad con Jesús* (Biblioteca de Estudios Bíblicos Minor 3), trad. de M. Olasagasti Gaztelumendi, Salamanca 1998, 11.

PRÓLOGO

Este libro me viene rondando en la cabeza desde mis años de estudio en Jerusalén, al inicio de los ochenta. Una mañana me encontraba leyendo en el patio de la Escuela Bíblica de los padres dominicos, situada en el lugar tradicional de la lapidación del diácono Esteban, cuando entró con su mochila al hombro un joven americano, Gary, y se puso a curiosear la fachada de la basílica. Me preguntó si aquella iglesia era algún lugar importante de Jerusalén. Le expliqué someramente la historia del lugar, su hallazgo por el P. Lagrange, fundador de la escuela, la compra del terreno, y le enseñé alguno de los restos arqueológicos, las tumbas del patio y parte de los mosaicos de la primitiva iglesia (construida por la emperatriz Eudocia y dedicada por san Cirilo de Alejandría en el s. V), que aún se conservan en el interior de la basílica. Naturalmente, tuve que hablar de los orígenes del cristianismo, de la muerte de Esteban, de Saulo de Tarso y de Jesucristo. Percibí que el joven, aunque era creyente, tenía poco conocimiento de la fe, pero poseía una gran inquietud y un deseo de saber de Cristo, que le había llevado a ahorrar su dinero para ir como peregrino a Jerusalén. Como esa mañana yo no tenía muchas ganas de estudiar, y el joven no dejaba de hacerme preguntas, me presté a acompañarle en un rápido itinerario que

trazamos sobre la marcha y que nos ocupó hasta el mediodía. Y no dejamos de hablar de Cristo.

De vuelta a casa, pensé que, como aquel joven, hay mucha gente que vive con la pregunta sobre Cristo clavada en el alma, con deseos de saber más de Él, pero sin nadie a su lado que le ayude en el camino de la fe. Gente como la del tiempo de Jesús, que oía de Él, de su predicación, de sus milagros, y se hacía la pregunta clave: ¿quién es este hombre? Entonces surgió la idea de escribir un diálogo que recogiera las preguntas que me hizo Gary, con otras muchas que la gente suele plantear a los sacerdotes, y desbrozara el camino que conduce a la amistad con Jesucristo. Cuando conocí a Gary, yo era sacerdote; ahora soy obispo. Sólo puedo hablar como tal, máxime si se trata de conducir a la fe. He querido, por ello, que los personajes de este diálogo lleven los nombres de *amigo* y *obispo*: el de *amigo*, porque cualquier hombre está llamado a ser amigo de Cristo, y así me acercaré al lector, con la única pretensión de servirle en el camino hacia su amistad, en la que yo también me incluyo; y el de *obispo*, porque me permite situarme mejor en una relación de servicio a quien busca crecer en la fe. También me permitirá hacer alguna reflexión sobre el significado de este ministerio, que tiene, entre sus finalidades, la de garantizar la verdad sobre Jesús.

He escogido el género de diálogo porque se ha utilizado desde antiguo por maestros y filósofos para crear un clima de intimidad y cercanía, donde quien desea saber interroga a quien puede comunicarle la verdad que busca. Es el método seguido por Cristo en preciosos lugares del evangelio de san Juan, cuyo texto, nacido de la pluma de un amigo predilecto del Señor, me servirá como telón de fondo de este diálogo. ¿Quién no recuerda, por una sola vez que lo haya leído, el diálogo de Jesús con Nicodemo, con la mujer samaritana, o el dramático tú a tú de Cristo con el procurador Poncio Pilato? Dialogar abierta y amablemente sobre la fe me parece hoy una de las prioridades fundamentales de la Iglesia y una

tarea que nunca deberíamos olvidar los pastores. Naturalmente, el diálogo es ficticio. Pero no el contenido del mismo, que toca los fundamentos de la fe y las preguntas que el hombre se hace ante la persona de Cristo, cuando es alcanzado por su luz y atraído hacia su amistad.

El lector es libre de poner el marco y la escena del diálogo. Cualquier lugar es bueno para dialogar sobre Cristo, que lo hizo en tantos y diversos escenarios: casas particulares, el templo, la sinagoga, los caminos de Galilea y de Judea, las orillas del lago y las colinas que lo rodean. Jesús aprovechó toda circunstancia para acercarse al hombre y dejarse interrogar por él. Siendo la Palabra misma de Dios, se mostró a sí mismo en permanente disponibilidad para responder a las preguntas del hombre y para interpelar su corazón con otras que no se atreve a formular. También hoy, dialogar sobre Cristo puede hacerse en cualquier lugar donde un pastor de la Iglesia se ponga a tiro de la curiosidad, la inquietud o el deseo de crecer en la fe de quien busca. Este diálogo sólo tiene un escenario obligado, que llamamos casa de Dios o Iglesia. Y un lenguaje que nos viene dado, el del Evangelio que engendra la fe. Nada se entenderá de este diálogo si no entramos, aunque sólo sea por curiosidad, en esa casa donde habita el Espíritu, la Palabra, la Gracia, los Sacramentos. Todas estas realidades, reveladas por Cristo, constituyen la casa donde el hombre puede encontrarlo con toda certeza. Quizás haya alguna palabra que no entienda, alguna imagen que le resulte extraña, pero no por eso uno se sale de la casa; como el niño que no entiende a veces el lenguaje de los mayores, pero está a gusto con ellos porque se siente en casa y sabe que cada día entenderá algo más de esas palabras que terminarán por hacerle adulto. En la Iglesia, de hecho, todos somos niños, que aprendemos día a día el misterio que la trasciende y supera, el Cristo viviente en ella. No se preocupe el lector si no entiende todo. Al menos entenderá el Espíritu con que se dice, el que da vida

a las palabras y las acomoda a nuestro deseo de saber y de comprender el misterio. Dios hará el resto.

El tema central del diálogo, y su hilo conductor, es la amistad con Cristo. Pensando en la soledad del hombre contemporáneo, joven o adulto, me parece el más adecuado y sugerente para presentar a Cristo como quien entra en nuestra vida para ofrecernos el don de su amistad. Además, en el discurso de despedida, antes de morir, Jesús dice a sus discípulos unas palabras que deberían sorprendernos siempre por su radical novedad: «No os llamo ya siervos porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»². En esta afirmación de Jesús se encierra el mensaje del cuarto evangelio: Cristo ha venido a darnos a conocer todo lo que sabe del Padre. Al hacerlo, nos permite participar de su misma vida, que es lo que pretende todo buen amigo. Si Cristo nos llama amigos, es porque Él quiere serlo de verdad para cada uno de los hombres que se acercan a Él. Por eso, insisto, el hilo conductor de este diálogo será el de la amistad que nos ofrece. «La amistad en Juan —escribe un estudioso de este evangelio— es la promulgación del amor de Dios, que está encarnado en Jesús y que Jesús audazmente hace disponible para el mundo»³.

² Jn 15,15. Jesús dice estas palabras en el contexto de la última cena con los apóstoles. Ellos son, por tanto, los primeros destinatarios de sus palabras. Pero, según R.E. Brown, *El evangelio según san Juan, XIII-XXI*, trad. de J. Valiente Malla, Madrid 1999, 1024, «al hablar de los que ha elegido, el Jesús joánico se dirige indudablemente a todos los cristianos, los 'elegidos' de Dios (Rom 8,33; Col 3,12; 1Pe 2,4). Algunos llevan demasiado lejos esta idea y opinan que Juan no da especial importancia a los Doce. Pero estaría más de acuerdo con el pensamiento de Juan considerar a los Doce, los discípulos íntimos de Jesús, como modelos de todos los cristianos, tanto por el hecho de haber sido elegidos como por su misión de llevar la palabra a los demás».

³ G.R. O'Day, *Jesus as Friend in the Gospel of John: Interpretation* 58 (2004), 157.

Prólogo

Por último, quiero decir que este libro no pretende ser un tratado sistemático sobre la amistad con Cristo ni agotar un tema tan amplio y sugerente de la espiritualidad cristiana. En un diálogo no se dice todo. En muchas ocasiones, la espontaneidad corta el hilo de la conversación y la deriva hacia otros aspectos, apuntados o evocados de pasada, que abren caminos hacia el horizonte de una reflexión más amplia sobre la vida cristiana. En el diálogo se pregunta y se escucha. Se afirma y se insinúa. También se vuelve sobre cosas habladas. Y siempre queda el gusto por reanudar la conversación que despertó otros interrogantes o avivó deseos de saber más. Así me gustaría que fuese este diálogo: que avivara el deseo de conocer más y mejor a Jesucristo, de forma que el lector se anime a dialogar con Él personalmente, libre de intermediarios, en el silencio que sella todo diálogo. Estoy convencido de que, por mucho que quiera desbrozar el camino de la amistad con Jesucristo, ésta sólo se da cuando la persona abre sin reservas su intimidad y la ofrece a quien nos busca desde toda la eternidad para llamarnos «amigos».

Capítulo I

TESTIGOS Y AMIGOS QUE SABEN

Amigo: Me he decidido a hablar contigo porque me gustaría conocer más a Jesús. He leído y escuchado muchas cosas de él, he visto reportajes y alguna película sobre su vida, pero siempre me he quedado insatisfecho. Leo de vez en cuando los evangelios. Me gustan algunas cosas; otras no las entiendo. También he oído decir que los evangelios han cambiado la historia de Jesús para hacer de él un dios. Me han dicho que un obispo puede aclarar mis dudas, pero, a decir verdad, tampoco sé muy bien qué es un obispo.

Obispo: Mucha gente está interesada en conocer a Jesús porque es la personalidad más fascinante de la historia. El tiempo se cuenta en un antes y después de Cristo. Sus enemigos le dieron el nombre de «seductor»⁴ por su capacidad de atraer a la gente. De él, ciertamente, se han dicho muchas cosas verdaderas, otras falsas, pero siempre ha despertado la atención de quienes buscan la verdad. En su tiempo también se decían cosas contradictorias. Los pecadores le buscaban y los que se creían justos le juzgaban sin misericordia. Algunos oponentes, e incluso familiares, afirmaban que estaba loco, que le gustaba comer y beber o que estaba endemoniado.

⁴ Mt 27,63: «Recordemos que ese seductor, vivo aún, dijo...».

Sus amigos y mucha gente del pueblo creían en Él, le escuchaban admirados y le seguían porque veían en Él un gran profeta, un Maestro de la verdad que enseñaba con autoridad, una persona excepcional que amaba a los hombres con infinita compasión y les conducía a Dios. Los evangelios cuentan su vida a grandes rasgos, transmiten su enseñanza y, sobre todo, afirman que murió y resucitó al tercer día para salvar a todos los hombres del pecado y de la muerte. Por esta razón, sus seguidores, los cristianos que formamos la Iglesia, le confesamos como Dios y Señor, porque sólo Dios puede vencer la muerte para siempre.

Amigo: ¿Podemos saber realmente la verdad de su vida, de lo que ocurrió? ¿Qué razones hay para fiarse de que los evangelios dicen la verdad?

Obispo: Has dicho antes que no sabes qué es un obispo. También sobre esto habrás escuchado muchas cosas, pues los medios de comunicación hablan con frecuencia de los obispos y no siempre con competencia y objetividad. No creas que mucha gente sabría dar la definición exacta de un obispo. En las visitas que hacemos a las comunidades cristianas, me he llevado alguna sorpresa porque muchos cristianos tampoco saben decir qué es un obispo. Los obispos somos los pastores de la Iglesia y sucesores de los apóstoles, es decir, de aquellos doce hombres que Jesús escogió para que fueran testigos de su vida y para enviarlos a predicar lo que él hizo y enseñó. Supongo que conoces algunos de sus nombres: Pedro, Juan, Santiago; también te sonará el que entregó a Jesús: Judas Iscariote. Los obispos continuamos la misión de los apóstoles, que consiste, entre otras cosas, en dar testimonio de la verdad de Jesús contenida en los evangelios y transmitida por la Tradición de la Iglesia. Nunca olvides que los evangelios han sido escritos por personas muy unidas a Jesús y al grupo de los apóstoles.

De los cuatro evangelios, dos han sido redactados por apóstoles, Mateo y Juan; y otros dos, por estrechos colaboradores de los apóstoles, Marcos y Lucas, que trabajaron junto a Pedro y Pablo respectivamente. Podemos fiarnos, por tanto, de lo que dicen porque son testigos fidedignos de los acontecimientos. Ésta es la razón de que puedas fiarte de un obispo, que, como sucesor de los doce apóstoles, te garantiza aquí y ahora la verdad sobre Jesús.

El interés por conocer la verdad sobre Jesús no es de ahora, sino de siempre. Para garantizar la verdad sobre su narración, san Lucas comienza así su evangelio: «Puesto que muchos han intentado componer un relato de los acontecimientos cumplidos entre nosotros, según nos han transmitido los que, desde el principio, fueron testigos oculares, convertidos después en ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de informarme exactamente de todo desde los orígenes, escribirte ordenadamente, querido Teófilo, para que conozcas la firmeza de las doctrinas que has recibido de viva voz»⁵. Como ves, san Lucas se mete en la piel de un historiador de su época, que quiere ser fiel a los hechos, y se informa escrupulosamente de lo acontecido. Para ello acude a *testigos oculares*, a quienes da el título de «ministros de la palabra» porque se dedicaron a predicar el evangelio de Cristo.

Amigo: ¿De dónde viene entonces la desconfianza hacia los evangelios? ¿Por qué se dice que han cambiado la vida de Jesús?

Obispo: Planteas un problema muy complejo, como compleja ha sido la composición de los evangelios. Debes tener en cuenta que los evangelios no se han escrito de un tirón, sino que son el final de un proceso que comienza con la predicación de Jesús. Después de su muerte, se recogen sus palabras, sus enseñanzas,

⁵ Lc 1,1-4.

y se repiten oralmente; lo mismo ocurre con sus hechos y milagros. Todo se transmite, como era habitual entre los judíos, por tradición oral hasta que aparecen los primeros escritos a modo de colección. Posteriormente, las diversas colecciones de palabras y hechos adquieren la forma del evangelio. Es normal que en el período oral las cosas no se contaran siempre de la misma manera y hubiera repeticiones con sus variantes. Así se explican ciertas incoherencias del relato e incluso contradicciones: muchas cosas no se retuvieron en la memoria con la exactitud de quien toma notas o se sirve de un instrumento moderno de grabación.

Amigo: Entonces, ¿los evangelios no nacieron para contar la vida de Jesús?

Obispo: No exactamente. Si uno se acerca a los evangelios buscando una biografía exacta de Jesús, al estilo moderno, queda defraudado. Los evangelios no son biografías de Jesús. Poco o nada dicen de su infancia, de su adolescencia y de los años ocultos en Nazaret. No se describe su físico ni el tono de su voz ni los rasgos más sobresalientes de su carácter. De su madre María y de José, su padre adoptivo, apenas se dan datos para hacernos un retrato completo de su personalidad. Lo mismo ocurre con otros personajes que aparecen en el relato evangélico. Es un gran enigma, por ejemplo, la razón de la traición de Judas, hecho que un historiador o biógrafo habría descrito con detalle. Si queremos hacer un orden cronológico de los hechos narrados, nos encontramos con enormes dificultades: no se dan fechas y es difícil situar en lugares concretos acontecimientos importantes. No sabemos con certeza cuántos años tenía Jesús al comenzar su vida pública ni cuántos cuando murió. Es decir, no hay un interés estrictamente biográfico.

Sin embargo, si lees con atención los evangelios llegas a conocer la vida de Jesús, su carácter y personalidad, su modo de hablar y

actuar, sus gustos y preferencias, su enorme sensibilidad y capacidad para llegar a la gente. Cada evangelista, además, nos ofrece un retrato de Jesús, de su mundo interior, según los aspectos de su persona que quiere resaltar. Y uno percibe que ahí está la vida de Jesús contada por testigos oculares o personas muy cercanas a los acontecimientos, que hicieron el largo camino de la fe, desde el día que lo conocieron hasta que comprendieron quién era realmente aquel profeta de Nazaret. Esto sucedió con el gran acontecimiento de la resurrección, que abrió los ojos de los apóstoles a la verdad última de Jesús y les permitió entender todo lo que Él les había dicho antes veladamente sobre sí mismo. Porque, en realidad, lo que narran los evangelios tiene su base en lo que Jesús dijo de sí mismo y de Dios, su Padre. Toda la enseñanza impartida antes de morir se iluminó plenamente con la luz nueva que brotaba de la resurrección.

La desconfianza sobre los evangelios viene, en gran medida, a partir de la época de la Ilustración, que considera todo lo sobrenatural, es decir, lo que no es accesible a los sentidos, como un mito, una leyenda, algo inexistente. En su famosa vida de Jesús escrita en esta época racionalista, Renan, escritor francés, dice claramente que no puede aceptar los evangelios porque cuentan hechos sobrenaturales. Se niega entonces la historicidad de la resurrección de Cristo y de sus milagros. Si a esto se añade la dificultad de elaborar, con los datos que poseemos, una biografía de Jesús, se concluye que lo que cuentan los evangelios no es histórico y que sus autores han transformado la vida de Jesús.

Amigo: ¿Qué respuesta se da a estas objeciones? No será fácil responder a ellas y no creo que muchos cristianos puedan hacerlo con sólidos argumentos.

Obispo: Tienes razón, no es fácil. Muchas de estas objeciones sólo pueden responderse desde un estudio minucioso de los problemas.

San Pedro dice que el cristiano debe ser capaz de dar respuesta de su fe y de su esperanza⁶, lo cual exige formación. Hay respuestas, sin embargo, que son de lógica elemental. Es incomprensible que el cristianismo tenga como fundamento una mentira sobre Jesús, que habrían propagado sus seguidores. Para crear una falsedad de tal magnitud, o un mito que deforma la historia, se necesita sobre todo que hayan muerto los testigos de los acontecimientos, los cuales, amigos o no, podían denunciar la mentira. Los estudios más serios sobre este tema han mostrado que la tradición sobre Jesús empezó a existir al poco tiempo de su muerte. Comenzaron a circular relatos de sus hechos y milagros, colecciones de sus palabras y la narración de su muerte y resurrección. Cuando san Pablo se convierte, cuatro o seis años después de la muerte de Cristo, ya existía una tradición incontestable sobre Jesús, que el apóstol recibió en sus catequesis y utilizó en su predicación. En suma, no ha habido tiempo para crear el mito de Jesús.

Por otra parte, ¿cómo explicar que los apóstoles Pedro, Pablo y Santiago padecieran el martirio por algo que no era verdad? Nadie en sus cabales da la vida por una mentira. Sabemos además, por los mismos evangelios, que en un primer momento los apóstoles no creyeron en la resurrección hasta que Cristo se les presentó vivo. Un caso todavía más extraordinario es el de Saulo de Tarso. Él mismo dice que era perseguidor de la Iglesia y que blasfemaba contra Cristo. Cuando iba a Damasco para encarcelar a los cristianos, afirma que se le apareció Jesucristo y le llamó para que fuese su apóstol. Son muchas las explicaciones «racionalistas» que se han dado de este hecho para evitar hablar de lo sobrenatural de la aparición. ¡Cuesta mucho más creer en ellas que en lo afirmado por san Pablo! ¡Para negar lo sobrenatural también se necesita fe! Nadie ha visto, en efecto, la resurrección de Cristo ni su encarnación en el

⁶ Cf. 1Pe 3,15.

seno de María. Pero esos misterios son más razonables que muchas explicaciones de la mera razón, que se niega a aceptar lo sobrenatural. De hecho, las teorías racionalistas sobre el sepulcro vacío de Cristo y de las apariciones del resucitado son irrisorias y rechazables por una razón limpia y libre de prejuicios.

Amigo: Aunque los evangelios no sean una biografía de Jesús, narran muchos acontecimientos de su vida y hablan de la historia y de los personajes de su tiempo. ¿Son fiables en esto?

Obispo: También hoy los estudiosos explican con serios argumentos la historicidad de los evangelios. El hecho de que no sean una biografía de Jesús no quiere decir que no sean relatos históricos. Hay muchas formas de presentar la historia. Y los evangelistas escogieron una que ofrece los datos históricos con una triple finalidad misionera, catequética y litúrgica. Me explico: a la luz de la Resurrección, lo que habían vivido junto a Jesús adquirió pleno sentido. Todo lo comprendieron desde una clave que hasta entonces había permanecido velada. Esa clave era la misma persona de Jesús que, al resucitar, había revelado su ser más personal: el del Hijo de Dios encarnado. Al mirarlo todo con esta clave, comprendieron que su misión era transmitir la verdad plena de Jesús para que otros creyeran. Así lo dice san Juan al final de su evangelio: «Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre»⁷. Ésta es la finalidad misionera.

Quienes ya creían, sin embargo, necesitaban profundizar más en la fe que confesaban. Para cubrir esta necesidad catequética nacieron muchos relatos evangélicos como sencillas catequesis sobre Jesús y el misterio de su persona. Por último, los cristianos

⁷ Jn 20,31.

se reunían el domingo para celebrar sus misterios y para cantar a Cristo como a Dios, según dice Plinio el Joven. De ahí que parte de los evangelios nacieran para ser leídos en la liturgia cristiana, como hacían los judíos con sus escritos sagrados en el culto de la sinagoga. Con esta extraordinaria actividad literaria, que dio origen a los evangelios, sus autores no cambiaron la vida de Jesús ni inventaron los datos que conocemos, sino que, fieles a la historia, la escribieron desde la fe que iluminó toda la vida de Jesús y que dio pleno sentido a la comunidad de quienes le amaban y le confesaban como su Señor.

Amigo: ¿Puedes poner algún ejemplo?

Obispo: Por supuesto. Jesús ha pasado a la historia como un gran taumaturgo, es decir, alguien que hace milagros. Los relatos de milagros ocupan gran parte de los evangelios. Que Jesús hizo milagros era algo admitido hasta por sus enemigos, que le acusaban de poseer tal poder por su alianza con el diablo. Pero los milagros no son narrados como hechos extraordinarios sin más, sino con la intención de mostrar que Jesús es el Hijo de Dios resucitado de entre los muertos y llevar a la fe en él. En Caná de Galilea, Jesús hizo un milagro en el marco de una boda: convirtió el agua en vino. Al narrar este milagro, el evangelista utiliza recursos catequéticos para resaltar la *gloria de Jesús*, la que ha recibido en la resurrección. Uno de esos recursos es la extraordinaria cantidad de agua convertida en vino, alrededor de 600 litros, cantidad desorbitada si se tiene en cuenta las costumbres de la época y el número aproximado de invitados. Este detalle de la cantidad de litros es claramente simbólico, pues la abundancia de vino es una de las figuras más frecuentes en la Biblia para describir la alegría de la llegada del Mesías. En un texto judío casi contemporáneo del cuarto evangelio, se dice que la tierra producirá sus frutos en una cantidad diez mil veces

superior: cada vid tendrá mil sarmientos, cada sarmiento tendrá mil racimos, cada racimo mil uvas y cada uva unos quinientos litros⁸. Esta exuberancia de vino sólo pretende subrayar que el Mesías traería la abundancia de los dones de la salvación, representada en el vino. Cuando san Juan presenta tal cantidad de vino, apunta en la misma dirección: en Cristo han llegado los tiempos de la abundancia. Por eso termina el relato diciendo que sus discípulos vieron su gloria y creyeron en él. Con esta forma de narrar, no tergiversa la historia de un milagro, sino que lo cuenta para mostrar el misterio que se esconde en Jesús de Nazaret. De ahí que san Juan llame a los milagros «signos», es decir, señales que indican quién es Jesús.

Con este ejemplo comprenderás mejor la importancia de los testigos que narran la vida de Jesús, lo que hizo y enseñó. Gracias al testimonio de los que vieron, hoy confesamos la fe en Cristo. Gracias al apóstol Juan, que narra el milagro de Caná, podemos contemplar hoy la gloria de Cristo y confesar nuestra fe en él. Un gran filósofo del siglo XX, Josef Pieper, ha dicho con acierto que «si no hay nadie que sepa, no puede haber tampoco nadie que crea»⁹. Quiere decir que la fe se apoya en el testimonio de quienes «saben» de Cristo porque han vivido con él. De hecho, la primera condición para recibir el título de apóstol era haber estado con Jesús desde los comienzos. Cuando, después de la muerte de Judas, hay que elegir a uno que le sustituya, el libro de los Hechos dice: «Por tanto, es preciso que uno de los hombres, que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que fue llevado de entre nosotros al cielo, sea constituido testigo con nosotros de su resurrección»¹⁰.

⁸ 2Bar 29,5. Tomado de R.E. Brown, *El evangelio según san Juan, I-XII*, trad. de J. Valiente Malla, Madrid 1999, 328.

⁹ J. Pieper, *Las virtudes fundamentales*, Madrid 1976, 324.

¹⁰ Hch 1,21-22.

Amigo: Pero san Pablo, según has dicho antes, no era de ese grupo.

Obispo: Ciertamente, y eso le trajo sus problemas a la hora de reclamar para sí el título de apóstol. Poseía, sin embargo, la segunda condición: haber visto a Jesús resucitado. Si los apóstoles predicaban que Cristo estaba vivo, necesitaban poder atestiguarlo, y la única forma de hacerlo era haberlo visto. San Pablo vio a Jesús resucitado en el camino de Damasco¹¹. Cuando san Pedro predica en casa de los primeros paganos que reciben el bautismo, dice que Dios resucitó a Jesús de Nazaret «al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos»¹². Este texto es muy importante porque en él se afirma que los apóstoles no sólo vieron a Jesús resucitado, sino que éste quiso reanudar una relación semejante a la que había tenido antes de morir, comiendo y bebiendo con ellos a la mesa. Nunca olvidaron los apóstoles aquellas comidas en común, donde su amistad con Cristo se fue fortaleciendo en torno a la mesa. Jesús quiso mostrarles que, aunque ahora ya no vivía físicamente presente en medio de ellos, seguía junto a ellos. Estos hombres son los testigos de Cristo o, con las palabras del filósofo, los que «saben» de Jesús y garantizan, por tanto, la verdad en que confiamos. En realidad, la fe es una cuestión de confianza. Pero no de una confianza ciega o sin fundamento.

Amigo: Es difícil poner la confianza en personas que han vivido hace tanto tiempo. Uno confía en las personas que ve y trata, en sus padres, maestros, amigos.

¹¹ Cf. Hch 9,27.

¹² Hch 10,40-41.

Obispo: También a los apóstoles les costó poner su confianza en Jesús a pesar de vivir con él. Tardaron en darse cuenta de su grandeza. Más aún: tuvieron que pasar de la incredulidad a la fe, pues se habían hecho una imagen de Jesús muy terrena, vinculada a sus propios intereses. Cristo tuvo con ellos mucha paciencia y les dio muestras de su confianza hasta que les condujo a la fe madura. Piensa en san Pedro, que le negó tres veces; sin embargo, Cristo le confió el cuidado de toda la iglesia. O en san Pablo, que pasó de perseguir a la Iglesia a ser apóstol entre los gentiles porque Cristo puso en él su confianza. En cuanto a la distancia que nos separa de los apóstoles, no olvides que los obispos les sucedemos y hacemos presente su testimonio. Es verdad que una cosa nos diferencia de los apóstoles: no hemos visto al Señor ni hemos sido testigos directos de los acontecimientos; también nosotros debemos, por tanto, depositar nuestra confianza en los apóstoles. Pero su testimonio está presente en sus sucesores, como Pedro sigue presente en el obispo de Roma. La primera carta de san Juan comienza con estas palabras que te servirán para superar esa distancia que nos separa del comienzo del cristianismo y te ayudarán, por consiguiente, a confiar en quienes están en el origen de nuestra fe:

«Lo que existía desde el principio,
lo que hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que contemplamos
y palparon nuestras manos
acerca de la Palabra de vida
—pues la Vida se manifestó,
y nosotros la hemos visto y damos testimonio
y os anunciamos la Vida eterna,
que estaba junto al Padre y que se nos manifestó—,
lo que hemos visto y oído,

os lo anunciamos,
para que también vosotros estéis en comunión con nosotros.
Y nosotros estamos en comunión con el Padre
y con su Hijo Jesucristo.
Os escribimos esto
para que nuestro gozo sea completo»¹³.

Alguien que ha vivido con Jesús, a quien llama *la Vida* o *la Palabra de la vida*, alguien que lo ha visto, oído y tocado con sus manos, ha escrito esto. Si lees este texto pensando que se escribe para ti y que tú formas parte de ese *vosotros* a quien se dirige el apóstol Juan, se desvanecerá esa distancia de los siglos. Ésta es una de las cualidades que tiene la Palabra de Dios: hacer actual y presente lo que comunica. Si tú deseas conocer mejor a Jesucristo y formar parte de ese *nosotros*, pon tu confianza en quienes han visto, oído y tocado a Jesucristo, la Palabra de la Vida. ¿Acaso no depositas tu confianza en los grandes maestros de las ciencias que quieres conocer? ¿No te fías de su conocimiento y veracidad? En realidad, no hay avance en la vida humana si no nos fiamos de quien ha dado muestras de conocer la verdad de aquello que nos interesa conocer. Todo aprendizaje se funda en la confianza. Te invito, por tanto, a que, como decía un maestro, dejes «tus manos descansar en las mías»¹⁴ y escuches las palabras que salen de mis labios. Ellas repiten las que predicaron los apóstoles, que, a su vez, recogían las que pronunció Jesús. A esto se llama Tradición, una realidad sagrada, que nos mantiene vivos en la Iglesia porque, en último término, nos remonta a la persona de Cristo, origen de todo, y nos permite creer y vivir en él.

¹³ 1Jn 1,1-4.

¹⁴ Eugenio D'Ors, *Aprendizaje y heroísmo*, en el mismo, *Diálogos* (Temas de España, 110), ed. de Carlos D'Ors, Madrid 1981, 61.

Amigo: Si es una persona la que escribe, ¿por qué dice *nosotros*? ¿Por qué habla en plural? ¿A quienes se refiere?

Obispo: Habla en plural porque su testimonio es el de los apóstoles y el de aquellos que ya han creído por su predicación. Habla en nombre de la Iglesia, la comunidad que ha nacido en torno a Jesús. Un cristiano no vive aisladamente, ni confiesa su fe en solitario¹⁵. Tertuliano, un gran escritor de los siglos II-III de nuestra era, decía que «un cristiano solo no es cristiano». Jesús había dicho que donde hubiera dos o tres reunidos en su nombre, allí estaba él. Cuando Jesucristo llama a alguien, es para introducirle en su Iglesia, en la comunidad de los que creen en él. La fe hace de los cristianos un *nosotros*, una comunión que se extiende por el mundo entero y nos permite, aun cuando estemos solos, vivir acompañados de toda la Iglesia. Dentro de la Iglesia, los apóstoles forman un *nosotros* especial, sobre el que se edifica el resto de los demás cristianos. Es el grupo que fundamenta y sostiene a toda la Iglesia. En el texto que te he leído, quien habla en plural es un apóstol, Juan el evangelista, que ha encontrado la Vida con mayúscula y quiere que todo el mundo lo sepa y pueda disfrutar de ella. Por eso lo anuncia, *para que vosotros estéis en comunión con nosotros, y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo*. Todo va dirigido a vivir en esa comunión. Quien entra en comunión con los testigos de Cristo, sus apóstoles, entra en una relación vital con Jesús y con su Padre.

Amigo: Entonces, ¿quien no está en comunión con los apóstoles no puede tener una relación vital con Jesús?

Obispo: Así es. La palabra *comunión* expresa muy bien qué es la Iglesia: un misterio en el que todos estamos unidos por una misma

¹⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 166: «Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo».

vida, que procede de Dios. Dios es comunión —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y en la Iglesia se refleja el misterio de Dios. Jesús puede ser conocido como personaje de la historia por quienes se dedican al estudio de los evangelios y de otros escritos, pero sólo puede ser amado plenamente por quien se une a él entrando en la comunidad de la que él es la cabeza. Sólo viviendo en la Iglesia podemos participar de la vida de Cristo. Así lo enseña san Pablo cuando dice que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Cristo es la cabeza y nosotros sus miembros. Para ser amigo de Cristo hay que poder decir *nosotros* con todos los demás cristianos y dejarnos educar por nuestra Madre la Iglesia, que nos ha dado la fe.

Amigo: Hay mucha gente que se resiste a entrar en la Iglesia y piensa que puede ser cristiano sin pertenecer a la Iglesia. Admiran a Cristo y se sienten atraídos por su enseñanza, pero rechazan la Iglesia.

Obispo: Cristiano no es el que admira a Cristo, sino el que vive unido a él por medio de la Iglesia. Entre Jesús y la Iglesia hay una comunión indestructible, que se describe con imágenes muy significativas. Jesús es el esposo, y la Iglesia la esposa. Cristo es la cabeza, y la Iglesia el Cuerpo. Son imágenes que expresan la *comunión* de la que habla san Juan. Muchos rechazan la Iglesia porque no aceptan los pecados de quienes la integramos, sueñan con una iglesia de perfectos. No entienden que, al estar formada por hombres, la Iglesia acoge a pecadores. Basta mirar a los doce apóstoles para darse cuenta de esta verdad tan evidente. Entrar en la Iglesia exige cargar con los pecados de los demás y tener humildad para que otros carguen con los míos. No hay una Iglesia formada sólo por santos. La Iglesia reúne en su seno a santos y pecadores. Pero lo más importante de la Iglesia es que ella me da a Cristo, me permite vivir en él y me comunica su vida. Por eso, no se puede tener

relación vital con Cristo sino en la Iglesia. En ella están, por otra parte, los grandes amigos de Jesús, que son también nuestros amigos. Son los santos, a quienes invocamos para que nos ayuden en la vida cristiana y a quienes imitamos para ser fieles a Cristo. También ellos forman un *nosotros* fundamental, porque revelan el rostro de la Iglesia santa, inmaculada, sin mancha ni arruga. Quien descubre esta belleza de la Iglesia no se queda en los pecados y miserias de sus miembros porque él mismo se siente abrazado por su santidad y se alegra de pertenecer a un pueblo en el que sus propios pecados tienen cabida y perdón. Éste es el gozo que nos quiere comunicar san Juan cuando nos invita a formar parte del *nosotros* de quienes han sido testigos del Verbo de la Vida. A este nosotros lo llamamos también «comuni6n de los santos».

Amigo: ¿Qué significa esa expresi6n? ¿Se refiere a todos los santos que ya est6n en el cielo?

Obispo: Se refiere a todos los que estamos unidos a Cristo por medio de la Iglesia. No s6lo a los santos del cielo o a los difuntos que esperan ver a Dios, sino a todos los que peregrinamos en este mundo. Tambi6n a los que, a pesar de sus pecados, luchan por ser fieles a Cristo y permanecen en la Iglesia, que es su cuerpo. Podr6a darte una definici6n de la «comuni6n de los santos» elaborada por un te6logo, pero prefiero darte 6sta de un poeta cristiano:

«Hay una comuni6n de los santos. Comienza en Jes6s. 6l est6 a la cabeza, dentro. Todas las oraciones, todas las pruebas, todos los trabajos, todos los m6ritos, todas las virtudes juntas de Jes6s y de todos los santos juntos, todas las santidades juntas, trabajan y rezan juntamente por el mundo, por la cristiandad, por la salvaci6n de todo el mundo. Juntas.

Cristo, nuestro amigo

Vosotros me entendéis. Jesús pertenece al mismo mundo que el último de los pecadores y el último de los pecadores al mismo mundo que Jesús. Es una comunión. Es verdaderamente esto lo que es una comunión.

¡Ah, viejo mío, volver a encontrarnos a los antiguos santos, charlar con san Pedro, con san Pablo! Sí, yo les siento mucho más vivos que a estas gentes que pasan...»¹⁶.

¹⁶ Ch. Péguy, *Palabras cristianas* (Pedal 163), trad. de J.L. Martín Descalzo y J. Jiménez Lozano, Salamanca ⁵1982, 100.

Capítulo II

JESÚS NOS LLAMA AMIGOS

Amigo: Cuando se habla de los cristianos, se dice que son amigos de Jesús. Pero yo soy cristiano y no me siento su amigo como lo soy de otros, a quienes trato diariamente. Si miro alrededor de mí, observo que muchos cristianos tampoco se comportan como amigos suyos. ¿Desde cuándo y por qué se llama así a los cristianos?

Obispo: Este nombre viene del mismo Jesús, tal como lo narra uno de sus amigos predilectos, el evangelista san Juan. Es el único de los cuatro evangelistas que pone en labios de Cristo la palabra *amigos* para referirse a sus discípulos.

Amigo: ¿Quién era Juan?

Obispo: Juan era uno de los doce apóstoles, hermano de Santiago el Mayor, también apóstol. A causa de su fogoso temperamento, Jesús les puso el sobrenombre de «hijos del trueno». En momentos especiales de su vida, como la transfiguración y la agonía en Getsemaní, Jesús escogió a tres de los Doce para que le acompañaran y fueran testigos de sucesos importantes; son considerados los predilectos de Jesús: Pedro, Juan y Santiago. De estos

tres, Juan gozó de un afecto especial, por lo que ha pasado a la historia como el *discípulo amado*. En su evangelio, se define a sí mismo como «el discípulo al que amaba el Señor». El arte cristiano lo representa recostado en el pecho de Cristo durante la última cena como señal de su intimidad. Gracias a esta cercanía, pudo preguntar a Jesús, por indicación de Pedro, quién era el traidor. Fue el único apóstol que permaneció fiel junto a la cruz de Cristo en el Calvario y vio que, cuando atravesaron su costado con una lanza, salió sangre y agua. La mañana de la resurrección, corrió con Pedro al sepulcro al enterarse de que estaba vacío y, según dice él mismo, vio y creyó. Es, por tanto, un testigo muy privilegiado de la vida de Jesús.

Él y Andrés fueron los dos primeros discípulos que Jesús llamó. Juan debía ser un hombre muy sensible, observador y contemplativo. De hecho, ha escrito un evangelio diferente de los demás, que retrata la persona de Jesús con una gran profundidad. A Juan se le identifica simbólicamente con un águila por la altura de su vuelo, pues, al escribir, se remonta muy alto para mirar las cosas desde arriba, con la perspectiva de Dios. El águila es de mirada aguda y fina, que no pierde detalles. Así es Juan: se fija en todo lo que es de Cristo, su mundo interior, sus palabras, sus gestos, y nos revela su significado. De ahí que su evangelio haya recibido el calificativo de «espiritual», porque va más allá de la mera descripción de los hechos. Decía Orígenes, un gran escritor, que, para entender este evangelio, había que haber reposado la cabeza sobre el pecho de Cristo, como hizo Juan en la última cena¹⁷.

¹⁷ Orígenes, *In Ioh* 1,6: «Nadie ha osado dar de la divinidad del Señor una revelación tan pura como Juan. Hay que atreverse a decirlo: los evangelios son el cumplimiento de toda la Biblia; el evangelio de Juan, el cumplimiento de los evangelios. Nadie puede comprender su sentido si no ha descansado sobre el pecho de Jesús, si no ha recibido a María de Jesús, de suerte que haya llegado a ser igualmente su madre».

Amigo: Y ¿cuándo llamó Jesús a sus discípulos *amigos*?

Obispo: Durante la última cena. Cuando terminaron de cenar, Jesús dirigió a los apóstoles unas palabras de adiós llenas de emoción y ternura. Sabía que iban a sufrir mucho con su muerte y quería animarlos a superar la prueba de la separación. En ese clima de intimidad, Jesús les dice estas palabras: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»¹⁸. En estas palabras, que guiarán nuestra conversación, Jesús parte de una afirmación muy común entre los filósofos griegos, que ponían la esencia de la amistad en la capacidad de dar la vida por los amigos. Platón, por ejemplo, dice en el *Banquete*: «A morir por otro están decididos únicamente los amantes»¹⁹. Jesús no sólo lo dice, sino que lo hace. Más aún, cuando llama «amigos» a los discípulos, les da la razón de llamarlos así: «Todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer».

Amigo: Conozco pocas cosas de Jesús y no comprendo bien qué quiere decir esto. Yo tengo amigos y hablamos de nuestras cosas, inquietudes, planes. Me resulta extraño oír que la razón por la que Jesús llama *amigos* a los apóstoles sea la de haberles contado las cosas que ha oído a su Padre.

Obispo: Tienes razón. En estas palabras misteriosas se esconde todo el secreto de Jesús y la grandeza de su revelación al llamarlos amigos y no siervos. Los amigos, ciertamente, hablan de

¹⁸ Jn 15,13-15.

¹⁹ 179c. Citamos según la versión de M. Martínez Hernández, Platón, *Banquete* (Biblioteca Clásica Gredos), Barcelona 2007, 74.

sus asuntos, pero también de sus secretos más íntimos. Quizás te ayude saber que los asuntos de Jesús, o sus secretos, son los de Dios. Por eso dice Juan que Jesús nos «contó a Dios»²⁰, lo dio a conocer. Para entenderlo bien, conviene que sepas cómo narra Juan la vida de Jesús y a qué se refiere cuando habla de las cosas que Jesús ha oído a su Padre. Cuando tengas tiempo, lee muy despacio su evangelio; si entiendes bien esto, conocerás el secreto de la amistad que Jesús te ofrece.

Te he dicho que Juan es como un águila que se remonta muy alto para ver las cosas desde Dios. Pues bien, lo mismo hace para hablarnos de Jesús. Los evangelios de Mateo y de Lucas comienzan la historia de Jesús narrando su milagrosa concepción en el seno de la Virgen, su nacimiento y algo de su infancia. Marcos nada dice de su nacimiento e infancia y presenta a Jesús en la edad adulta. Juan, por su parte, no se sitúa en el tiempo, sino que se remonta a la eternidad. Nos dice que Jesús, a quien llama *Logos* —que significa Verbo, Palabra o Sabiduría—, estaba desde la eternidad en Dios y era Dios. En el momento cumbre de la historia tomó nuestra carne para habitar con nosotros y poder comunicarnos la misma vida de Dios. Cuando habla de Jesús, Juan tiene siempre presente que su origen es el mismo Dios, de donde ha venido para traernos la vida eterna. De ahí que cuando se despide de los apóstoles antes de morir, no dice que va a morir, sino que utiliza una fórmula muy expresiva: «Me voy al Padre»²¹. Su muerte es la hora de «pasar de este mundo al Padre»²². La vida de Jesús, por tanto, se desarrolla entre este doble movimiento, que él mismo describe así: «Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre»²³. El Padre es todo para Jesús, de tal forma que lo que

²⁰ Jn 1,18.

²¹ Jn 16,10.

²² Jn 13,1.

²³ Jn 16,28.

diga y haga será lo que haya visto y oído del Padre. Su alimento es hacer la voluntad del Padre²⁴. Entre el Padre y Jesús hay una unidad inquebrantable. Por esta razón, quien recibe al Hijo, recibe al Padre que lo ha enviado²⁵.

Si tienes esto en cuenta, observarás, leyendo el evangelio, que Jesús, en su enseñanza, se remite al Padre: sus palabras son las que ha oído a su Padre; sus obras, las que el Padre le ha ordenado hacer. Dicho más sencillamente: Cristo, como Hijo de Dios, ha venido a revelarnos, a través de sus palabras y obras, al Padre que está en los cielos. Por eso puede decir: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre»²⁶.

Amigo: Entonces, ¿no hay distinción entre el Padre y el Hijo?

Obispo. Sí, la hay. Son dos personas distintas en el único Dios. Pero están unidos por un amor tan grande que el Hijo manifiesta su amor al Padre cumpliendo en todo su voluntad. No hace nada que no agrade al Padre.

Amigo: Y ¿por qué le mataron?

Obispo: Porque no quisieron reconocer que era el Hijo de Dios, de su misma condición divina. Naturalmente, en la muerte de Jesús intervinieron muchos factores: la traición de Judas, la cobardía de Poncio Pilato, el celo de algunos dirigentes judíos, celo que disfrazaron con acusaciones de tipo político. En el relato del juicio de Jesús según Juan, queda claro, sin embargo, que la razón última de su condena fue no aceptar que, en sus obras y enseñanza, Jesús manifestaba su condición divina. De ahí la acusación de las autoridades

²⁴ Jn 4,34.

²⁵ Jn 13,20.

²⁶ Jn 14,9.

religiosas ante el procurador de Roma: «Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios»²⁷. Era escandaloso para la mentalidad judía que un hombre de carne y hueso manifestara pretensiones divinas. Se consideraba blasfemo hablar como Jesús hacía. Por eso, tuvo que defenderse en varias ocasiones apelando a sus milagros, que revelaban claramente su poder divino. Sin embargo, a pesar de estas obras, fue rechazado por quienes tramaron su muerte.

Amigo: ¿Por qué se dice entonces que Jesús dio la vida por sus amigos? Según lo que dices, da la impresión de que fueron los enemigos de Jesús quienes le quitaron la vida.

Obispo: En la muerte de Jesús hay dos planos. La trama humana, que se teje en torno a la muerte de Cristo, y el plan de Dios, que se vislumbra detrás de esa trama de personas, intrigas y motivaciones. Te pondré un ejemplo: se dice que Judas fue el que *entregó* a Cristo²⁸. Pero este mismo verbo —*entregar*— aparece cuando Pilato *entregó* a Jesús para que lo crucificaran²⁹. Estos dos personajes son responsables directos de la muerte de Jesús. Ahora bien, Juan utiliza un verbo muy similar —*dar*— para decir: «Tanto amó Dios al mundo que dio (= *entregó*) a su Hijo Unigénito a fin de que todo el que crea en él no perezca, sino alcance vida eterna»³⁰. Quiere decir que Dios ha sido el primero en darnos a su Hijo por amor³¹. Y esa entrega llevaba consigo la muerte. Lo mismo quiere decir Jesús cuando afirma que nadie tiene amor más grande que el

²⁷ Jn 19,7.

²⁸ Jn 18,2.

²⁹ Jn 19,16.

³⁰ Jn 3,16.

³¹ H. Urs von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica*. Vol. 3: *Estilos Laicales*, trad. de J.L. Albizu: «Dios mismo... dejó primero a su Hijo por amor al mundo a merced de los hombres».

que da la vida por sus amigos. Ya antes de morir, Jesús había manifestado con claridad su libertad ante la muerte: «Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; ésa es la orden que he recibido de mi Padre»³².

Amigo: No entiendo todavía por qué la muerte de Jesús era un signo de amor hacia sus amigos. Normalmente, cuando se habla de dar la vida por alguien, es porque está en peligro de perderla; se trata de ponerse en su lugar para que no muera.

Obispo: Lo has dicho muy bien. Así fue también en el caso de Jesús. Jesús se puso en nuestro lugar y murió por nosotros. La diferencia está en que no lo hizo para librarnos de un peligro inmediato de perder la vida física, sino la vida eterna, que va más allá de la muerte y que el hombre arriesga cuando peca. Cristo ha venido a darnos la Vida eterna, la que el hombre había perdido por el pecado. La muerte de Jesús es el don de sí mismo para salvarnos del pecado. En la última cena, cuando toma el cáliz con el vino, dice que es su sangre derramada para el perdón de los pecados de todos los hombres. Cuando una persona es salvada de un peligro inminente o rescatada de una muerte segura, se dice que le debe la vida a quien le ha salvado: un médico, un policía, alguien que le socorre. El pecado nos aparta totalmente de Dios, nos sitúa en la enemistad con él: es la muerte en su sentido más profundo. Sólo Cristo, por ser Dios, podía cambiar ese estado de enemistad: su muerte nos reconcilia con Dios, nos devuelve a la condición de amistad con Él. Cristo, por tanto, ha venido a darnos la vida eterna que habíamos perdido por el pecado. El evangelio de Juan presenta a Jesús, desde su primera aparición pública, como aquel que quita el pecado del mundo³³, el que nos trae la gracia y la vida de Dios.

³² Jn 10,18.

³³ Jn 1,29.

Amigo: Si Cristo ha muerto por todos los hombres, ¿quiere decir que todos los hombres son sus amigos y a todos les ofrece la amistad?

Obispo: Ciertamente, todos los hombres están llamados a la amistad con Cristo, aun cuando no lo sepan o no quieran acoger su amistad. Dice Benson que «la amistad de Dios es un río a cuyas aguas puede acercarse cualquier hombre que lo desee»³⁴. Según me has dicho, conoces a muchos cristianos que no viven como amigos de Jesús, sin duda porque no han descubierto que viven gracias a Él. Si no valoramos el pecado y sus consecuencias tan negativas, no entenderemos el gesto de Cristo de morir por nuestros pecados. Quien no percibe que tiene una enfermedad mortal no agradecerá al médico los intentos por salvarle. La frialdad que muchos cristianos experimentan hacia Cristo se debe a esto: no son conscientes de que ha muerto por ellos. Y al revés: cuando una persona reconoce que Cristo le ha dado la Vida, se vuelve hacia él para darle gracias y vivir en su amistad. Así lo dice Juan al comienzo y al final de su evangelio. En el prólogo, cuando presenta a Jesucristo, dice que «en él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres»³⁵. Al concluir su obra, afirma que la ha escrito para que «creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre»³⁶. La expresión «en su nombre» significa *en su persona*, porque en el pueblo judío el nombre era la representación de la persona. Tener vida en el nombre de Jesús quiere decir *en él*. Pero ya te he dicho que no habla de la vida física, que hoy tenemos y mañana no, sino de la Vida eterna, la que viene de Dios y desemboca en él.

³⁴ R.H. Benson, *La amistad de Cristo* (Libros de bolsillo 54), trad. de V. Martín Pindado, Madrid 1989, 146.

³⁵ Jn 1,4.

³⁶ Jn 20,31.

Amigo: Me doy cuenta de que para conocer bien a Jesús y las cosas que dice hay que situarse en un nivel diferente del que habitualmente nos preocupa. A mí me preocupa poco la eternidad. Es verdad que, cuando pienso en la muerte, me pregunto qué habrá detrás y en ocasiones siento miedo, pero me olvido enseguida.

Obispo: El interés de Jesús es situarnos en el nivel de Dios. Ahora entenderás mejor lo que quiere decir cuando habla de *las cosas que ha oído a su Padre*. Jesucristo quiere situarnos en el nivel de la eternidad para que no quedemos atrapados por este tiempo que pasa. Charles Péguy, un gran poeta del siglo pasado, decía que la enfermedad de nuestro tiempo era la «amnesia de lo eterno»³⁷. Queremos vivir el momento presente, disfrutar de la vida, divertirnos, pero nos olvidamos de lo que es definitivo. Las mismas palabras *diversión, distracción*, indican un movimiento desde el centro de nosotros mismos hacia lo más superficial de la vida. Un filósofo ha llamado a esto la *existencia inauténtica*. Cuando la muerte nos da un zarpazo, nos quedamos atónitos, sin defensas, porque lo que constituye nuestra vida se desmorona en un instante. En una conversación de Jesús con Nicodemo, un judío que era discípulo secreto de Jesús y aprovechaba la noche para hablar con él, Jesús le hace ver que hay cosas terrenas y cosas celestiales. Por venir de Dios, Jesús habla de esas cosas celestes a las que el hombre terreno está poco acostumbrado. La amistad con Jesús reside expresamente en esto: en comunicarnos las cosas de arriba, las de Dios. No las del cielo azul que vemos, sino las de Dios, su Padre, con el que Cristo ha vivido desde siempre. Ser amigo de Jesús es entrar en ese mundo suyo y dejarnos enseñar por él.

³⁷ Citado por H. de Lubac, *Paradojas y nuevas paradojas* (Colección Compromiso Cristiano 7), trad. de L. Gassiot, Barcelona 1966, 137.

Amigo: Es difícil imaginarse ese mundo, sobre todo cuando, como dices, este mundo visible nos atrae más y lo comprendemos mejor...

Obispo: No creas que, si desconoces el mundo de Dios, puedes comprender este mundo visible tan lleno de misterios. A veces creemos que conocemos este mundo, pero no es así. Es cierto que la ciencia ha desentrañado muchos de sus enigmas, pero el hombre tiende a quedarse en la superficie de las cosas, en la apariencia. Dios está en el fondo de todo, lo llena todo. Por esta razón, Jesús, cuando quiere hablarnos de las cosas de Dios, utiliza imágenes de este mundo, para mostrar la relación que existe entre lo que vemos y lo que no vemos, el más allá, la eternidad.

Amigo: No acierto a comprender bien esto que dices de la relación de este mundo con la eternidad. ¿Puedes explicarlo mejor?

Obispo: De acuerdo. Te lo explicaré con tres palabras que utiliza Jesús en su evangelio para decirnos quién es él y qué relación tiene él con nuestra propia vida. Esas tres palabras son muy familiares porque son de *este mundo que vemos*. Me refiero al agua, a la luz y a la vida. Las tres palabras definen a Jesús: él es la fuente de agua viva, la luz del mundo y la vida de los hombres

Cuando Jesús habla con la mujer samaritana³⁸, la conversación gira sobre el agua, porque aquella mujer va a buscar agua al pozo de Jacob. Jesús aprovecha la ocasión para hablarle de otra agua que él tiene y que saciará para siempre la sed de quien la beba. La mujer, al principio, no entiende de qué agua le habla, pues allí sólo hay un pozo, el de Jacob, y Jesús no tiene nada para sacar agua. Jesús le habla entonces de otras realidades morales y espirituales y, cuando termina la conversación, aquella mujer, que *ha bebido el agua de la*

³⁸ Jn 4,4-26.

enseñanza de Jesús, se olvida del agua física, deja su cántaro junto al pozo y marcha a su ciudad para decir a la gente que Jesús es el Mesías. El evangelista dirá más adelante que el agua de la que habla Jesús brota de él mismo y es el agua del Espíritu. En la fiesta de los Tabernáculos, Jesús grita con fuerza: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba»³⁹. Naturalmente, Jesús no está diciendo que beba físicamente, sino espiritualmente, porque el agua de la que habla es el Espíritu que dará a los suyos cuando muera. Esto explica que Juan, testigo de la muerte de Jesús, consigne el hecho de que, una vez muerto, un soldado atravesó su costado con una lanza y, al punto, salió sangre y agua. Allí se cumplió lo que había dicho Jesús: que daría un agua viva. Como ves, una persona que sólo se preocupe de que no le falte el agua física corre el riesgo de pensar que puede vivir sin el agua que nos ofrece Jesús, la del Espíritu, y nunca saciará la sed de eternidad que lleva dentro.

Algo parecido ocurre con la luz. Ya en el prólogo de su evangelio, Juan dice que Cristo era la luz de los hombres. Y, para hablar de su entrada en este mundo, utiliza esta bella imagen: «La luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron»⁴⁰. No hay mayor drama que vivir en un mundo de oscuridad. Ése es el mundo sin Dios. Todo permanece oscuro a pesar de las luces de colores que iluminan nuestras fiestas. Pues bien, en la fiesta de los Tabernáculos, se encendían cuatro candelabros de oro con enormes recipientes de aceite, a los que se accedía por medio de escaleras. Se cuenta que, al encenderse, toda la ciudad de Jerusalén reflejaba la luz. Jesús aprovechó esa ocasión para decir: «Yo soy la luz del mundo, el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida»⁴¹. Creer en Jesús es recibir su luz, capaz de iluminar todas las realidades de este mundo, incluso la muerte, que deja de

³⁹ Jn 7,37.

⁴⁰ Jn 1,5.

⁴¹ Jn 8,12.

ser un mundo oscuro e impenetrable. Cuando queremos alegrar nuestra vida o celebrar una fiesta, acostumbramos a encender farolillos y luminarias artificiales. Pero la luz interior del hombre puede estar apagada y dejar nuestro mundo, el más verdadero e íntimo, en total oscuridad. Jesús ha venido a iluminarnos con el fuego del Espíritu.

La palabra *vida* aparece muchas veces en el evangelio de Juan. Es una clave para entenderlo. El binomio *vida/muerte* sirve al evangelista para presentar la fe en Jesús como vida y el rechazo de Jesús como muerte. Si, como dice el prólogo, «en él estaba la vida»⁴², se entiende perfectamente que, fuera de él, está la muerte. En un momento clave de su vida, la resurrección de su amigo Lázaro, Jesús dice: «Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás»⁴³. Nunca hombre alguno ha dicho cosa semejante. Sólo quien tiene la conciencia de ser Dios puede decir esto. No es extraño, por tanto, que los enemigos de Cristo, al escuchar estas palabras, determinaran acabar con él⁴⁴.

Como ves, el mundo de Dios no es ajeno al nuestro, porque ambos proceden de Dios. Estas imágenes —el agua, la luz y la vida— nos ayudan a entender el mundo de Dios, donde Jesús quiere situarnos para que comprendamos quién es él. Y así como el hombre no puede vivir sin agua y sin la luz del sol, así no puede vivir plenamente si le falta Cristo.

Amigo: Estas imágenes son muy bellas, pero, ¿podían entenderlas las personas que escuchaban a Jesús? Muchos poetas han utilizado bellas palabras y han escrito páginas inigualables. Jesús podía ser tomado por un gran poeta.

⁴² Jn 1,4.

⁴³ Jn 11,25-26.

⁴⁴ Cf. Jn 11,53.

Obispo: Hay una diferencia: Jesús hace lo que dice. También en esto revela que él es la Palabra creadora de Dios. Jesús es un gran poeta y maestro de sabiduría, pero no sólo: Es, sobre todo, el que hace nuevas todas las cosas, según dice san Pablo⁴⁵. Por eso, acompaña sus palabras con signos milagrosos, para que los hombres entiendan lo que dice. Después de hablar del agua a la samaritana, Jesús realiza un milagro: la curación de un paralítico, que esperaba recuperar la salud mediante el agua de la piscina de Bethesda, con fama de milagrosa ⁴⁶. Jesús le cura sin necesidad del agua física, como sació a la samaritana sin el agua del pozo de Jacob. Ese día era sábado y, al concluir el milagro, sus enemigos pretendían matarle «porque no sólo violaba el sábado, sino también porque decía ser Dios Padre suyo, haciéndose así igual a Dios»⁴⁷. Entendieron perfectamente que, curando al paralítico en el día santo, Jesús se situaba en un plano divino.

Cuando habla de sí mismo como Luz del mundo, Jesús cura a un ciego de nacimiento en una escena sobrecogedora en la que llama ciegos a quienes, viendo la luz del sol, no quieren acoger la luz que viene de él⁴⁸. En esta escena, el evangelista establece un contraste muy sugerente entre el ciego físico, que termina «viendo» a Jesús como Mesías, y los oponentes de Cristo que, aunque ven físicamente, en realidad están ciegos por no reconocer las obras de Cristo. Aquí se cumple lo que había dicho en el prólogo: que la luz vino a las tinieblas, pero las tinieblas no recibieron la luz. El ciego, sin embargo, es la imagen del hombre que, al acercarse a Jesús, recibe la luz de la fe y se postra ante él.

⁴⁵ 1Cor 5,17: «El que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo».

⁴⁶ Jn 5,1-18.

⁴⁷ Jn 5,18.

⁴⁸ Jn 9,39-40.

Amigo: La fe en Jesús es entonces como una luz.

Obispo: Es la luz que nos permite avanzar por la vida con la certeza de no perdernos. Pero es más que una luz que ilumina. Es una luz donde se halla la vida⁴⁹. Creer en Jesús es recibir la vida sin fin. Por eso, la afirmación más definitiva de Jesús es la que se refiere a la vida: *Yo soy la resurrección y la vida*. Estas palabras fueron pronunciadas momentos antes de resucitar a su amigo Lázaro. Sus hermanas le habían advertido de su enfermedad, pero Jesús no fue enseguida a visitarle, pensando que esta ocasión le permitiría manifestar la gloria de Dios y llevar a los hombres a creer en él. Cuando llegó, Lázaro había muerto y llevaba cuatro días enterrado. Jesús aprovecha ese momento para pedir a las hermanas de Lázaro que crean en él, pues él es la resurrección y la vida. Conmoverido por el llanto de sus hermanas y por el amor que tenía a Lázaro, Jesús se dirige al sepulcro, manda quitar la losa y, después de orar a su Padre, con voz potente mandó salir fuera del sepulcro a Lázaro. Esa voz potente recuerda la del Dios Creador del mundo, que con su palabra hizo las cosas, y el grito de Jesús en la cruz, que, según Mateo, hace que las tumbas se abran y resuciten los muertos. Es el Dios que, según la Biblia, tiene poder para hacer fecundos los senos estériles y resucitar a los muertos. La muerte, en efecto, es símbolo de la nada, de la oscuridad total. Jesucristo, al resucitar a Lázaro, muestra que él es la vida y la resurrección, de forma que quienes crean en él no morirán nunca.

Amigo: Ante un milagro tan extraordinario, me imagino que todos los que estaban presentes creerían en él.

Obispo: El evangelio dice que muchos de los judíos creyeron, pero otros fueron a contar lo que había sucedido a los jefes reli-

⁴⁹ Cf. Jn 1,4.

giosos, que determinaron su muerte por miedo a que mucha gente creyera en él, al ver las maravillas que hacía. La fe, querido amigo, es un acto libre del hombre. Quiero decir que, aunque tenga motivos para creer, su libertad puede cerrarse a la fe. Muchos vieron los milagros de Jesús, pero no todos creyeron. Los explicaban como obras de un hechicero o endemoniado. Las gentes que piden milagros para creer están con frecuencia cerradas al misterio y, cuando el milagro sucede, lo niegan. En la parábola del pobre Lázaro Jesús afirma que quien se niega a escuchar a los enviados de Dios, que le invitan a la fe, tampoco creerá «si alguien resucitara de entre los muertos»⁵⁰. Hay que pedir a Dios humildemente la gracia de creer. Si recibimos esa gracia, propia de los humildes y sencillos, comprenderemos las cosas de Dios, esas que Jesucristo comunica a sus amigos.

Amigo: A medida que hablas, observo que todas las cosas que Jesús ha comunicado a sus amigos se refieren a él mismo y a lo que ha venido a hacer. ¿Por qué dice que son cosas que ha oído a su Padre?

Obispo: Porque lo que hace Jesús es la misión que el Padre le ha encomendado en el diálogo que tienen entre sí. Esa misión consiste en revelar a Dios, dar a conocer su amor y sus sentimientos más íntimos: la misericordia, la compasión, el perdón sin límites. Si lees detenidamente los evangelios, observarás que la mayor parte de ellos está formada por las enseñanzas de Jesús sobre su Padre. Esta misma palabra —Padre— nos la ha enseñado Jesús para dirigirnos a Dios en la oración. Jesús nos ha dicho cómo es nuestro Padre, qué quiere de nosotros. Utilizando imágenes y comparaciones fáciles de entender, que llamamos parábolas, habla de su Padre que

⁵⁰ Lc 16,31.

está en los cielos, de su alegría al convertirse un pecador, y de cómo espera al hijo rebelde que se le va de casa. Ésas son las cosas de Dios, y también las cosas de Jesús. Pero Jesús no sólo revela a su Padre diciendo cómo es él, sino que lo revela en sí mismo, en todo lo que hace. Según Romano Guardini, «Cristo no habla sólo con palabras, sino con todo su ser. Todo lo que él es, es revelación del Padre»⁵¹. La gente de su tiempo, escuchando a Jesús y contemplando su actuación, alababa a Dios y le daba gracias, porque entendía que Dios estaba en él. Todo el amor del Padre se nos ha manifestado en el amor de Cristo. Al decirnos esto, Cristo busca que amemos al Padre y seamos verdaderamente sus hijos. Ésa es su misión y la gracia que nos trae: hacernos hijos de Dios⁵². Si nos unimos a él, que es el Hijo, también nosotros seremos hijos.

Amigo: Entiendo que todo esto es muy importante para llegar a ser amigo de Jesús. Pero al mismo tiempo noto que me supera, que mi inteligencia no llega a comprender el alcance y las consecuencias de todo lo que me dices.

Obispo: También a mí. El misterio de Dios supera a todo hombre. Por eso hay que hacerse humildes y sencillos y recibir la enseñanza de Jesús con la simplicidad de los niños a quienes Jesús ha puesto como modelos de los que reciben el Reino de Dios. El hecho de que Dios haya querido descender a nuestra pobreza es algo que el hombre no puede comprender a fuerza de reflexión. Debe recibirlo como un don inmerecido. Hay que pedirlo, como hacen los pobres. Que Cristo haya querido comunicar a sus amigos toda su experiencia de Dios resulta también inimaginable.

⁵¹ R. Guardini, *La esencia del cristianismo*, trad. de F. González Vicen, Madrid 41984, 61.

⁵² Jn 1,12: «A cuantos le acogieron, les dio poder de venir a ser hijos de Dios».

Reflexionando sobre las palabras de Jesús que dan la razón de llamarnos amigos —«os he dado a conocer todas las cosas que he oído de mi Padre»—, san Agustín, que tuvo una inteligencia privilegiada, se pregunta: «¿Quién se atreverá a afirmar o creer que exista un hombre que sepa todo cuanto el Hijo unigénito oyó al Padre?»⁵³. Como ves, el gran doctor de la Iglesia se quedaba sorprendido por la afirmación de Cristo. Reconocía que el hombre es muy limitado para recibir una revelación semejante. Sin embargo, Cristo quiere comunicarnos todas esas cosas que ha oído de su Padre. Y el hombre, a su manera, puede entender algo de lo que Cristo le dice. Lo importante es acoger la amistad de Cristo, abrirle de par en par las puertas de nuestra intimidad para que él nos hable. Eso es lo que ha ocurrido con santos que, humanamente hablado, han sido limitados en su inteligencia y han comprendido los misterios de Dios de forma admirable. Se dice de santa Catalina de Siena, doctora de la Iglesia, que no sabía leer y escribir; sin embargo, dictó lo que veía y comprendía de Dios en una obra recogida por sus discípulas, llamada *El diálogo*, donde su alma dialoga con Dios. El santo Cura de Ars estuvo a punto de no ser ordenado sacerdote, porque, según sus formadores, no tenía condiciones suficientes para el ejercicio de la predicación y le costaba mucho preparar sus sermones. Sin embargo, algún gran predicador de su tiempo fue a escucharle porque hablaba de Dios con una sabiduría y experiencia que muchos quisiéramos tener. ¿Dónde estaba su secreto? Eran amigos de Cristo, que recibieron con humildad las cosas de su Padre. En ellos se cumplió lo que dijo Jesús en cierta ocasión. Por cierto, se trata de un texto del evangelio de san Mateo que, por su gran parecido al estilo de san Juan, se le ha llamado *meteorito joánico*; dice así: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y

⁵³ *Obras completas de San Agustín*, t. XIV: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan (36-124)* (BAC 165), trad. de V. Rabanal, Madrid 21965, 385.

Cristo, nuestro amigo

de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»⁵⁴.

⁵⁴ Mt 11,25-27.

Capítulo III

EL COMIENZO DE LA AMISTAD

Amigo: Me ha llamado mucho la atención lo que has dicho de esos santos que llegaron a ser amigos de Jesús y comprendieron su enseñanza hasta el punto de darla a conocer a otros. ¿Cuál es el camino para llegar a la amistad con Jesús? ¿Por dónde hay que empezar?

Obispo: Si tienes experiencia de la amistad, sabes que ésta se da con el trato, el conocimiento cada vez más profundo del amigo, la mutua confianza, la apertura y la comunicación de lo que cada uno tiene. La amistad, según afirma Aristóteles, necesita sobre todo tiempo⁵⁵. «Vino nuevo —dice una sentencia bíblica— el amigo nuevo: cuando envejece es cuando se bebe con placer»⁵⁶. Dar tiempo al amigo es esencial. Jesús dio mucho tiempo a sus amigos: además del trabajo común, les llevaba a lugares tranquilos para descansar y hablar, participaba con ellos en las fiestas judías y

⁵⁵ Aristóteles, *Moral, A Nicómaco* (Colección Austral 270), trad. de P. de Azcárate, Madrid ⁵1992, 321: «Para formarse estos lazos se necesita, además, tiempo y hábito. El proverbio tiene razón cuando dice que no pueden conocerse mutuamente los amigos, 'antes de haber consumido juntos una talega de sal'... El deseo de ser amigo puede ser rápido, pero la amistad no lo es. La amistad sólo es completa cuando media el concurso del tiempo».

⁵⁶ Eclo 9,10.

desplegaba una notable vida social aceptando invitaciones de otros amigos para acudir a una boda o a la propia casa, como ocurría con Lázaro y sus hermanas Marta y María en Betania, cerca de Jerusalén. El trato frecuente es el camino obligado para la amistad. Santa Teresa de Jesús definía la oración como «tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»⁵⁷.

Amigo: Precisamente por eso, no sé cómo es posible hacerse amigo de alguien al que no ves, ni oyes su voz, alguien del que no conoces sus costumbres y gustos, que ha vivido hace más de 2000 años.

Obispo: Esta objeción también se recoge en el evangelio porque muchos de los primeros cristianos no habían visto a Jesús ni le habían escuchado. Lo que sabían de Él era por referencia de los apóstoles y de sus colaboradores, como te pasa a ti ahora conmigo. Les faltaba el contacto directo, personal, que provoca el interés por conocer a alguien más profundamente. Jesús responde a esta objeción de muchos cristianos que consideran difícil trabar una amistad con él sin verlo cara a cara. Se trata de una bienaventuranza, de las muchas que pronunció para dibujar el perfil de sus discípulos. Dice así: «bienaventurados los que sin ver creyeron»⁵⁸.

Amigo: ¿Cuándo dijo Jesús esas palabras? ¿Por qué las dijo?

Obispo: En un momento de los más emotivos de su vida después de resucitar. El mismo día de la resurrección Jesús se apareció a los apóstoles, que estaban encerrados en una casa por miedo a

⁵⁷ Teresa de Jesús, *Obras completas* (Archivo Silveriano 1), texto revisado y anotado por Fr. Tomás de la Cruz, C.D., Burgos 1977, 72.

⁵⁸ Jn 20,29.

seguir la misma suerte que él, y les mostró las manos y el costado para que no dudaran. Sus manos y el costado eran como las credenciales de su identidad personal: mantenían las llagas de los clavos y de la lanzada. Ese día faltaba uno de los apóstoles, llamado Tomás. Cuando los demás le dijeron que habían visto a Cristo, Tomás no lo creyó, y debieron insistir tanto que dijo: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré»⁵⁹. A los ocho días, Jesús volvió a presentarse en medio de los apóstoles. Después de darles la paz, le dijo a Tomás: «Trae aquí tu dedo, y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente»⁶⁰. Ante este gesto tan condescendiente de Cristo, que indica su amor por cada persona, Tomás hizo una confesión de fe muy sencilla y rotunda: «Señor mío, y Dios mío»⁶¹. Entonces dijo Jesús: «Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron»⁶². ¿Qué opinas de la escena?

Amigo: Que Tomás fue un privilegiado.

Obispo: Ciertamente, y también nosotros. La incredulidad de Tomás provocó que Jesús se le apareciera y le mostrara las llagas de la pasión en su cuerpo resucitado. Esta aparición nos da otro argumento para creer y fortalece nuestra fe. Así lo afirma un gran maestro de la fe, el papa san Gregorio Magno: «La bondad de Dios actuó en este caso de un modo admirable, ya que aquel discípulo que había dudado, al palpar las heridas del cuerpo de su maestro, curó las heridas de nuestra incredulidad. Más provechosa fue para nuestra fe la incredulidad de Tomás que la fe de los otros discípulos,

⁵⁹ Jn 20,25.

⁶⁰ Jn 20,27.

⁶¹ Jn 20,28.

⁶² Jn 20,29.

ya que, al ser él inducido a creer por el hecho de haber palpado, nuestra mente, libre de toda duda, es confirmada en la fe. De este modo, en efecto, aquel discípulo, que dudó y que palpó, se convirtió en testigo de la realidad de la resurrección»⁶³.

El evangelio no dice si Tomás tocó o no a Jesús. Es un misterio; pero san Agustín, que tiene un comentario muy bello al evangelio de san Juan, dice al explicar la escena: «Veía y tocaba al hombre y confesaba a Dios, a quien no veía ni tocaba»⁶⁴. También nosotros, con los ojos y las manos de Tomás, podemos decir lo mismo: que vemos y tocamos a Jesús y confesamos a Dios, a quien no podemos ver ni tocar. Como puedes comprobar, los apóstoles sostienen nuestra fe; son las «columnas»⁶⁵ de la Iglesia, que soportan el edificio de la fe y nos dan certeza y seguridad.

Amigo: Volvamos al tema de la amistad. Yo puedo creer en Jesús, fiarme de lo que me dicen los evangelios, pero llegar a ser amigo de alguien tan lejano hasta compartir mi vida con Él, ¿cómo es posible?

Obispo: Jesucristo no es un personaje del pasado. No es un muerto al que recordamos. Es cierto que ha vivido en una época determinada. Pero lo que distingue a Cristo de cualquier otro personaje del pasado, por grande o santo que haya sido, es que ha resucitado y está vivo para siempre. La fe en la resurrección es lo distintivo de los cristianos⁶⁶. Ésa es la chispa que encendió el fuego de la Iglesia esparcido por el mundo. Los apóstoles sabían

⁶³ Texto tomado de *Liturgia de las Horas*, vol. III: *Tiempo ordinario. Semanas I-XVII*, Barcelona 1981, 1360.

⁶⁴ *Obras completas de San Agustín*, t. XIV, 605.

⁶⁵ Gál 2,9.

⁶⁶ *Obras completas de San Agustín*, t. XXIV: *Sermones (4º)* (BAC 447), trad. de Pío de Luis, Madrid 1983, 332: «Que Cristo nació como hombre, lo creyeron

con certeza que Jesucristo, con quien habían compartido experiencias únicas durante el tiempo de su vida pública, seguía vivo. Así lo afirma san Pablo ante el tribunal del procurador de Roma. Sus acusadores, según el libro de los Hechos de los Apóstoles, sólo tenían contra él algunas discusiones sobre su propia religión «y sobre un tal Jesús, ya muerto, de quien Pablo afirma que vive»⁶⁷.

Amigo: Pero esa vida es muy distinta de la nuestra.

Obispo: El hecho de que sea distinta no quiere decir que no tenga relación con la nuestra. Por ello, lo primero que hace Jesús, después de resucitar, es establecer una relación con los suyos, tal como les había prometido al despedirse: «No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros»⁶⁸. Por la resurrección, Jesús pertenece ya plenamente al mundo de Dios. La carne humana de Jesús, al resucitar de entre los muertos, ha sufrido una misteriosa transformación, gracias a la cual ha superado los límites del espacio y del tiempo y vive feliz para siempre junto a Dios. Eso queremos decir en el Credo, al confesar que «está sentado a la derecha del Padre». Pero, insisto, el hecho de que viva de una forma distinta a la nuestra no quiere decir que no viva con nosotros y para nosotros. Podemos decir que siempre está presente en nuestra vida; él, a su vez, nos tiene en su presencia. Nos cuesta entender esto porque sólo tenemos

tanto los amigos como los enemigos; que Cristo fue crucificado y muerto, lo creyeron tanto los amigos como los enemigos; que resucitó sólo lo saben los amigos. ¿Y esto por qué? Cristo el Señor, en el hecho de nacer y de morir, tenía la mirada puesta en la resurrección; en ella estableció los límites de nuestra fe. Nuestra raza, es decir, la raza humana, conocía dos cosas: el nacer y el morir. Para enseñarnos lo que no conocíamos, tomó lo que conocíamos. En la región de la tierra, en nuestra condición mortal, era habitual, absolutamente habitual el nacer y el morir... En cambio, ¿quién conocía el resucitar y el vivir perpetuamente? Ésta es la novedad que trajo a nuestra región quien vino de Dios».

⁶⁷ Hch 25,19.

⁶⁸ Jn 14,18.

experiencia de esta vida sometida a las leyes del espacio y del tiempo. Resulta difícil además imaginar lo que no entra por los sentidos; de ahí que haya gente que no crea en el más allá, en la vida después de la muerte y, menos aún, en la resurrección. Como resulta difícil imaginarlo, se niega. Pero el mundo de Dios es real. No es una fantasía, un invento. Y Jesucristo pertenece a ese mundo. Él ha pasado la frontera de la muerte, la ha vencido y ha vuelto a nosotros con una vida inmortal. Los primeros cristianos confesaban esta verdad con una fórmula muy bella: «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos»⁶⁹. Con ella querían decir que Jesucristo siempre es actual y que el hombre de todas las épocas y lugares puede relacionarse con Él como si fuera contemporáneo⁷⁰.

Amigo: ¿Quiere esto decir que nos ve, nos oye y puede comunicarse con nosotros?

Obispo: Naturalmente. No ha dejado de hacerlo desde que resucitó de entre los muertos. Ocurre que a veces no sabemos descubrirlo a nuestro lado ni tenemos la mirada limpia para verlo; pero está ahí. Hay tres escenas del evangelio que ilustran mucho lo que quiero decir. Son tres apariciones de Jesús a amigos y discípulos suyos: a María Magdalena, a los dos discípulos de Emaús y a algunos apóstoles y discípulos que estaban pescando en el lago⁷¹. En las tres ocasiones, Jesús se hace presente, mantiene una conversación, les pregunta sobre lo que hacen o les preocupa, pero ellos no son capaces de reconocerlo. Está con ellos pero no perciben su presencia. María Magdalena le confunde con el jardinero del huerto donde se hallaba el sepulcro; los discípulos de Emaús piensan

⁶⁹ Heb 13,8.

⁷⁰ Cf. GS 22.

⁷¹ Las escenas están en Jn 20,11-18; Lc 24,13-35 y Jn 21,1-23.

que es un extranjero ignorante de los sucesos que han mantenido en vilo a Jerusalén durante esos días: la pasión y muerte de Jesús; y los pescadores, al preguntar Jesús si tenían pescado, pensarían que se trataba de alguien que venía a comprarlo.

Amigo: ¿Y qué ocurrió?

Obispo: Ocurrió que sólo cuando Cristo dijo una palabra o realizó un gesto que les resultaba familiar, lo reconocieron. A la Magdalena la llamó por su nombre, que habría pronunciado tantas veces: ¡María! Los discípulos de Emaús le invitaron a cenar con ellos porque se echaba la tarde; cuando estaban a la mesa, Jesús tomó el pan y lo partió como hizo en la última cena; entonces lo reconocieron. En el lago, dijo a los pescadores que echaran la red a la derecha de la barca y la red se llenó de peces, después de haber pasado la noche sin pescar nada. En ese momento Juan lo reconoció y dijo: ¡Es el Señor! Como ves, en los tres casos, Jesús tomó la iniciativa de darse a conocer para hacerles comprender que había vuelto a estar con ellos en su vida ordinaria. Puede dar la impresión de que Jesús juega con ellos a que no le reconozcan, pero no es así. Estas escenas pretenden mostrar que Jesús toma siempre la iniciativa cuando quiere revelar su forma nueva de vivir. Pero lo hace con palabras y gestos del tiempo que ha pasado con ellos, de manera que puedan reconocer la continuidad de su presencia. La Magdalena lo reconoció y exclamó: «¡Maestro mío!», título que daban a Jesús durante su vida pública, como a los maestros de Israel; Juan lo llama «el Señor», calificativo reservado para Dios; y los discípulos de Emaús se volvieron a Jerusalén para contar lo que había sucedido y cómo reconocieron a Jesús al partir el pan.

Amigo: Si sus mismos amigos tuvieron tanta dificultad para reconocerlo junto a ellos a pesar de los años que habían convivido

juntos, más difícil será reconocerlo a quienes no hemos tratado con él.

Obispo: Como te he dicho, estos relatos dejan claras dos cosas: que Cristo vive ya una existencia distinta de la que tenía antes de morir y que, por consiguiente, la relación con los suyos ha cambiado. Ahora tienen que aprender a vivir en la fe, sin verlo, como tú y yo. Las apariciones sucedieron en un breve espacio de tiempo y tenían por finalidad confirmar a los apóstoles y discípulos en la fe de la divinidad de Jesús. Los seguidores de Cristo, por tanto, tuvieron que aprender a verlo con una mirada nueva, distinta de la simplemente humana y terrena. Podemos decir que la fe les introdujo en un horizonte nuevo, que daba acceso al mundo de Dios. Pero al mismo tiempo, los relatos de las apariciones ponen de manifiesto que Jesús es el mismo y puede ser reconocido por los suyos, los de entonces y los de todos los tiempos que crean en él. Por eso, a lo largo de la historia del cristianismo, que acaba de estrenar su tercer milenio, son muchos los cristianos que lo han reconocido, porque han escuchado su voz y han experimentado su presencia de un modo real e inconfundible. Basta tener la mirada nueva de la fe y acoger en el corazón las palabras que Cristo dirige a los hombres de todos los tiempos. Ésta fue la actitud de los santos, testigos y maestros de la vida cristiana.

Amigo: ¿A qué palabras te refieres?

Obispo: A las tuyas, las que tenemos en el evangelio, que no han perdido ninguna actualidad. Hay santos extraordinarios, como san Pablo, a los que Cristo se ha aparecido personalmente para llamarles a su seguimiento o comunicarles alguna verdad. Pero normalmente Jesús nos habla con sus palabras recogidas en los evangelios. Esas palabras son eternas, tienen vida y son capaces de interpelar,

consolar, alegrar a quienes las escuchan y comunicarles la fe. Ahí tienes la historia de san Antonio Abad, un joven del siglo III después de Cristo, que vendió todos sus bienes y se retiró al desierto para llevar una vida de penitencia, oración y caridad. Otro gran santo, san Atanasio, escribió la vida de Antonio, y cuenta que un día entró en la iglesia en el momento en que se leían estas palabras de Jesús en el evangelio: «Si quieres ser perfecto, ve, vende todas tus posesiones y dáselas a los pobres; y ven y sígueme, y tendrás un tesoro en los cielos»⁷². Y dice que el joven Antonio, «pensando que esta lectura había sido leída para él, al momento salió de la Casa del Señor y entregó los bienes que había heredado de sus padres a sus conciudadanos»⁷³. Las palabras de Cristo conservan su poder para convertir el corazón del hombre o para llevarlo al descubrimiento de lo que llamamos vocación, es decir, la vida que Dios quiere de nosotros. Son palabras que consolidan la amistad. Quien las escucha atentamente experimenta que Cristo le habla a él personalmente en su propia vida y le invita a seguirlo, a estar con Él. Éste es el comienzo de la amistad.

Amigo: ¿Quieres decir que sin escuchar las palabras de Cristo no se puede ser su amigo?

Obispo: Así es. En la amistad con Cristo, él toma siempre la iniciativa. Lo dice claramente en el evangelio: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros»⁷⁴. Y en otro lugar dice: «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae»⁷⁵. Es Dios quien pone en nuestro corazón el interés

⁷² Mt 19,21.

⁷³ Atanasio, *Vida de Antonio* (Biblioteca de Patristica 27), Introducción, traducción y notas de Paloma Rupérez Granados, Madrid 1995, 34.

⁷⁴ Jn 15,16.

⁷⁵ Jn 5,44.

por Cristo y nos atrae hacia Él por caminos muy distintos según cada uno, de manera que, cuando nos ponemos en camino hacia Cristo, es Dios quien nos conduce hacia él. No buscaríamos a Cristo si Él no hubiera salido a nuestro encuentro. Y la primera palabra que pronuncia es la que dirigió a sus discípulos: «Sígueme», «ven conmigo». A veces es una persona que nos lo muestra, alguien que lo señala, como hizo Juan Bautista con los primeros discípulos de Jesús. Otras veces es un amigo que nos habla de él, como hizo Felipe con su amigo Natanael. En ocasiones, una circunstancia concreta nos permite oír hablar de Jesús y se despierta el deseo de conocerlo, como ocurrió con un simpático personaje del evangelio llamado Zaqueo. Éste había oído hablar de él y, al enterarse que pasaba por donde vivía, se subió a un árbol para verlo, pues era bajo de estatura. Al pasar, Jesús se fijó en él y le dijo, como si le conociera de toda la vida: «Zaqueo, baja pronto porque hoy me hospedaré en tu casa»⁷⁶. Bajó y comieron juntos. Como ves, Jesús toma la iniciativa, nos busca, quiere hacerse nuestro amigo. Tiene sed de nuestra amistad. Un escritor inglés convertido al catolicismo dice que la amistad con Cristo no es entre iguales, como si él y nosotros estuviéramos en un mismo plano. Él nos ama primero, nos precede en el don de sí mismo, de forma «que no podemos ni siquiera encontrarnos con Cristo, si él mismo no suscita dentro de nosotros ese deseo»⁷⁷.

Amigo: ¿Y qué viene después?

Obispo: ¿Qué te sucede a ti cuando has encontrado una persona que, por su forma de ser y actuar, puede ser tu amigo? ¿O qué haces cuando deseas conocer más profundamente a alguien?

⁷⁶ Lc 18,5.

⁷⁷ R.H. Benson, *La amistad de Cristo*, 142.

Amigo: Busco satisfacer ese deseo, intento estar con esa persona, charlar de nuestras cosas, conocernos mejor, hacer cosas juntos.

Obispo: A eso llamamos oración. El tiempo gastado en hacerse amigos. Los momentos, largos y serenos, en que nuestro yo y el t  de Jesús se estrechan libremente llevados por el deseo del mutuo conocimiento y amor. Así pasó también con los primeros amigos de Jesús. Ellos habían sido discípulos de Juan Bautista, a quien llamamos el Precursor porque vino antes de Jesús para presentarlo al pueblo de Israel. Era un gran profeta, pero sabía que no era el último enviado de Dios. Cuando Jesús comienza su vida pública, el Bautista lo señaló y dijo a dos de sus discípulos que él era el Mesías, el Enviado de Dios. Los dos discípulos fueron detrás de Jesús. Al darse cuenta de que lo seguían, les preguntó qué buscaban. Ellos le preguntaron dónde vivía, y Jesús les dijo: «Venid y lo veréis»⁷⁸. Uno de los discípulos era Andrés, el hermano de Pedro, y el otro posiblemente el que narra este encuentro, Juan el evangelista, que, por discreción, no revela su identidad. A renglón seguido hace este interesante comentario: «Fueron y vieron dónde moraba y permanecieron con él aquel día. Era como la hora décima»⁷⁹.

Como ves, tuvo que ser apasionante aquel encuentro para pasar juntos el día y recordar la hora en que tuvo lugar. Así comenzó aquella amistad inolvidable, que llevaría tan lejos a aquellos discípulos. Puedes imaginar que hablaron de todo lo que les interesaba. Como habían sido discípulos de Juan, tendrían sus inquietudes religiosas, porque Juan fue un gran profeta que hablaba de Dios, de la conversión de los pecadores, de la necesidad de hacer obras buenas. Se interesarían por lo que pensaba Jesús. Hablar an de Dios y del Mesías que esperaba el pueblo de Israel. Y, sobre todo, observarían

⁷⁸ Jn 1,39.

⁷⁹ Jn 1,39.

mucho a Jesús. Estoy seguro que no perdieron detalle alguno de sus gestos y actitudes. Uno no deja un maestro por otro, si no lo considera mejor. Si Andrés y Juan empezaron a ser discípulos de Jesús, es porque descubrieron en él al que luego llamarían «el Maestro». No había duda de que en aquel profeta de Nazaret amanecía una luz nueva, que antes no había brillado en Israel. Sin saberlo, se encontraban ante aquel del que Juan afirmará después en el prólogo de su evangelio que era la Vida y la Luz de los hombres. No sospechaban que, a pesar de ser un hombre de unos treinta años, existía antes que Abrahán⁸⁰. Observarían su mirada y quedarían atrapados por la insondable profundidad de quien escudriña los corazones de los hombres, lo más oculto de sus pensamientos y deseos. Se fijarían en los gestos de sus manos, que, a pesar de estar curtidas por el trabajo del carpintero, tendrían las maneras del Creador. Aquellas manos que un día verían clavadas en la cruz o, después de la resurrección, con las llagas gloriosas de los clavos. Pero, sobre todo, en aquel encuentro beberían una a una las palabras que salían de sus labios, pues fue suficiente para saber que era el Mesías. Así se lo dijo Andrés a su hermano Simón: «Hemos hallado al Mesías»⁸¹. Como hicieron los apóstoles, tienes que escuchar a Cristo, acoger sus palabras y guardarlas en el corazón. Son el mejor camino para conocerlo; en todo lo que dice manifiesta su ser. Por eso Juan llama a Cristo «el Verbo», «la Palabra».

Amigo: Me resulta extraño que se le llame así. ¿Hay alguna razón especial para hacerlo?

Obispo: En el pueblo judío, que posee un enorme respeto por la tradición oral heredada de sus antepasados, hablar de *la Palabra*

⁸⁰ Cf. Jn 8,58.

⁸¹ Jn 1,41.

era evocar espontáneamente el momento en que Dios pronunció, en el origen del mundo, las palabras que hicieron salir todos los seres de la nada. Dios dijo «hágase» y todo fue hecho: el sol, la luna y la estrellas; la tierra firme y el mar; los animales y las plantas, el firmamento del cielo y los confines de la tierra. La palabra de Dios hace lo que dice. A nivel personal, Dios dirigió su palabra a Abrahán, padre de nuestra fe, y a los grandes patriarcas y profetas. Habló a Moisés en el monte Sinaí y le dio sus palabras más sagradas, que constituyen la ley del pueblo elegido. Dios «hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo»⁸². La palabra de Dios inspiraba a los profetas y sabios de Israel, que hablaban en su nombre palabras nuevas, ardientes como el fuego y suaves como la brisa. Sus palabras de amor se hicieron salmos, cánticos inspirados, sublimes textos que cautivaban a quienes eran tocados por el aliento de Dios y por el susurro o el poderoso viento de su voz. Dios, con su palabra, atraía hacia él a quienes se dejaban enamorar. Hasta tal punto la palabra de Dios llegó a ser signo de la comunicación personal de Dios que, cercano el tiempo del nacimiento de Jesús, la palabra adquirió rasgos personales, como alguien nacido de Dios que dialogaba con él, íntimamente, comunicándose en un permanente coloquio de amor. De esa palabra personal, se decía que había creado el mundo con su eterna sabiduría. Era la palabra creadora y, al mismo tiempo, la que regía la historia y la conducía a su plenitud. Esa palabra, nacida de Dios y dirigida a él en constante relación personal, es Jesucristo. Por eso se aplica a él lo que se decía de la Palabra eterna de Dios: creó los mundos, habló en los profetas y estuvo presente en los grandes acontecimientos de la salvación de Israel. Jesucristo es la Palabra que Dios ha pronunciado y nos ha dirigido para comunicarse con nosotros y revelarnos su amor, su predilección, su voluntad de

⁸² Ex 33,11.

salvarnos. Por ello, cuando habla Cristo, resuenan en él los ecos antiquísimos de lo que Dios ha dicho a través de toda la historia de Israel. Sus palabras son nuevas, pero cargadas de historia santa. Son palabras creadoras, que hacen lo que dice. Tienen poder de sanar, consolar, perdonar, redimir, convertir a la verdad, purificar y consagrar los corazones en el bien. Son palabras bellas, rebosantes de alegría y misericordia. Palabras de amor que nunca se marchitan a pesar del transcurso de los siglos. De ahí que san Juan de la Cruz diga bellamente que, cuando Dios pronunció su última palabra, que es Cristo, se quedó mudo⁸³. Nos dijo cuanto tenía que decir, nos lo dijo todo en aquel que es su Palabra.

Amigo: Debían tener mucha fuerza las palabras de Cristo para que aquellos primeros discípulos descubrieran tan pronto que era el Mesías. ¿Entendieron todo esto en aquel primer encuentro?

Obispo: El evangelio no es una crónica histórica de todos los detalles de la vida de Jesús. Le interesa resaltar el *impacto*⁸⁴ que Jesús tuvo en los suyos, las consecuencias de sus acciones. En realidad, aquel primer encuentro fue el inicio de un proceso de amistad que tuvo que madurar poco a poco. Sobre todo, tuvo que cambiar la idea terrena y política que se habían hecho de Jesús como Mesías. Pero es cierto que las palabras de Jesús causan un gran impacto porque se dirigen al corazón mismo del hombre y arrojan una poderosa luz. En sus palabras se revela la Sabiduría eterna, que,

⁸³ San Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo* 2, 22,4. Comentando el texto de Heb 1,1, dice que «en lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos el *Todo*, que es su Hijo».

⁸⁴ Sobre este impacto que Jesús provocó en la vida de sus discípulos ha escrito páginas muy interesantes J.D.G. Dunn, *Redescubrir a Jesús de Nazaret. Lo que la investigación sobre el Jesús histórico ha olvidado* (Biblioteca de Estudios Bíblicos Minor 10), trad. de F.J. Molina de la Torre, Salamanca 2006, esp. pp. 27-35.

cuando entra en las almas buenas, «hace amigos de Dios y profetas»⁸⁵. En los evangelios tenemos encuentros de Jesús con gente de su tiempo, que cambiaron de vida gracias a la conversación con Jesús: Ya hemos hablado de Zaqueo, un recaudador de impuestos que abusaba de su cargo para enriquecerse. Cuando Jesús comió con él en su casa, le hizo ver el error de su conducta; al final de la comida reconoció en público sus pecados, prometió dar la mitad de sus bienes a los pobres y devolver cuatro veces más a los que había defraudado. También Jesús cambió la vida de la mujer samaritana durante una larga conversación junto al pozo de Jacob. Aquella mujer, que empezó tratándolo con cierto desdén, terminó reconociéndolo como profeta y Mesías, al indicarle Jesús que vivía en pecado, de espaldas a la verdad de Dios. Incluso los enemigos de Cristo, que buscaban llevarlo a la muerte, quedaron confundidos por la fuerza y autoridad de sus palabras y de sus gestos.

Amigo: ¿A qué te refieres?

Obispo: En cierta ocasión, los escribas y fariseos prepararon una trampa a Jesús para poder acusarle de no respetar la ley de Moisés y le llevaron una mujer sorprendida en adulterio, pecado que estaba condenado con la lapidación. Cuando le preguntan a Jesús qué opina al respecto, guarda silencio. Interrogado de nuevo, responde con gran habilidad sin decir su opinión sobre la norma de la ley, sino interpelando a los presentes: «El que de vosotros esté sin pecado, que le arroje la primera piedra»⁸⁶. Dice el evangelista que, «al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús, le dijo: ‘Mujer, ¿dónde están?

⁸⁵ Sab 7,27.

⁸⁶ Jn 8,7.

¿Nadie te ha condenado?'. Ella respondió: 'Nadie, Señor'. Jesús le dijo: 'Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más'»⁸⁷. En esta escena aparece claro que la palabra de Jesús posee las propiedades de la misma Palabra de Dios: «Es viva y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón»⁸⁸. Quien se acerca a Cristo con sinceridad, termina conociendo lo más íntimo de sí mismo y viviendo en su verdad. Y, al revés, quien no quiere conocer su propia verdad y lo secreto de su corazón, no resiste la presencia de Cristo, lo evita, como le sucedió a Poncio Pilato.

Amigo: ¿También él tuvo oportunidad de ser amigo de Jesús?

Obispo: Tuvo una oportunidad extraordinaria porque pudo hablar con él durante el proceso antes de su muerte. Los jefes religiosos, que lo condujeron a Pilato, le acusaron de ir contra el César, y Pilato, que debía defender los intereses del emperador romano en aquella provincia del imperio, le preguntó por su pretensión de ser rey de los judíos. Jesús se mostró reservado, pero, cuando Poncio Pilato le preguntó si era rey, Jesús respondió afirmativamente: «Tú lo dices, yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz»⁸⁹. Pilato se hallaba frente a la Verdad en persona. En el interrogatorio había percibido que Jesús era inocente y justo. Las acusaciones de rebelión contra el César no tenían fundamento. En realidad, el problema por el

⁸⁷ Jn 8,9-11.

⁸⁸ Heb 4,12.

⁸⁹ Jn 18,37.

que lo llevaron a su tribunal era el de la verdad sobre su origen y su persona. ¿Quién es Jesús? Ésa era la cuestión central, que el mismo Pilato se atrevió a plantear a Jesús: «¿De dónde eres tú?»⁹⁰. Es la pregunta a la que intenta responder el cuarto evangelio: ¿De dónde viene Jesús? Su origen terreno era conocido: venía de Nazaret, en Galilea. Conocidos eran también su Madre y sus familiares; se sabía que su padre según la ley era un artesano, José. Siendo sus orígenes tan humildes, sorprendía su sabiduría y autoridad en materias de la Ley de Moisés. De ahí que la gente no dejara de preguntarse sobre el origen de su sabiduría. También Pilato intuyó que aquel hombre paciente y callado, que apenas se defendía de las acusaciones, escondía un misterio que venía de *arriba*. Jesús mismo le dijo que no tendría ninguna autoridad sobre él, si no le hubiera venido de *arriba*, es decir, de Dios. Pero Pilato no quiso escuchar la respuesta de Jesús a estas preguntas. Cuando Jesús le dijo que había venido para dar testimonio de la verdad, Pilato, escéptico o despectivo, replicó: «¿Y qué es la verdad?»⁹¹. Salió del Pretorio sin esperar la respuesta. No quiso escuchar. La Verdad estaba frente a él, y no escuchó su voz. «Todo el que es de la verdad escucha mi voz», le había dicho Jesús. Pilato no era de la verdad. Oportunista y pragmático, determinó contentar a los que condenaban a Cristo y lo entregó para ser crucificado.

Los que estudian el evangelio de Juan comparan esta escena con la de la mujer samaritana que constituye el reverso de la moneda. Aquella mujer también fue interpelada por Cristo de forma directa y supo refrenar el impulso de su orgullo cuando fue descubierto su pecado. Acogió la voz de Jesús que la llamaba a dar culto a Dios en la verdad. «Como en la unión física, escribe G. Thibon, las

⁹⁰ Jn 19,9.

⁹¹ Jn 18,38.

Cristo, nuestro amigo

bodas del alma con Dios exigen la desnudez. Pero es más difícil desnudar el alma que el cuerpo, *porque el vestido del alma es el yo*»⁹². La samaritana no esquivó la Verdad y acogió la palabra de Cristo. Había dado el primer paso para llegar a ser de él: oír su voz. A diferencia del cobarde y esquivo Pilato, había entrado en el reino de Cristo, en su amistad.

⁹² G. Thibon, *Nuestra mirada ciega ante la luz* (Patmos. Libros de espiritualidad 146), trad. de J. Urbistondo, Madrid 1973, 196.

Capítulo IV

CRECER EN LA AMISTAD.

I: LA MENTE DE CRISTO

Amigo: En la experiencia con mis amigos observo que, mientras algunas amistades crecen, otras decaen, se estancan y hasta mueren. Da la impresión de que la amistad tiene un proceso, etapas que se van superando. También he pasado por pruebas y momentos difíciles. A veces crees que tienes un buen amigo y, cuando lo necesitas, no está a tu lado. ¿Pasa lo mismo con la amistad de Cristo?

Obispo: Esa experiencia de la amistad es universal. Dice la Biblia que «un amigo fiel es un apoyo seguro, quien lo encuentra ha encontrado un tesoro»⁹³. Pero un tesoro no se halla todos los días. A veces nos precipitamos al llamar amigos a quienes son simples compañeros o colegas. En otras ocasiones, los amigos fallan y experimentamos una profunda tristeza. Jesús pasó por esta experiencia con uno de los Doce: Judas, el que lo entregó por treinta monedas de plata. Se ha hecho célebre el beso de la traición. Judas convino con los que debían arrestar a Cristo en darle un beso para identificarlo en la oscuridad de la noche. Incluso en aquel momento, Jesús le llamó *amigo*, seguramente para atraerlo hacía sí en un

⁹³ Eclo 6,14. Véase todo el elogio de la amistad en 6,7-17.

último intento: «Amigo, ¿a qué vienes?»⁹⁴. Jesús experimentó también la triple negación de Pedro, quien, por respetos humanos y miedo, juró no conocerlo, a pesar de que horas antes había prometido dar la vida por él. Y, a excepción de Juan, que estuvo presente en el Calvario, donde crucificaron a Jesús, los demás apóstoles huyeron. Como ves, los amigos de Jesús no estuvieron a la altura de las circunstancias. Esto nos advierte de la necesidad de crecer en la amistad con Cristo y luchar por la fidelidad.

Amigo: Si aquellos hombres, que habían convivido tanto tiempo con él, llegaron a abandonarlo, ¿quiere decir que su amistad no era verdadera? ¿Por qué estaban con él? ¿Acaso no lo querían?

Obispo: Lo querían a su manera. Sus sentimientos eran sinceros; de lo contrario no hubieran dejado todo por seguirlo. Después de las negaciones, Pedro lloró amargamente cuando Cristo le miró al salir de la casa del sumo sacerdote. Y hasta Judas se arrepintió⁹⁵, pero no supo acudir a Cristo, que le habría perdonado. Sí, querían a Jesús, pero no habían llegado a identificarse plenamente con él. Por eso te he dicho que lo amaban a su manera. La amistad tiende a la identificación entre los amigos hasta llegar a una plena comunión en el modo de entender la vida. Hay que reconocer, sin embargo, que en la amistad con Jesús la distancia entre él y nosotros es infinita. No es una amistad entre iguales⁹⁶. Salvar esa distancia es imposible si Cristo no nos ayuda. A esto se llama conversión, cambiar *la mente y el corazón*. Se trata de una transformación

⁹⁴ Mt 26,50. Hay que notar que aquí no aparece la palabra griega que Juan utiliza para designar a los discípulos como amigos de Jesús, sino la de «compañero».

⁹⁵ Cf. Mt 27,3.

⁹⁶ Según la mentalidad griega, la amistad se da entre iguales: *amistad-igualdad*. Entre el Hijo de Dios y el hombre no se puede hablar de igualdad. De ahí el carácter extraordinario de la amistad que Cristo nos ofrece.

en Cristo. «Uno se da cuenta, escribe Benson, de que Cristo desea una amistad que tenga como base una conversión total»⁹⁷. Cristo nos quiere totalmente suyos, busca identificarnos con él. Y a nosotros nos cuesta mucho dar ese paso porque supone ir en contra de nosotros mismos, de nuestros intereses.

Amigo: ¿Qué intereses podrían tener los amigos de Jesús? Por lo que sé de su vida, era pobre, sin recursos económicos ni posición social, y su oficio, el de un carpintero. ¿Qué podían esperar de un hombre así?

Obispo: Eso es verdad, pero llegaron a pensar que Jesús podía ser el Mesías anunciado por los profetas. Jesús les habló del Reino de Dios y se hicieron ilusiones sobre la posibilidad de ocupar lugares de importancia en ese reino que entendieron de una manera política. Hay que tener presente que en tiempos de Jesús se esperaba un Mesías que liberase al pueblo judío de la servidumbre del emperador de Roma, pues Palestina era una provincia del imperio. Al escuchar algunas palabras de Jesús y contemplar ciertos gestos, llegaron a pensar que Jesús era el Mesías prometido; si eran sus amigos, algo les tocaría de su reino. Jesús tuvo aquí una difícil y paciente tarea para ayudarles a entender lo que afirmarían después ante el procurador romano: «Mi reino no es de este mundo»⁹⁸.

Amigo: Pero, ¿llegaron a pensar que Jesús podía ser un rey como los de este mundo?

Obispo: Parece que sí. Hay un episodio muy simpático en el evangelio a este respecto, que afecta precisamente a Juan el evangelista y a su hermano Santiago. En cierta ocasión, su madre (aunque

⁹⁷ R.H. Benson, *La amistad de Cristo*, 121.

⁹⁸ Jn 18,36.

otro evangelio dice que fueron ellos mismos) se acercó a Jesús para pedirle que, en el reino que prometía, sus hijos se sentaran uno a su derecha y otro a su izquierda⁹⁹. Jesús se dio cuenta de que no habían comprendido bien su enseñanza y no sabían lo que pedían. Y, antes de responder, les preguntó si serían capaces de beber el cáliz que él había de beber. Con esta imagen del cáliz se refería a la pasión que había de sufrir. Llevados por el entusiasmo del momento contestaron que sí, posiblemente sin saber a qué se refería exactamente Jesús, y éste les dijo: «Mi cáliz, sí lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre»¹⁰⁰. El evangelio dice después que los otros diez apóstoles se indignaron contra los dos hermanos, lo que indica que todos participaban del mismo interés, aunque no lo confesaran. Jesús tuvo que intervenir de nuevo para enseñarles el espíritu de su Reino: «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos»¹⁰¹. Como ves, Jesús ejerce su función de Maestro y reeduca a quienes pretenden seguirle, poniéndose como modelo a imitar. Cuando san Pablo se presente ante sus cristianos dirá que es un imitador de Cristo¹⁰². Más aún, llega a afirmar que posee «la mente de Cristo»¹⁰³.

⁹⁹ Mt 20,20-23.

¹⁰⁰ Mt 20,23.

¹⁰¹ Mt 20,25-28.

¹⁰² 1Cor 11,1.

¹⁰³ 1Cor 2,19.

Amigo: ¿Cómo es posible eso? Los apóstoles tuvieron dificultad para comprender a Cristo y su modo de pensar. No resulta agradable escuchar palabras que nos hablan de morir, ser esclavo de otros, servir a los demás. Me da la impresión de que lo que dice Jesús va en contra de lo que el hombre lleva dentro.

Obispo: Ya hablaremos de esto más adelante, pero ciertamente la mentalidad de Jesús no es la nuestra. Lo importante es descubrir si la suya es la verdadera. Para que no te desanimes, recuerda lo que le pasó a Pedro. Cuando Jesús anunció por primera vez su pasión y muerte, Pedro, que amaba a Jesús también a su manera, le tomó aparte y se atrevió a reprenderle para que no le sucediera lo que acababa de anunciar¹⁰⁴. La reacción de Jesús fue inmediata y dura. No tenemos ningún otro lugar en el evangelio donde se diga que Jesús reaccionara así ante un amigo. Jesús le dijo: « ¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!»¹⁰⁵. Jesús tuvo esta misma reacción cuando fue tentado por el diablo en el desierto. Ahora la experimenta de nuevo, a través de Pedro; por eso le llama Satanás. ¿En qué consistía la tentación? En apartarle del camino del Padre, que le pide servir a los hombres hasta dar la vida. Pedro piensa como los hombres, no como Dios. Su actitud es un obstáculo para que Jesús sea el amigo que da la vida por los suyos. Bajo capa de amor a Cristo, Pedro actúa como el mayor enemigo de Cristo, Satanás, que quiere impedir a toda costa que Cristo nos salve. Jesús dice a Pedro que le escandaliza, ve en él una piedra de tropiezo en el camino señalado por su Padre. Un signo de que se crece en la amistad con Cristo es pensar y juzgar las cosas con la mente de Cristo. Tenemos, por tanto, necesidad de ajustar nuestra

¹⁰⁴ Cf. Mt 16,22-23.

¹⁰⁵ Mt 16,23.

mente a la suya. Este cambio de mentalidad o *renovación de la mente* es el primer paso de la conversión a la que Cristo llama¹⁰⁶.

Amigo: ¿Por qué resulta tan difícil pensar como Cristo? Si Jesús y Pedro piensan de manera tan distinta, quiere decir que es muy fácil equivocarse cuando hay que elegir un camino en la vida o cuando se busca la verdad sobre los temas más importantes en los que nos jugamos la felicidad.

Obispo: ¿No te ha pasado alguna vez saber lo que tenías que hacer y hacer justamente lo contrario? ¿No has visto en ocasiones con claridad que, para ser fiel a tu conciencia, debías escoger un camino y, sin embargo, has escogido lo más fácil, lo que te gusta más o incluso lo que sabes a ciencia cierta que va contra el bien y la verdad?

Amigo: Sí, en muchas ocasiones. Siempre he pensado que soy muy contradictorio.

Obispo: Para explicar esta contradicción que el hombre lleva consigo, san Pablo habla de dos leyes en el hombre: la que le dice lo que tiene que hacer y la que le lleva a hacer lo que no quiere¹⁰⁷. Es como si dentro de nosotros existiera una lucha entre el bien y el mal, un duelo entre dos oponentes. También habla de dos hombres: uno terreno, material, carnal, y otro celeste, espiritual. San Juan utiliza imágenes muy parecidas: habla de la carne por oposición al espíritu. Y dice: «Lo que nace de la carne es carne y lo que nace del espíritu es espíritu»¹⁰⁸. Para entender bien estas oposiciones, no hay que interpretar la palabra *carne* desde la clave de la sexualidad.

¹⁰⁶ Cf. Mt 4,17: «Convertíos, porque ha llegado el Reino de los cielos». El verbo griego, que habitualmente se traduce por convertíos, significa *cambiad de mentalidad*. Cf. Rom 12,2.

¹⁰⁷ Cf. Rom 7,15-23.

¹⁰⁸ Jn 3,6.

La palabra *carne* en la Biblia se refiere con frecuencia a la condición frágil del hombre, a su enorme limitación como criatura, que tiene dificultad para entender y abrirse al mundo de Dios y del Espíritu. Jesús nos dice que «la carne es débil»¹⁰⁹. Según san Pablo, el hombre que se deja llevar por las tendencias de la carne juzga las cosas a nivel muy rastrero, desde sus propios intereses egoístas. Es el hombre que se busca a sí mismo, que se sitúa en el centro de su vida, marginando a Dios y a los demás. De ese hombre carnal, dominado por el egoísmo, que considera locura las cosas de Dios, nacen estas obras: «fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, ambición, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, comilonas y cosas semejantes»¹¹⁰. A este hombre opone san Pablo el espiritual, el que, según san Juan, ha nacido del Espíritu de Dios. Este hombre no juzga las cosas desde una perspectiva terrena¹¹¹, meramente humana, sino con *la mente de Cristo*, que es el hombre espiritual por excelencia. Las obras que nacen de este hombre son: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí»¹¹². La tarea más importante del cristiano va dirigida a ser *espiritual*¹¹³, hombre que se deja llevar del Espíritu de Dios. Para hacer más fácil esta tarea, Dios coloca ante nuestros ojos a su Hijo Jesucristo, para que, al contemplarlo, aprendamos a ser espirituales, a luchar contra las tendencias de la carne. San Pablo dice que «los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias»¹¹⁴. Quizás te sorprenda la expresión «han

¹⁰⁹ Mt 26,41.

¹¹⁰ Gál 5,19-21.

¹¹¹ 1Cor 2,14.

¹¹² Gál 5,22-23.

¹¹³ Esta palabra, en su sentido técnico dentro del Nuevo Testamento, no es equivalente a religioso, piadoso, místico, sino que hace referencia al Espíritu de Dios. El hombre *espiritual* es el que se deja guiar en todo por el Espíritu de Dios.

¹¹⁴ Gál 5,24.

crucificado»¹¹⁵. Con ella, el apóstol se refiere a la muerte de Cristo en la cruz y quiere decir que *han dado muerte*. Pero, al utilizarla, sugiere algo muy importante para evitar el desaliento en nuestra lucha, a saber, que en la cruz de Cristo ha muerto ese hombre carnal, viejo, que nos lleva a hacer lo que no queremos. Los que son de Cristo saben, por tanto, que Cristo está con ellos en su propia lucha y les dará el triunfo sobre el mal.

Amigo: ¿Quieres decir que Cristo también experimentó esta lucha entre el bien y el mal?

Obispo: Jesús experimentó esa lucha, aunque de manera distinta a nosotros, porque, siendo Dios, no podía pecar. Al comentar el episodio con Pedro, te he dicho que le llamó Satanás porque vio en la actitud de Pedro una tentación que ya había tenido al comienzo de su vida pública, cuando se retiró al desierto a orar y hacer penitencia. Allí estuvo cuarenta días ayunando. San Lucas dice que fue conducido allí por el Espíritu, sugiriendo quizás que Jesús, en cuanto hombre, debía entrenarse en la lucha del espíritu. El desierto se presenta en la Biblia como lugar de encuentro con Dios y de prueba. Después de pasar un tiempo orando y ayunando, Jesús, al borde de sus fuerzas físicas, experimentó la presencia de Satanás, a quien se llama demonio o diablo, un ser espiritual e inteligente que busca apartar al hombre del camino de Dios. Lo hizo con nuestros primeros padres, Adán y Eva, y lo sigue haciendo a través de la historia. El relato de las tentaciones de Jesús está cargado de simbolismo, de imágenes muy expresivas, a través de las cuales los evangelistas han sintetizado de modo admirable las grandes pasiones del corazón humano: afán de posesiones, deseo de brillar ante el

¹¹⁵ R.H. Benson, *La amistad de Cristo*, 125: «Mientras domine nuestro yo y no se le niegue y crucifique, el hombre no puede seguir ni escuchar a Jesús en sentido pleno».

mundo y soberbia o pretensión de ser, como Dios, el dueño del mundo. Como Satanás es muy sabio y sutil, presenta a Jesús estas pasiones como si fueran buenas y estimables, incluso para llegar a ser el Mesías enviado por Dios. Utiliza además la Palabra de Dios para convencer a Jesús de la bondad de estos deseos. Jesús, sin embargo, le descubre la mentira, rechaza las tentaciones y, al final, vence al tentador mediante un acto de adoración al único y verdadero Dios. Su victoria sobre Satanás muestra el camino para que nosotros lo vencamos también: frente a la tentación de poseer bienes, la pobreza; frente al deseo de brillar ante el mundo, el desprecio de todo honor; frente a la soberbia que le equipara a Dios, la humildad. Este relato es un perfecto retrato de Jesucristo, hombre fuerte y espiritual, opuesto al carnal que Satanás propone. Cuando Jesús abandona el desierto para comenzar su misión, sale fortalecido de la prueba, aunque dice san Lucas que el diablo le dejó hasta otra ocasión, el momento del combate final.

Amigo: El diablo ¿es entonces un ser que actúa directamente en la vida de los hombres? He oído decir que es un invento, una figura literaria que representa la oposición al bien, una especie de personificación de las fuerzas del mal.

Obispo: Según la fe cristiana, el diablo existe. Creado por Dios como ángel bueno, es un ser espiritual, dotado de inteligencia, que se rebeló contra Dios. Su pecado fue el orgullo satánico, la soberbia radical. No quiso reconocer la soberanía de Dios y fue excluido de quienes le servían como ángeles. Se habla de él como el ángel caído. Jesús trata de él en su predicación para advertirnos de sus asechanzas; incluso se dejó tentar por él para darnos ejemplo de cómo vencerlo. En el Padrenuestro, la oración que Jesús nos enseñó, pedimos al final «líbranos del maligno», que es el tentador. Es un enemigo del hombre, que se apoya en nuestra propia fragilidad

para engañarnos. Jesús lo llama «homicida desde el principio», «mentiroso» y «padre de la mentira»¹¹⁶, porque odia y no resiste la verdad. En él no hay verdad; seduce mintiendo o sembrando la sospecha frente a Dios¹¹⁷, como hizo con nuestros primeros padres e intentó hacer con Cristo. Se esconde siempre en la oscuridad y procura que sus obras no sean descubiertas para mantener al hombre en su engaño. Otra de sus estrategias es la división. No soporta la unidad del bien. Donde hay divisiones, discordias y desunión, allí está él. Por eso se llama *diablo*, que significa *acusador, calumniador*. Su acción en el hombre es patente: San Juan dice que fue él quien puso en el corazón de Judas el pensamiento de entregar a Jesús¹¹⁸; y después de que Jesús diera a Judas un bocado de comida en la última cena, añade que «entró en él Satanás»¹¹⁹. Como conoce muy bien al hombre, sabe por dónde atacar. De ahí que el cristiano debe conocer su modo de actuar para estar vigilante. Los apóstoles Pedro y Pablo tuvieron experiencia de su poder y exhortan a los cristianos a la vigilancia y a la fortaleza. En su oración de la noche, la Iglesia reza con estas palabras de Pedro: «Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el diablo, ronda como *león rugiente*, buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe»¹²⁰. En la carta a los Efesios, Pablo afirma: «Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre... sino contra los espíritus del mal»¹²¹. A renglón seguido, describe cuáles son las armas del cristiano en la lucha contra el espíritu del mal.

¹¹⁶ Jn 8,44.

¹¹⁷ Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, 37, le llama «genio de la sospecha».

¹¹⁸ Cf. Jn 13,2.

¹¹⁹ Jn 13,27.

¹²⁰ 1Pe 5,8.

¹²¹ Ef 6,11-12.

Amigo: El poder del diablo, ¿es tan grande como el de Cristo?

Obispo: No, de ninguna manera. Jesucristo ha vencido a Satanás y lo tiene sometido a su poder. Pero goza de cierta libertad para tentar al hombre. En su vida pública Jesús liberó a personas poseídas por el demonio para indicar que el Reino de Dios se había hecho presente. Sus enemigos le acusaron de estar aliado con el diablo y explicaban así su poder sobre los endemoniados. Jesús se defiende de esta acusación y dice: «Si por el dedo de Dios expulsó yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios. Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están seguros; pero si llega uno más fuerte que él y le vence, le quita las armas en las que estaba confiado y reparte sus despojos»¹²². Es una metáfora muy ilustrativa: Jesús afirma que el diablo es fuerte; pero él es más fuerte aún porque le ha arrebatado a quienes tenía bajo su poder. Esto vale también para nosotros. De una u otra manera todos estamos bajo la acción del diablo, cuando nos dejamos seducir por la mentira de su «voz seductora»¹²³, base de todo pecado, y por la falta de amor, pues el diablo no puede amar y es «homicida desde el principio»¹²⁴. La gran seguridad del amigo de Cristo es «que el Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo»¹²⁵, aunque debe ser humilde y prudente ante su poder espiritual.

Amigo: Visto así el panorama, parece que el hombre está metido en una guerra para la que no está preparado. Muchas de estas cosas resultan extrañas para una mentalidad moderna. Da la impresión de que los que quieren ser amigos de Jesús tienen que vivir en un mundo aparte, separados de todo lo que les rodea, como si

¹²² Lc 11,20-22.

¹²³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 391.

¹²⁴ Jn 8,44.

¹²⁵ 1Jn 3,8.

hubiera enemigos por todas partes. El cristianismo parece una carrera de obstáculos, apta sólo para algún privilegiado que puede saltarlos sin caer.

Obispo: La fe es una luz que nos permite ver las cosas en su radical profundidad. Mucha gente vive sin pararse a pensar un momento en la importancia que tiene la vida. En la parábola del sembrador, Jesús advierte contra la actitud del hombre superficial que, preocupado por las cosas del mundo y la seducción de las riquezas, no echa raíces y ahoga las llamadas de Dios en su corazón. Si vivimos superficialmente, nunca nos plantearémos cómo hacer frente al mal, cómo luchar contra las pasiones del corazón, cómo vencer al enemigo, y éste lo tendrá muy fácil con nosotros. Tienes razón en que el cristianismo es una carrera. Así lo dice san Pablo: «Yo corro hacia la meta, hacia el galardón al que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús»¹²⁶. Y en esa carrera encontramos los obstáculos que nacen de nuestra debilidad o de los ataques del enemigo. No se trata, sin embargo, de vivir en un mundo aparte. No hay un mundo para los cristianos y otro para los que no lo son. Se trata de vivir de una manera distinta a como viven los que se olvidan de Dios o piensan que este mundo es el único que existe. Desde el principio los cristianos han vivido haciéndose presentes en el mundo con el estilo de Cristo. Siguiéron una norma de conducta que Cristo dio a sus amigos cuando abandonó este mundo, la de estar en el mundo sin ser de él.

Amigo: Parece un juego de palabras.

Obispo: En cierto sentido lo es. En el evangelio de Juan, y en el Nuevo Testamento en general, la palabra *mundo* tiene significados

¹²⁶ Flp 3,14.

diversos¹²⁷. Está el *mundo creado*, el cosmos salido de las manos de Dios, donde vivimos y al que Dios envía su Hijo para salvarlo. *Mundo* designa también a la humanidad. Pero se usa la palabra *mundo* para describir el conjunto de personas, formas de pensar y poderes que se oponen a Cristo, que lo rechazan y odian porque no quieren que su influencia salvadora llegue a los hombres. En el prólogo del cuarto evangelio, se dice que Jesús «estaba en el mundo... pero el mundo no lo conoció»¹²⁸. A este mundo se refiere Jesús cuando dice a sus discípulos: «Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero, como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo»¹²⁹. Ahora bien, este mundo, que odia a Cristo y a los suyos, está bajo la influencia del Maligno, a quien Jesús llama «el príncipe de este mundo»¹³⁰ porque se rige con sus criterios: la mentira, la injusticia, el odio. Naturalmente, a este mundo no pertenece Jesús ni los suyos, pues los ha liberado de él por la redención. «Ellos no son del mundo —dice Jesús— como yo no soy del mundo»¹³¹. No es fácil sustraerse a la influencia de este mundo opuesto a Cristo, que rechaza la luz de Dios. Ese mundo tiene su propia mentalidad, opuesta a la mentalidad del evangelio. Quien quiere vivir según el Evangelio tiene que oponerse a la mentalidad del mundo. San Pablo pide a los cristianos de Roma: «No os conforméis a este mundo»¹³². Sólo así se pertenece a Cristo. ¿Conoces las bienaventuranzas?

¹²⁷ Sobre este aspecto puede consultarse H. Zimmermann, *Los métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento* (BAC 295), trad. de G. Bravo, Madrid 1969, 10-17.

¹²⁸ Jn 1,10.

¹²⁹ Jn 15,18-19.

¹³⁰ Jn 14,30.

¹³¹ Jn 17,16.

¹³² Rom 12,2.

Amigo: Sí, aunque no sabría repetirlas de memoria. Sé que hablan de los pobres, los pacíficos, los limpios de corazón...

Obispo: En ellas Jesús nos ha dejado la carta magna de su Reino. Son el elogio que Cristo hace de los suyos y un retrato de sí mismo. Pero, al mismo tiempo y por contraste, Jesús describe la mentalidad de ese mundo que se le opone y que le llevará a la cruz. Quien viva las bienaventuranzas será un amigo perfecto de Cristo, pero debe contar también con el rechazo del mundo y el sufrimiento de la cruz. No en vano Jesús habla de lágrimas y de persecución. También Jesús gritó y lloró en la cruz. Las bienaventuranzas terminan así: «Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos»¹³³. Éste es el precio que hay que pagar por ser amigos de Jesús: aceptar su propio destino, que incluye la incompreensión y el odio como condición para poseer el Reino de los cielos. Sólo así se llega a ser realmente amigo de Jesús, que nos quiere unidos a su propio destino. Esto explica que Jesús, después de anunciar a los apóstoles la muerte que le espera, añade: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará»¹³⁴. Jesús nos sitúa en el centro mismo de la paradoja cristiana: morir para vivir; perder la vida para encontrarla; negarse para llegar a ser uno mismo; hacerse pequeño para ser grande. El mundo invita a todo lo contrario: a afirmarnos frente a los demás; a procurar no perder un ápice de nuestra vida que no vaya en beneficio propio; a vivir para nosotros mismos sin pensar en los demás; a huir de los últimos lugares. Son, como

¹³³ Mt 5,11.

¹³⁴ Mt 16,24-25.

puedes ver, dos mundos opuestos. Dos mundos que están en guerra y que los grandes maestros espirituales han presentado con metáforas muy luminosas.

Amigo: ¿Puedes explicarme alguna de ellas?

Obispo: San Agustín habla de dos ciudades edificadas sobre cimientos opuestos: La ciudad terrena, edificada sobre el amor propio que conduce al desprecio de Dios y del prójimo; y la ciudad celeste o de Dios, que se construye sobre el amor a Dios y al prójimo hasta el desprecio de uno mismo. San Ignacio de Loyola presenta al mundo dividido bajo las banderas de dos capitanes: la bandera de Cristo, bajo la cual se agrupan los que buscan conocer a Cristo para imitarle en todo; y la bandera de Satanás, que echa sus redes para esclavizar a los hombres mediante el amor a las riquezas, el orgullo y la soberbia. Este místico, experto conocedor del alma humana, propone a quienes hacen esta meditación que pidan a Dios el conocimiento para guardarse de los engaños del enemigo. Es una petición muy sabia.

Amigo: No debe ser fácil liberarse de esos engaños. Es lo que hoy se propone si quieres triunfar en la sociedad, en los negocios, en la política. Dentro de mí descubro el deseo de ser y de poseer todo tipo de bienes y no siempre encuentro la fórmula para luchar contra ello. Parece que tengo dentro un campo de batalla.

Obispo: Tienes razón, no es fácil. En el evangelio de san Juan existe una serie de palabras que se presentan en contraste para describir esos dos mundos —ciudades o banderas— que están en lucha. Ya hemos visto algunos de estos contrastes: luz y oscuridad, vida y muerte, verdad y mentira, amor y odio. Representan dos mundos inconciliables, en abierta oposición. El mundo de Cristo,

al que nos invita a entrar mediante el seguimiento y la contemplación de su persona, y el mundo que se opone a Cristo. El cristiano tiene que ser consciente de que esos dos mundos existen fuera de él, pero también dentro de él, porque dentro de nosotros anida el mal contra el que hemos de luchar con la ayuda de Cristo. Ten confianza, el poder de Cristo es mucho más fuerte que el poder del maligno, pero no podemos fiarnos de nuestras propias fuerzas, sin Cristo no podemos hacer nada. Necesitamos su palabra para edificar sobre ella nuestra casa¹³⁵, y necesitamos imitar a Cristo para poseer su misma mentalidad, que nos ayude a discernir el bien del mal, la verdad de la mentira, la luz de la oscuridad. Sólo así crece la amistad.

Amigo: No debió ser fácil para Pedro y los demás apóstoles crecer en una amistad tan exigente. Si, además, tenían intereses de ocupar puestos de importancia cuando Jesús fuese rey, las palabras de Jesús debían ser desconcertantes.

Obispo: Hay un episodio en la vida de Jesús que marca un antes y un después en la amistad de los apóstoles. Me refiero a la llamada *crisis de Cafarnaún*, ciudad donde vivía Pedro y donde Jesús situó su residencia habitual mientras predicaba por la región. Después del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, que enardeció a la gente hasta el punto de querer hacer rey a Jesús, éste predica en la sinagoga de Cafarnaún y explica el significado del milagro. Aparece de nuevo el esquema que ya conoces: un *milagro-signo* de Jesús y las palabras que lo aclaran. En esta ocasión, Jesús se propone como el verdadero pan bajado del cielo, el pan de la Vida. En la parte más importante del discurso, Jesús dice que su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida, de modo

¹³⁵ Cf. Mt 7,24-27.

que quien coma y beba de él vivirá para siempre y el mismo Jesús le resucitará el último día. Era de esperar que estas palabras resultaran sorprendentes por sí mismas y por lo que significaban. De hecho, al escuchar a Jesús, sus oponentes murmuraban de él por decir que había bajado del cielo. Al terminar su predicación, el evangelista añade: «Desde este momento, muchos de sus discípulos se volvieron atrás y no andaban ya en su compañía»¹³⁶. La razón de este abandono fue que las palabras de Jesús eran duras, costaba aceptarlas¹³⁷. Jesús debió notar que entre los Doce se cernía la tentación del abandono, la crisis del crecimiento en la amistad, y les preguntó si también ellos querían marcharse. Pedro tomó entonces la palabra e hizo esta confesión de fe: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios»¹³⁸. Como ves, la amistad de Jesús se ha puesto a prueba, ha entrado en crisis¹³⁹. Muchos de los que, enardecidos por el milagro de la multiplicación de los panes, querían hacerlo rey, le abandonan y hasta sus más íntimos titubean. Otras pruebas mayores tendrán que superar cuando se acerque el momento en que el pastor sea herido y se dispersen las ovejas. Será una prueba terrible, que Jesús la describe como el momento en que Satanás pretende cribar a los apóstoles como si fueran trigo¹⁴⁰. Esta imagen recuerda el comienzo del libro de Job, cuando el diablo pide permiso a Dios para probar a Job. Si los apóstoles no superan la prueba, la obra de Cristo se verá en peligro, quedará privada de los testigos merecedores de la confianza de los hombres.

¹³⁶ Jn 6,66.

¹³⁷ Jn 6,60.

¹³⁸ Jn 6,69.

¹³⁹ En Lc 22,28 puede haber una referencia a esta prueba cuando Jesús les dice: «Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas».

¹⁴⁰ Lc 22,31.

Amigo: ¿No arriesgó Jesús mucho y condicionó el éxito de su obra al encomendarla a personas con tantas limitaciones? ¿Por qué era tan importante que la obra de Jesús dependiera de hombres frágiles y volubles?

Obispo: La respuesta a esta pregunta te la da el mismo san Pablo al hacer la defensa de su trabajo de apóstol. Hablando en nombre de todos los apóstoles, dice: «Llevamos este tesoro¹⁴¹ en vasos de barro para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros»¹⁴². Dios ha querido poner su obra en manos humanas para mostrar claramente que la debilidad de los hombres es sostenida por su fuerza y poder. En la debilidad de los apóstoles resplandece la fuerza de Dios. Por eso Pedro, reconociendo que él y los demás apóstoles no son nada, dice: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna». Ya hemos visto que, en la elección de los Doce, Cristo ha querido mostrar la confianza que pone en el hombre. Sabe que, si confía en Dios, su debilidad no será obstáculo para la misión que le confía. El crecimiento de la amistad con Cristo consiste entonces en vivir la confianza total y plena en Cristo, en confesar que sólo él tiene palabras que permanecen por los siglos. Es verdad que exige todo a quienes lo siguen; pero da todo, sin reservarse ni siquiera la vida. Quejarse de lo que pide y olvidar lo que da es ingratitud. Quienes han experimentado el amor de Cristo se han dado a él sin reservas con la conciencia de una enorme desproporción. Nunca podremos equiparar nuestro amor al suyo. En el nuestro, aun en el más puro, siempre hay un interés, una furtiva sombra de egoísmo. En el amor de Cristo, su interés somos nosotros con nuestras miserias y pecados. San Pablo se admiraba de que, siendo nosotros pecadores, Cristo nos hubiera

¹⁴¹ Se refiere al cargo de apóstol

¹⁴² 2Cor 4,7.

amado hasta morir¹⁴³. Por ello, para ser amigo de Jesús no basta sólo cambiar nuestra forma de pensar y adquirir la *mente de Cristo* mediante la asimilación de sus juicios y criterios. El crecimiento de la amistad exige que lleguemos a poseer las mismas entrañas y actitudes de Cristo, el buen samaritano, para que podamos fundirnos en su amor y amar como él. Se trata de vivir nosotros en él y él en nosotros, según enseña san Juan Eudes:

«Te pido que pienses que nuestro Señor Jesucristo es realmente tu cabeza y que tú eres uno de sus miembros. Él es para ti como la cabeza para con los miembros; todo lo suyo es tuyo: el espíritu, el corazón, el cuerpo, el alma y todas sus facultades, y tú debes usar de todo ello como de algo propio, para que, sirviéndolo, lo alabes, lo ames y lo glorifiques. En cuanto a ti, eres para él como el miembro para la cabeza, por lo cual él desea intensamente usar de todas tus facultades como propias, para servir y glorificar al Padre...

Eres, por tanto, una sola cosa con Jesús, del mismo modo que los miembros son una sola cosa con la cabeza, y, por eso, debes tener con él un solo espíritu, una sola alma, una sola vida, una sola voluntad, un solo sentir, un solo corazón. Y él debe ser tu espíritu, tu corazón, tu amor, tu vida y todo lo tuyo»¹⁴⁴.

¹⁴³ Rom 5,6-8: «En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; —en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir—; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros».

¹⁴⁴ Texto tomado de *Liturgia de las Horas*, vol. IV: *Tiempo ordinario. Semanas XVIII-XXXIV*, Barcelona 1981, 1121-1122.

Capítulo V

CRECER EN LA AMISTAD.

II: LAS ENTRAÑAS DE CRISTO

Obispo: La amistad con Cristo no sólo crece cuando llegamos a tener su mente, sus criterios y juicios de valor. Crece, sobre todo, en la medida en que llegamos a ser uno con él en el nivel profundo de los sentimientos. Si Jesús nos invita a cambiar de mentalidad, quiere que cambiemos sobre todo el corazón, la fuente de donde brotan los afectos¹⁴⁵. Como los grandes profetas, Jesús exhorta a tener un corazón nuevo, de carne y no de piedra. Ser cristiano no es tener ideas sobre Cristo, sino vivir unidos a él. Aprender de Cristo no es saber de memoria sus palabras, sino aprender a ser como él¹⁴⁶. Es un aprendizaje de sus sentimientos, de lo más profundo de su ser. Jesús dice: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»¹⁴⁷. En estas sencillas palabras, Jesús nos

¹⁴⁵ Benedicto XVI dice que «amistad significa comunión de pensamiento y de voluntad. En esta comunión de pensamiento con Jesús debemos ejercitarnos, como nos dice san Pablo en la carta a los Filipenses (cf. Flp 2,2-5). Y esta comunión de pensamiento no es algo meramente intelectual, sino también una comunión de sentimientos y de voluntad, y por tanto también del obrar. Esto significa que debemos conocer a Jesús de un modo cada vez más personal, escuchándolo, viviendo con él, estando con él» (*Homilía en la Misa Crismal*, 13.III.2006).

¹⁴⁶ Ef 4,20-21: «Pero no es así como vosotros habéis aprendido a Cristo, si es que habéis oído hablar de él y en él habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús».

¹⁴⁷ Mt 11,29.

invita al aprendizaje de sus actitudes más profundas. Naturalmente, hemos de aprender su enseñanza, pero de nada nos servirá si no vivimos como él y adquirimos sus propios sentimientos. En su carta a los cristianos de Filipos, Pablo les dice: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo»¹⁴⁸.

Amigo: Es normal entre los amigos aspirar a tener los mismos sentimientos; cuando esto se logra, es fuente de felicidad. Uno intuye que ha encontrado alguien que siente como él y puede compartir con él no sólo las cosas que posee, sino toda la vida, que se contempla con la misma mirada. ¿No es así?

Obispo: Ésa es la experiencia de la verdadera amistad entre los hombres. En la Biblia se describe la amistad entre David y Jonatán y se dice que «el alma de Jonatán se apegó al alma de David y lo amó Jonatán como a sí mismo»¹⁴⁹. También es célebre la narración de san Agustín sobre la muerte de un amigo suyo, que le dejó prostrado en una enorme tristeza. En el libro de *Las Confesiones* escribe: «Al haber muerto aquel a quien yo había amado como si nunca fuera a morir, me parecía raro que el resto de los mortales siguiera viviendo. Y mi extrañeza era aún mayor ante el hecho de seguir viviendo yo mismo, que era *como un doble de su persona*. ¡Qué expresión más feliz de aquel que dijo de su amigo que era 'la mitad de su alma'! Siempre tuve la impresión de que mi alma y la suya eran un alma sola en dos cuerpos. Por eso la vida me resultaba terrible. Por un lado, no me sentía con ganas de vivir una vida a medias. Por otro, le tenía mucho miedo a la muerte, quizá para que no muriera en su totalidad aquel a quien yo había amado tanto»¹⁵⁰.

¹⁴⁸ Flp 2,5.

¹⁴⁹ 1Sam 18,1.

¹⁵⁰ San Agustín, *Confesiones* (BAC Minor 70), trad. de J. Cosgaya, Madrid 1986, 112. El subrayado es nuestro.

En este texto tan emotivo, san Agustín cita a Horacio —«la mitad de mi alma»— y a Ovidio, que presenta el amor de amistad como si se tratara de *un alma sola en dos cuerpos*. No se puede definir mejor la experiencia de la amistad, ni la soledad que se siente al perder un amigo. Podemos imaginar fácilmente la soledad y tristeza que sintieron los apóstoles cuando Cristo les anunció su muerte.

Amigo: Para poder expresarse de esta manera se ha tenido que llegar a un grado muy fuerte de intimidad. ¿Es muy frecuente encontrar amigos que sean como la mitad del alma, el doble de uno mismo? ¿Es posible llegar a este grado de amistad con Cristo? ¿Cómo lograrlo?

Obispo: Al despedirse de los suyos, Jesús utiliza un lenguaje similar, que resalta la unidad de los que se aman. En su oración al Padre, pide por los que, después de su partida, quedan en este mundo y dice: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros... yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí»¹⁵¹. Cristo quiere estar en los suyos, como el Padre está en él. No hay unidad más perfecta ni amor más grande que el que hace posible esa unidad. Es lo que desean quienes se aman de verdad: vivir en el otro.

Amigo: Pero esto supera las posibilidades del hombre. Por mucho que ames a alguien, nunca podrás vivir en él ni llegar a esa unidad de la que hablan los poetas o san Agustín. Me parecen imágenes que expresan más un deseo, una aspiración, que la realidad.

¹⁵¹ Jn 17,21.23.

Obispo: No estamos hablando de una amistad meramente humana. No olvides que quien dice «yo en ellos» es también el que afirma «tú en mí», para referirse a Dios, su Padre. ¿Qué quiero decir? Sencillamente, que Cristo sí puede vivir en nosotros de una forma real, aunque misteriosa. El amor que nos da es el mismo que recibe de su Padre y nos conduce a la comunión con él. Podemos realmente ser uno con Cristo y con el Padre y tener la experiencia de que Cristo vive en nosotros. Esta experiencia es la que tuvo san Pablo en su vida de apóstol. Él era consciente de que Jesús había salido a su encuentro para hacer de él un instrumento de su presencia en el mundo. En una fórmula muy sintética de la carta a los Filipenses, el apóstol dice: «Para mí vivir es Cristo»¹⁵². Se dan diversas interpretaciones de lo que quiere decir en estas palabras, pero, sea cual fuere la más acertada, es claro que Cristo es para él su misma vida; sin él, no podría vivir. Más claras son aún sus palabras de la carta a los Gálatas: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí»¹⁵³. Es obvio que san Pablo no quiere decir que su persona se confunda con la de Cristo. Como todos nosotros, tenía su propia existencia individual y su personalidad única, que no es suplantada por la de Cristo. Pero su vida humana —lo que él llama *vida en la carne*— la vivía en unión con Cristo, que moraba en él en virtud del amor que le había manifestado cuando salió a su encuentro. Ésa es la fuerza del amor de Cristo. Por eso puede decir en algunos pasajes de sus cartas que Cristo vive en él, habla en él y sufre en él

Amigo: Esta experiencia de san Pablo ¿es exclusivamente suya o pueden tenerla los demás cristianos?

¹⁵² Flp 1,21.

¹⁵³ Gál 2,20.

Obispo: La experiencia de san Pablo es única e incomparable, como única e incomparable es la relación de cada persona con Dios. Pero la vida cristiana es común para todos y todos estamos llamados a vivir la experiencia de Cristo en nosotros hasta llegar a la santidad, aunque cada uno por los caminos que Dios le ha preparado. Un santo es el que deja transparentar a Cristo en su propia vida. El poeta P. Claudel decía que «los que son semejantes a Cristo son semejantes entre sí con una diversidad magnífica»¹⁵⁴. Quiere decir que todos podemos asemejarnos a Cristo sin que desaparezca nuestra forma peculiar de ser.

Amigo: ¿Cuáles son entonces las cosas en las que todos los santos coinciden? ¿Qué hay que hacer para que Cristo viva en cada persona como vivió en san Pablo?

Obispo: No es fácil contestar a estas preguntas de modo sencillo, porque afectan al núcleo de la vida cristiana. Para responder a ellas necesitamos penetrar, con la sabiduría que procede de Dios, en el plan que tuvo al crearnos. Intentaré explicarlo con ayuda de san Pablo, que llegó a experimentar la vida de Cristo en él.

Aunque cada uno de nosotros ha nacido en un momento determinado de la historia y en un lugar concreto, nuestro origen está desde siempre en Dios. Antes que existiéramos en el seno de nuestra madre, Dios nos amó y pronunció nuestro nombre. San Pablo dice que Dios nos «conoció de antemano»¹⁵⁵. Dado que en Dios no hay pasado ni futuro, siempre nos tiene en su presencia. En Dios todo es presente. Ahora bien, cuando pensó en nosotros, lo hizo mirando a Cristo y deseando que Cristo fuera el primogénito de muchos hermanos. Así como el artista tiene un modelo en el que se

¹⁵⁴ Citado por H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, trad. de L. Zorita Jáuregui, Madrid 1984, 200.

¹⁵⁵ Rom 8,29.

fija para hacer una imagen, Dios se fijó en su Hijo, no dejó de mirarlo mientras modelaba con sus manos al hombre. Hasta ahí llegó el amor de Dios. Quería que su único Hijo, el Amado por excelencia, guiara hasta la gloria a una multitud de hijos¹⁵⁶, que llamaran a Dios «Padre». Por eso afirma san Pablo: «A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos»¹⁵⁷. No hay mayor gloria para el hombre que reproducir en el barro de su carne la imagen del Hijo de Dios. La tarea del cristiano a lo largo de su vida es reproducir la imagen de Cristo. Para que pudiéramos hacerlo sin ningún margen de error, Dios determinó que su Hijo, eterno como él, inmortal y glorioso, tomara nuestra carne y pudiera ser contemplado con nuestros propios ojos, de manera que veamos en él lo que el Padre desea ver en nosotros y lleguemos a parecernos a quien es el más hermoso de los hombres, el más compasivo y misericordioso, manso y humilde corazón. Comprenderás ahora que el hombre, cuando conoce a Cristo, desee ser como él porque es la imagen que Dios plasmó en su carne al crearlo. Benson cuenta la historia de un viejo hindú que, después de haber escuchado hablar de Cristo, pidió el bautismo. El misionero, extrañado de que pidiera tan rápidamente el bautismo, le preguntó si había oído hablar antes de Cristo, a lo que contestó el anciano: «No, ¡pero he reconocido en él al que he estado buscando toda mi vida!»¹⁵⁸. Todo hombre ha sido creado para Cristo y, cuando lo halla, comprende que sólo puede vivir en la imitación de él. Pero no es una imitación de algo exterior a sí mismo, como quien copia ademanes, estilos y expresiones de otros, sino que tal imitación nace de dentro de sí mismo, donde yace la imagen de Cristo esperando llegar a su pleno desarrollo. Es como la imagen que el escultor

¹⁵⁶ Cf. Heb 2,10.

¹⁵⁷ Rom 8, 29.

¹⁵⁸ R.H. Benson, *La amistad de Cristo*, 52.

descubre habitando en el interior de un bloque de piedra, y que aguarda el momento de aparecer gracias al arte de sus manos.

Amigo: Si esto es así, no entiendo por qué cuesta tanto al hombre tener la mentalidad de Cristo o seguir sus criterios en el momento de actuar, como les ocurrió a los apóstoles. Si esa imagen de Cristo la llevamos dentro, ¿por qué no aparece con más facilidad en la vida de los hombres?

Obispo: Esa imagen de Cristo, que el hombre lleva dentro de sí por haber sido creado por Dios, ha quedado empañada y desfigurada por el pecado de nuestros primeros padres, que heredamos en razón de una misteriosa solidaridad por pertenecer a la única humanidad. La libertad del hombre, que debe orientarse siempre hacia el bien, ha quedado herida y tiene dificultad para actuar de acuerdo con el modelo de todo hombre, que es Cristo. El amor de Dios es tan grande que envió a su Hijo en nuestra propia carne para restaurar el plan que tenía desde toda la eternidad para nosotros: ser en todo semejantes a Cristo. Cuando oigas hablar de *redención, salvación, reconciliación, rescate*, ten presente que estas palabras revelan, cada una con su propio matiz, la acción de Dios a través de Cristo para que seamos verdaderamente sus hijos amados, tal como nos pensó en su eternidad, es decir, «santos e inmaculados en el amor»¹⁵⁹. Cristo ha venido para restaurar nuestra imagen desfigurada, pero corresponde a cada persona colaborar con él en esa tarea que durará toda la vida, porque el hombre sufre el desorden del pecado. Es imposible llevar a cabo esta tarea si el hombre no nace de nuevo a la vida nueva que Cristo le ofrece.

Amigo: ¿Quieres decir que el hombre por sus propias fuerzas no puede alcanzar su verdadera imagen de hijo de Dios?

¹⁵⁹ Ef 1,4.

Obispo: Ciertamente, no puede. Por sí mismo, no tiene la capacidad de restaurar la imagen de Cristo en él.

Amigo: ¿Quién le da esa capacidad? ¿Dónde la recibe?

Obispo: San Juan dice en el prólogo de su evangelio que, por medio de la fe en Cristo, los hombres reciben *la capacidad de ser hijos de Dios*.

Amigo: ¿Basta entonces la fe?

Obispo: La fe es el inicio del proceso, la disposición inicial para recibir la gracia de ser hijo de Dios. La fe es el primer paso para bautizarse, es decir, para sumergirse totalmente (eso significa el verbo *bautizar*) en el amor de Cristo muerto y resucitado por nosotros y renacer a la vida de hijo de Dios. Cuando Jesús le dijo a Nicodemo que debía nacer de nuevo, se refería al nacimiento que se da por medio del agua y por la acción del Espíritu. En ese momento admirable Dios nos mira y contempla restaurada en nosotros la imagen de su propio Hijo.

Amigo: Yo creía que el bautismo era un rito por el que una persona empezaba a formar parte de una comunidad cristiana.

Obispo: Así es. Pero esa comunidad cristiana es la familia de los hijos de Dios. Pertenece a la Iglesia porque hemos nacido a la vida de Dios que nos viene de Cristo. Entonces comienza la apasionante aventura de ir creciendo cada día en esa vida que nos asemeja cada vez más a Cristo.

Amigo: Si en el bautismo se recibe esa capacidad de ser hijos, no entiendo por qué, incluso después de haber recibido el bautismo, sigue costando tanto parecerse a Cristo.

Obispo: El bautismo no es un rito mágico. Es verdad que nos hace hijos de Dios mediante la unión con Cristo, pero no suprime la inclinación que el hombre experimenta hacia el mal, llamada concupiscencia¹⁶⁰. Dicho de otro modo, el hombre tiene que dirigir su libertad hacia el bien y en esa tarea se encuentra con obstáculos y dificultades de las que ya hemos hablado: la debilidad de su naturaleza humana, los ataques del Maligno, la mentalidad del mundo. Cristo está unido a él por la fe y el bautismo, pero el cristiano necesita cooperar y dejarse ayudar por Cristo. Volvamos de nuevo a la enseñanza de san Pablo. En su carta a los Gálatas, el apóstol utiliza la imagen de una mujer que da a luz entre dolores de parto para explicar sus propios sufrimientos hasta ver a Cristo formado en los cristianos de su comunidad: «¡Hijitos míos! —escribe— por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros»¹⁶¹. San Pablo era muy consciente de que, por su ministerio de apóstol, había engendrado a los cristianos a la nueva vida de hijos de Dios¹⁶²; pero también sufría mucho al ver que Cristo no vivía plenamente en los cristianos, como sufren los padres cuando ven que sus hijos no llegan a ser verdaderas personas adultas y maduras. En otro lugar de sus cartas, vuelve sobre esta idea con un lenguaje menos expresivo y vivo, más conceptual, cuando define al cristiano como el «varón perfecto que ha llegado a la medida de la edad madura en Cristo»¹⁶³. Poseer la madurez en Cristo se contraponen en este texto a ser como niños llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced del engaño de los hombres. San Pablo quiere que los cristianos lleguen a ser adultos en Cristo y se alejen de comportamientos infantiles. Con palabras distintas reafirma

¹⁶⁰ Palabra que viene del latín y que significa deseo desordenado de cosas y placeres.

¹⁶¹ Gál 4,19.

¹⁶² 1Cor 4,15: «Pues, aunque hayáis tenido diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús».

¹⁶³ Ef 4,13.

su enseñanza a los gálatas: que Cristo sea formado en ellos y lleguen a la madurez de la vida cristiana. Para ello, es necesario imitar a Cristo y apropiarse de sus sentimientos o revestirse de él.

Amigo: Entiendo lo de imitar a Cristo y apropiarse de sus sentimientos, pero ¿qué quiere decir *revestirse de él*?

Obispo: La metáfora del *vestido* era muy conocida en la antigüedad griega para indicar la idea de adoptar una determinada actitud, experimentar un sentimiento e incluso para reproducir el comportamiento de una persona. También en la Biblia se utiliza esta imagen para expresar la idea de que un personaje es penetrado por un sentimiento, atributo, o por el Espíritu de Dios. Revestirse de Cristo significa, por tanto, dejarse penetrar de los sentimientos de Cristo para que podamos actuar como él. En la carta a los Gálatas, san Pablo dice: «Los que os habéis bautizado en Cristo os habéis revestido de Cristo». Afirma, pues, que el bautismo es el momento en que el cristiano se *reviste de Cristo*, el Hombre nuevo al que debe imitar. Esto explica otras exhortaciones del apóstol a revestirse de determinadas actitudes que reflejan el comportamiento de Cristo. En la carta a los Romanos, leemos este pasaje donde aparece el contraste entre la oscuridad y la luz y, sobre todo, la oposición entre revestirse de Cristo y dar satisfacción a la concupiscencia de la carne: «La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Como en pleno día, procedamos con decoro: nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias»¹⁶⁴. Cuenta san Agustín que, leyendo este pasaje, tuvo lugar su conversión: «Al punto —escribe— nada

¹⁶⁴ Rom 13,12-14.

más acabar la lectura de este pasaje, sentí como si una luz de seguridad se hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mi duda»¹⁶⁵. Rápidamente fue a contárselo a su amigo Alipio y los dos juntos fueron a darle la noticia a su madre, santa Mónica, que suplicaba con lágrimas la conversión de su hijo. Todos se llenaron de gozo porque san Agustín había comprendido que ser cristiano era revestirse de Cristo, ser como él.

Amigo: En este texto no se dice cuáles son los sentimientos de Cristo de los que nos tenemos que revestir. ¿Por dónde hay que empezar? ¿Cuáles son los más importantes?

Obispo: En Cristo todo es importante. Él es el Hombre nuevo, la antítesis del viejo que todos llevamos dentro. Por ello, la expresión *revestirse de Cristo* es sinónima de *revestirse del hombre nuevo*. Hay pasajes en las cartas de san Pablo que describen cuáles son las actitudes profundas de Cristo. En la carta a los Efesios se invita a los cristianos a despojarse de su vida anterior de pecado y a *renovar la mentalidad y revestirse del Hombre nuevo*¹⁶⁶. En este texto aparecen las dos tareas que debe hacer el cristiano para llegar a ser amigo de Jesús. Por una parte, renovar la mentalidad; por otra, revestirse de Cristo, tener sus sentimientos. Todavía más explícito es el texto de la carta a los Colosenses: «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el broche de la perfección»¹⁶⁷. Puedes comprobar que el apóstol responde a tu

¹⁶⁵ San Agustín, *Confesiones*, 268.

¹⁶⁶ Ef 4,22-23.

¹⁶⁷ Col 3,12-14.

pregunta, señala las actitudes fundamentales de Cristo y recoge lo que Jesús había dicho de sí mismo: «Aprended de mí que soy manso y humilde corazón». Junto a la humildad y mansedumbre, cita la bondad y misericordia, la paciencia y el perdón. Pero termina con el amor, que lo resume todo, y al que llama «broche de perfección». Revestirse de todas estas actitudes es revestirse del mismo Cristo. Si deseas crecer en la amistad con Cristo, debes preguntarte si creces en estas actitudes que forman las entrañas de Jesús.

Amigo: Aunque en Cristo todo sea importante, ¿qué resaltarías como lo más importante de eso que llamas *entrañas de Cristo*? ¿A qué te refieres cuando hablas así?

Obispo: En el lenguaje común, cuando una persona es incapaz de sentir compasión por las necesidades de los demás, se dice que no *tiene entrañas*. En la Biblia, el plural *entrañas* se utiliza para hablar de la ternura de una madre para con sus hijos; pero se usa también para expresar la ternura de Dios con sus criaturas. A Dios se le da el calificativo de *misericordioso* y *tierno*. Ahora bien, en varios lugares de los evangelios, se dice que a Jesús se le conmovieron las *entrañas* ante el sufrimiento de la gente, leprosos, ciegos, y ante una mujer viuda que llevaba a enterrar a su único hijo¹⁶⁸. Estremecido de compasión, que es un atributo divino, Jesús manifiesta la ternura de Dios, cuando cura o cuando se compadece de la muchedumbre errante como ovejas sin pastor a causa de su ignorancia¹⁶⁹. Este Cristo compasivo, capaz de descender a lo más pobre de nuestra condición humana, es posiblemente la imagen más atractiva del evangelio. Pensándolo bien, es lo que hace más creíble la divinidad de Cristo; si el evangelio fuera invención del

¹⁶⁸ Cf. Mc 1,41; Mt 20,34; Lc 7,13.

¹⁶⁹ Mc 6,34.

hombre, éste habría proyectado su propia imagen de lo que entiende por compasión.

Amigo: No entiendo bien lo que quieres decir.

Obispo: Al compadecer, el hombre tiende inconscientemente a marcar la diferencia entre sí mismo y la persona a quien quiere beneficiar. Cuando alguien nos produce lástima, no llegamos nunca a compartir con él su miseria, cualquiera que sea, sino que, desde nuestra distancia y seguridad, es decir, desde nuestra propia superioridad, nos inclinamos hacia él y le damos limosna o le ayudamos en su necesidad sin perder nada de nuestra condición personal. A lo sumo, perdemos algo de nuestro tiempo, dinero, bienes materiales. En Cristo es diferente. Su compasión ha empezado por prescindir de su *forma de Dios*, su gloria divina, para asumir la *forma de siervo*, haciéndose en todo semejante al hombre menos en el pecado. San Pablo llama a este gesto *vaciarse de sí, hacerse nada*¹⁷⁰. Era el presupuesto para poder entender las dolencias de todos los hombres y, lo que es más propio de la compasión, cargar con ellas, como quien se echa encima todo el dolor del mundo. La compasión empieza con un profundo acto de humildad, que sólo puede hacer quien ama como Dios. Para la mentalidad del mundo es locura y escándalo. ¿Por qué crees que Jesús escandalizó a los que se tenían por justos y cumplidores de la ley? Porque no podían tolerar que un Maestro como él se sentara a la mesa de los pecadores públicos y les ofreciera el perdón y la misericordia de Dios. Cristo, sin embargo, había venido para revelar la ternura de Dios, sus *entrañas compasivas*, a los que habían perdido la esperanza de que Dios les amara. A esta bajada de Dios a lo más ínfimo de nuestra condición humana se llama Encarnación, el acto más

¹⁷⁰ Cf. Flp 2,7.

inefable de la compasión de Dios, que se hace carne como nosotros y se condena a sí mismo a la pena de muerte. Mira qué bien describe el descenso de la Encarnación el libro de la Sabiduría: «Cuando un silencio apacible lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente se lanzó desde los cielos, desde el trono real, cual guerrero implacable sobre la tierra condenada al exterminio»¹⁷¹. Todos los que han amado imitando a Cristo se han dejado arrastrar por ese descenso suyo desde el cielo a la tierra y envolver en la humildad escandalosa de quien no quiso retener para sí solo la gloria divina, sino que anheló compartirla con los hombres.

Amigo: Amar así, ¿no resulta imposible? ¿No es una utopía pensar que el hombre se puede vaciar de sí mismo hasta el punto de darse a los demás como se dio Jesús?

Obispo: El hombre no puede anonadarse como lo hizo Dios, naturalmente, porque no es Dios. Pero sí puede *revestirse de Cristo* y actuar como él, si se deja penetrar de sus sentimientos de humildad y compasión. En una parábola del evangelio Jesús cuenta un hecho que posiblemente había tenido lugar en su tiempo. Es la parábola del buen samaritano. Con esta parábola, Jesús responde a un hombre que, interesado en conocer el pensamiento de Jesús sobre el amor a los semejantes, le pregunta: ¿Quién es mi prójimo? Como la parábola es muy bella, es mejor que la leamos:

«Jesús respondió: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y darle una paliza, se fueron, dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio

¹⁷¹ Sab 18,14-15.

un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión. Acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y le montó luego sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al posadero, diciendo: 'Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva'. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? Él dijo: 'El que practicó la misericordia con él'. Jesús le dijo: Vete y haz tú lo mismo»¹⁷².

Grandes maestros espirituales, comentando esta parábola, han visto en el retrato del buen samaritano una imagen del mismo Cristo y en el hombre malherido un símbolo de toda la humanidad necesitada de salvación. Aquí aparece el mismo verbo que en los otros pasajes donde se describe la compasión de Cristo; se dice que al samaritano se le *conmovieron las entrañas*, y esta conmoción le llevó a practicar la compasión descendiendo de su cabalgadura para poder subir en ella al herido¹⁷³, a quien sanó las heridas y trasladó a la posada. Estos gestos han sido interpretados simbólicamente como imágenes de lo que Cristo ha hecho por los hombres, al descender a nuestra pobreza para sanarnos con sus sacramentos e introducirnos en la posada de la Iglesia, donde nada nos falta hasta que regrese el Señor. Me preguntabas si era posible amar así, si no era una utopía o algo inalcanzable. El papa Benedicto XVI nos ha

¹⁷² Lc 10,29-37.

¹⁷³ Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 6, define así lo propio de la misericordia: «El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. Ella no cesó nunca de revelarse en sus corazones y en sus acciones, como una prueba singularmente creadora del amor que no se deja 'vencer por el mal', sino que 'vence con el bien al mal'».

dicho recientemente que este amor es posible¹⁷⁴. Medita las palabras de Jesús al final de la parábola: «Vete y haz tú lo mismo». No hablaría así, si no fuera posible un amor tan entrañable. Hacer lo mismo que Cristo hizo es posible, si nos dejamos introducir en esa corriente de humildad que le llevó a bajar hasta nosotros para darnos la vida. Por ello, aunque hemos hablado de la imitación de Cristo, no debemos olvidar que, para poder nosotros imitar la vida de Cristo, él compartió la nuestra y nos mostró las entrañas compasivas de Dios, que vino a nosotros por el escandaloso camino de la humildad. El poeta Charles Péguy ha comentado así la asombrosa *imitación* que Cristo ha hecho del hombre:

«Se habla siempre, dice Dios, de la *imitación de Jesucristo*,
que es la imitación,
la fiel imitación de mi hijo por los hombres.
Y yo he conocido y conoceré imitaciones tan fieles,
dice Dios,
y tan aproximadas,
que yo mismo quedo sobrecogido de admiración y de respeto.
Pero, en fin, no hay que olvidar
que mi hijo había comenzado por esta singular imitación
del hombre.
Singularmente fiel.
Que fue impulsada hasta la identidad perfecta.
Cuando tan fielmente tan perfectamente revistió la suerte mortal.
Cuando tal fielmente tan perfectamente imitó nacer.
Y sufrir.
Y vivir.
Y morir»¹⁷⁵.

¹⁷⁴ Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 16-18.

¹⁷⁵ Ch. Péguy, *Oeuvres poétiques complètes* (Bibliothèque de la Pléiade), Paris 1975, 692.

Capítulo VI EL SELLO DE LA AMISTAD

Obispo: A lo largo de nuestra conversación has comentado en varias ocasiones tu dificultad para entender algunos aspectos de la amistad con Cristo. ¿Cómo podemos ser sus amigos si no lo vemos? ¿Cómo apropiarnos de su forma de pensar y de sentir? ¿Cómo experimentar que él vive en nosotros y nos hacemos uno con él, que es la máxima aspiración de los amigos? A mi manera, y con las dificultades propias del lenguaje humano, limitado para expresar las cosas de Dios, he respondido a tus dificultades y objeciones, pero llega el momento de hablar de aquel que tiene como misión propia sellar para siempre nuestra amistad con Jesús. Me refiero al Espíritu de Cristo, o de Jesús, al que llamamos también Espíritu Santo, Espíritu de Dios.

Amigo: ¿Por qué dices que viene a sellar nuestra amistad con Jesús?

Obispo: Entre amigos se da por supuesta la fidelidad mutua y la ayuda en momentos difíciles. Aun sin decirlo expresamente, hay un pacto secreto de cumplir la palabra dada. La amistad es como una alianza, que compromete a dos personas en la fidelidad. Pues bien, Jesús ha querido sellar esa alianza con nosotros de manera que no se pueda romper.

Amigo: ¿Quieres decir que el cristiano no puede romper nunca la amistad con Cristo? ¿Ha perdido entonces la capacidad de ser libre? ¿Acaso es posible ser amigo a la fuerza?

Obispo: El cristiano puede dar la espalda a Cristo, ciertamente. Pero nunca sucederá que Cristo se vuelva atrás en el ofrecimiento de su amistad, incluso a quien le haya rechazado, si retorna a él. Todos los cristianos le pertenecemos, somos de Cristo y Cristo es fiel a sí mismo. Dice san Pablo que nada ni nadie podrá apartarnos del amor de Cristo¹⁷⁶. Por eso te he dicho que ha sellado nuestra amistad de modo irreversible.

Amigo: ¿Qué quieres decir exactamente?

Obispo: Los cristianos hemos sido *sellados* con el Espíritu Santo para ser propiedad de Cristo¹⁷⁷. El «sello» indica propiedad sobre algo. Los soldados llevaban el sello de su jefe y los esclavos el de su señor. El día de nuestro bautismo y en la confirmación también nosotros recibimos el «sello del Señor», como dice san Agustín, de forma que pertenecemos para siempre a Dios, quien nos reconoce como propiedad suya. El Espíritu Santo marcó nuestro cuerpo con el sello de Cristo que tiene la forma de la cruz. Y comenzó a vivir en nosotros, que nos convertimos en templos suyos.

Amigo: ¿Qué tiene que ver esto con la amistad?

Obispo: Mucho. Si el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús, al habitar en nosotros nos hace uno con él. ¿No aspiran a eso los amigos? ¿Acaso no daríamos, si pudiéramos, parte de nuestra alma a

¹⁷⁶ Rom 8,35-39.

¹⁷⁷ Ef 1,13. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1274. 1296.

quien consideramos amigo? Pues bien, Jesús, al resucitar de entre los muertos, nos ha dado su mismo Espíritu para que podamos ser uno con él y participar de su misma vida. Ésta es la alianza que Dios quería hacer con el hombre: *darle su propio Espíritu*. Jesús realiza esta alianza el mismo día de su resurrección con un gesto muy expresivo: sopló sobre los apóstoles y les dijo «recibid el Espíritu Santo»^{177bis}. Ese soplo, o aliento, es el Espíritu de Jesús que viene a los suyos para sellar la amistad con él. Gracias a esta unión, misteriosa y real con el Espíritu de Jesús, podemos llegar a tener la mente y las entrañas de Cristo. San Ireneo llamaba al Espíritu Santo «la comunicación de Cristo»¹⁷⁸. No hay mayor prueba de amistad que darnos su propio Espíritu. Él nos acompañará a lo largo de nuestra vida, nos dará fuerzas en momentos de debilidad y nos consolará en todas nuestras pruebas. Por eso lo llamamos Paráclito.

Amigo: ¿Qué quiere decir esa palabra?

*Obispo: Cuando Jesús se despide de los suyos antes de morir, les invadió una profunda tristeza. Adivinaban la insufrible soledad y el vacío que dejaría la partida de su Maestro. Para ahuyentar esta amenaza de la soledad, el Padre, según la promesa de Jesús, les dará otro Paráclito que estará con ellos para siempre¹⁷⁹. La palabra *Paráclito* es transcripción del término griego, que significa «consolador». Jesús anuncia la venida de alguien que consolará a los apóstoles en su momento de prueba. Llama la atención, sin embargo, que diga *otro consolador*. ¿Por qué dice *otro*? ¿Quién era el primero? La respuesta es sencilla: Jesús se refiere a sí mismo, que había permanecido junto a los doce y había cumplido con ellos un oficio*

^{177bis} Jn 20,22.

¹⁷⁸ San Ireneo, *Adv Haer* III,24,1: «Communicatio Christi, id est Spiritus Sanctus».

¹⁷⁹ Cf. Jn 14,16.

que se atribuía al Mesías, el de consolar. Cuando Jesús entra por primera vez en el templo de Jerusalén en brazos de sus padres para ser presentado como primogénito al Señor, se dice que el anciano Simeón esperaba «la consolación de Israel»¹⁸⁰. Esta expresión se refiere al Mesías, cuya misión, entre otras, sería consolar a su pueblo, según el célebre pasaje de Isaías que comienza con estas palabras: «Consolad, consolad a mi pueblo». Jesús anuncia, por tanto, que vendrá otro *consolador*, que ocupará su puesto y estará para siempre con los suyos, especialmente en momentos de prueba. De ahí que la marcha de Jesús sea necesaria para que venga el Paráclito¹⁸¹.

Amigo: Pero, ¿quién es ese personaje? ¿De dónde viene?

Obispo: Después de anunciar la venida del Paráclito, Jesús se refiere a él como Espíritu Santo y Espíritu de la Verdad. ¿De dónde viene? Jesús dice que *procede del Padre*. Con esta forma de hablar revela que procede *del mismo ser* del Padre; por tanto, es Dios como él. Pero también afirma Jesús que él mismo lo enviará, revelando así que el Padre y el Hijo están unidos en el envío del Espíritu Santo. La fe de la Iglesia confiesa que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santa Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, a quienes une con su amor eterno. Este mismo amor es el que se comunica a los hombres cuando reciben el Espíritu Santo: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»¹⁸². El hombre, por tanto, puede amar con el mismo amor de Dios que Cristo nos ha manifestado. Según el evangelio de Juan, el Espíritu Santo viene no sólo a consolar a los apóstoles, sino a ocupar el vacío que deja Jesús. Permanecerá siempre con ellos y será el Maestro que enseñe toda la Verdad.

¹⁸⁰ Lc 2,25.

¹⁸¹ Jn 16,7.

¹⁸² Rom 5,5.

Amigo: Al hablar de Cristo, me has dicho que nos ha comunicado la verdad de Dios, todo lo que sabía de su Padre. ¿Cuál es entonces la verdad que enseña el Espíritu Santo?

Obispo: Sólo hay una verdad. El Espíritu Santo no enseña nada distinto de lo que enseñó Jesús, como afirma san Juan: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho»¹⁸³. Durante la vida pública de Jesús, los apóstoles habían escuchado su enseñanza, pero no la habían comprendido plenamente porque pensaban con sus categorías humanas, muy aferrados a la mentalidad de este mundo. Sólo después de la resurrección, Jesús les abrió la inteligencia para que comprendieran la verdad plena de sus palabras¹⁸⁴. La luz que iluminó definitivamente su inteligencia, y el fuego que purificó el corazón de los apóstoles para entender la enseñanza de Cristo, es el Espíritu de la Verdad, del que habla Jesús. No viene a enseñar cosas distintas de las que Jesús ha oído a su Padre, sino a completar la enseñanza de Jesús y a recordar todo lo que les dijo. Además, el Espíritu, como Cristo mismo, «no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga»¹⁸⁵. Con estas palabras Jesús enseña que también el Espíritu habla de lo que ha oído al Padre, que es la fuente de toda la verdad. Jesús y el Espíritu revelan a Dios.

Amigo: Si dices que viene a completar la enseñanza de Jesús, quiere decir que Jesús no ha dicho todo. Parece que hay contradicción en las palabras de Jesús: por una parte, afirma que nos ha dado a conocer todo lo que ha oído a su Padre y, por otra, habla del Espíritu que nos enseñará toda la verdad.

¹⁸³ Jn 14,26.

¹⁸⁴ Cf. Lc 24,27.32.

¹⁸⁵ Jn 16,13.

Obispo: Como buen maestro, Jesús sabía que sus apóstoles no eran capaces de entender muchas cosas de su enseñanza. Sabemos por el evangelio que, en ocasiones, Jesús corta la conversación, cuando observa que no entienden lo que dice o lo interpretan erróneamente¹⁸⁶. El mismo hecho de hablar en parábolas se explica porque sólo así, utilizando comparaciones, podían captar mejor el núcleo de su enseñanza. Sobre muchas cosas guardó silencio porque no tenían capacidad para acoger su mensaje. De ahí que, cuando habla del Espíritu, diga: «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa»¹⁸⁷. Para dar a entender, sin embargo, que esta verdad no es distinta de la que él ha enseñado, no sólo dice que recordará lo que él ha dicho, sino aún más: «Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo explicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo explicará a vosotros»¹⁸⁸.

Amigo: ¿Qué quiere decir la expresión *recibirá de lo mío*?

Obispo: Si te das cuenta, entre el Padre y el Hijo hay una perfecta comunión, gracias a la cual todas las cosas del Padre pertenecen también al Hijo, que ha sido enviado a revelarlas¹⁸⁹. El Espíritu Santo viene a completar la obra de Jesús y a explicar a los apóstoles lo que no llegaron a entender. Cuando Jesús dice *recibirá de lo mío*, se refiere a todo lo que ha hecho —sus gestos, acciones y milagros— y al conjunto de su enseñanza. El Espíritu Santo se encuentra con la herencia de Jesús, tomará de ella y la explicará con la

¹⁸⁶ Cf. Lc 22,38.

¹⁸⁷ Jn 16,13.

¹⁸⁸ Jn 16,14-15.

¹⁸⁹ Según M.J. Lagrange, *Évangile selon Saint Jean* (Études Bibliques), Paris 1948, 423, las palabras de Jn 16,15 son «lo que el Nuevo Testamento contiene de más expresivo sobre la unidad de naturaleza y la distinción de Personas en la Trinidad».

poderosa luz de su verdad. Será el Maestro que explicita los misterios de la sabiduría de Cristo. La expresión *recibiría de lo mío* es sinónima de «dará testimonio de mí»¹⁹⁰. El Espíritu, ciertamente, viene a testificar que todo lo que Jesús hizo y dijo era verdad. En este sentido, realiza la función de un *abogado*, que defiende a Cristo frente a los poderes del mundo y del Maligno y desbarata los argumentos que se esgrimen para negar las pretensiones de Cristo o rechazarle como Dios¹⁹¹.

Amigo: ¿De qué tenía que ser defendido Jesucristo? ¿Por qué dices que el Espíritu es como un abogado que tiene que argumentar a su favor? Jesucristo no hizo nada malo, no fue ningún malhechor.

Obispo: Pero murió entre malhechores y colgado de un madero, que, según la Biblia, era una terrible maldición. En la muerte de Jesús se juntan dos condenas: una religiosa, y otra de apariencia política. Desde el punto de vista religioso, Jesús es condenado por blasfemo, lo peor que podía pasarle a un miembro del pueblo de Israel, si era temeroso de Dios. Cuando el tribunal judío condena a Jesús a la muerte por blasfemia, carga sobre él la maldición de la ley de Dios. El blasfemo era condenado a muerte, se le expulsaba del pueblo elegido y se le llevaba fuera de los muros de la ciudad para ser ejecutado. Así ocurrió con Jesús. Puesto que las autoridades religiosas de su tiempo no tenían la capacidad de ejecutar una sentencia de muerte, fue necesario recurrir a la autoridad romana para realizar la ejecución. Jesús fue condenado por el procurador de Roma. Cuando, después de resucitar, los apóstoles comienzan a predicar a Jesús, tenían que defenderle, ante el pueblo judío, de la

¹⁹⁰ Jn 15,26.

¹⁹¹ Éste es el sentido que tiene el pasaje de Jn 16,8-11, donde el Espíritu, por sí mismo o por la predicación apostólica, argumenta a favor de Jesús y pone al descubierto el pecado del mundo por haberlo rechazado.

acusación de blasfemia, porque ningún judío piadoso podía creer en alguien que había sido condenado por semejante pecado. La *prueba* de que Jesús no era un blasfemo era el hecho de la resurrección. Si Dios había resucitado a Jesús, quería decir que no podía ser considerado como el blasfemo condenado por las autoridades religiosas. Para invitar a creer en Jesús, por tanto, había que demostrar la falsedad del pecado que le imputaban y presentarlo como el Justo, el Santo de Dios, condenado por error o por la malicia de los hombres. La resurrección era la prueba definitiva de que Dios estaba con su Hijo, al que no abandonó al poder de la muerte. San Pablo lo comprendió bien cuando pasó de perseguidor a apóstol de Cristo: al ver a Jesús resucitado, entendió que aquel hombre, a cuyos seguidores perseguía, no podía ser el blasfemo condenado por la Ley de Dios. La resurrección se convirtió, por tanto, en una especie de acta por la que Dios justificaba a su Hijo y lo declaraba inocente de los cargos que el alto tribunal judío le había imputado. La última palabra sobre Jesús no la dijeron, por tanto, quienes le condenaron a muerte, sino Dios, que le resucitó de entre los muertos.

Amigo: Aunque entiendo lo que dices, no comprendo cómo realiza el Espíritu Santo la defensa de Jesús ni de qué manera contradice los argumentos de quienes le acusaron.

Obispo: Lo hace de dos maneras. La primera y principal, resucitando a Jesús. Aunque nosotros confesamos en el Credo que Jesús resucitó al tercer día de entre los muertos, la resurrección es presentada también como una obra del Padre que resucita a su Hijo por medio del Espíritu, al que llamamos Señor y Dador de la Vida. Así como en el momento de la creación, Dios se sirve del Espíritu para crear, así en la resurrección de su Hijo Dios actúa con su Espíritu para sacarlo victorioso de la muerte. La resurrección de Cristo es *la nueva creación*: Dios interviene en la historia para

hacer una obra más grande aún que la primera. Por ello, no reconocer esta intervención tan patente de Dios es un grave pecado de ceguera espiritual.

El Espíritu defiende la inocencia de Jesús por otro camino, el de la predicación de los apóstoles. Para realizar esta defensa, los apóstoles reciben el día de Pentecostés el bautismo de fuego prometido por Jesús: las lenguas de fuego sobre sus cabezas representan la ardiente sabiduría de Dios, que les permite argumentar a favor de Cristo para que los hombres puedan acoger con alegría su Verdad¹⁹². La fuerza del Espíritu Santo les convirtió en testigos cualificados de Cristo, capaces de defender su verdad y proclamarla a todos los pueblos. Sin el poder del Espíritu no hubieran sido capaces de hacerlo. Los apóstoles fueron bautizados en el Espíritu Santo, según dice el libro de los Hechos.

Amigo: No entiendo bien la expresión *fueron bautizados en el Espíritu Santo*. ¿Puedes explicarla?

Obispo: Significa que el Espíritu descendió bajo la imagen del fuego para que renacieran a la verdad plena sobre Jesús. El fuego les purificó de toda imperfección en el conocimiento de Cristo. Abrasados por la verdad, salen del lugar donde se encontraban cerrados por miedo a morir, y, con Pedro a la cabeza, comienzan a predicar. Esta predicación es obra del Espíritu, que argumenta a favor de Jesús por medio de los testigos que han sido «revestidos de poder desde lo alto»¹⁹³. Comprenderás ahora mejor la importancia que tienen los doce apóstoles en el fundamento de nuestra fe. Cuando Pedro explique el cambio experimentado por los

¹⁹² Esto significa las lenguas de fuego que aparecen sobre la cabeza de los apóstoles el día de Pentecostés según el relato de Hch 2,1-13.

¹⁹³ Lc 24,49.

apóstoles, pasando del miedo a la valentía de la predicación, lo hará mediante una cita del profeta Joel, que dice: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas»¹⁹⁴. Lo que ven los habitantes de Jerusalén es el cumplimiento de esa profecía. Ahora bien, si lees el discurso de Pedro, observarás que se trata de un magistral *alegato a favor de Jesús*, una defensa de su inocencia que tiene como punto de apoyo el hecho de la resurrección, que demuestra su condición de Mesías y Señor. Predica Pedro, ciertamente; pero su predicación es la voz del Espíritu Santo que le comunica la verdad completa sobre Jesús de Nazaret. Desde entonces el Espíritu Santo no ha dejado de dar testimonio de Jesús por medio de quienes suceden a los apóstoles, que predicán bajo su aliento y autoridad. Ésta es la hermosa misión del Espíritu: garantizar que quienes dan testimonio del Hijo proclamen su verdad y la defiendan de todo error.

Amigo: Cuando yo me confirmé, el obispo nos dijo que debíamos dar testimonio valiente de Jesús y nos animó a hablar de Jesús a nuestros compañeros y amigos en todas las circunstancias de nuestra vida. La verdad es que olvido hacerlo o tengo miedo al rechazo y a la incomprensión o me da vergüenza. Tampoco me veo capaz de hacer esa defensa de Cristo y haría el ridículo si lo intentara. Pero, después de oírte, me queda la duda de si todos los cristianos pueden hacer lo que hicieron los apóstoles.

Obispo: Todos los cristianos estamos llamados a dar testimonio de Jesús y contamos para ello con la fuerza del Espíritu Santo, que hemos recibido en el bautismo y la confirmación. Aunque no poseemos la autoridad de los obispos sucesores de los apóstoles ni la asistencia especial del Espíritu para enseñar sin error, los cristianos

¹⁹⁴ Hch 2,17; cf. Jl 3,1-5.

tenemos obligación de defender y difundir nuestra fe¹⁹⁵. No hacerlo es una grave irresponsabilidad. Jesús advierte seriamente a quien no da la cara por él ante los hombres¹⁹⁶. Entonces se pone de manifiesto quién es el verdadero amigo de Cristo, que se deja guiar por el Espíritu de fortaleza y valentía. Jesús prometió a sus discípulos que, cuando fueran perseguidos, él mismo estaría con ellos y les daría la sabiduría necesaria para defenderse ante los poderes de este mundo, que intentan silenciar a los cristianos.

Si lees la historia del cristianismo, descubrirás páginas hermosas escritas por discípulos de Cristo, que fueron llevados a los tribunales para que renegaran de él y, sin embargo, dieron testimonio de la verdad hasta el martirio. Muchos de ellos eran niños o adolescentes, como santa Inés, que con doce años de edad rechazó los halagos del emperador romano y padeció terribles torturas hasta la muerte. Otros eran jóvenes en los mejores momentos de su vida. Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir, contaba dieciocho años cuando grandes filósofos de la ciudad intentaron, por encargo del emperador, disuadirla de dar culto a Cristo. Ella los convirtió con su sabiduría a la fe cristiana. En pleno siglo XIX, los jóvenes mártires de Uganda se opusieron a los deseos impuros del rey y murieron quemados vivos. También ha habido madres de familia, como santa Felicidad, esclava de santa Perpetua, que, mientras esperaba ser echada a las fieras, alumbró a su hija. Al gritar por los dolores del parto, el carcelero se burlaba diciendo que aquellos dolores no eran nada comparados con los del martirio, a lo que ella replicó: «Ahora soy yo la que sufro, pero allí otro será quien sufrirá por mí, ya que yo sufriré por él»¹⁹⁷. No han faltado tampoco

¹⁹⁵ Cf. LG 11.

¹⁹⁶ Mt 10,32-33: «Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos».

¹⁹⁷ Tomado de *Año cristiano. III: Marzo* (BAC), Madrid 2003, 123.

ancianos, que, ya sin fuerzas, fueron conducidos a las fieras en el circo de Roma o atados a postes, convertidos en antorchas para diversión de muchedumbres ebrias de locura fratricida. Es conmovedor el martirio de san Policarpo, discípulo de Juan evangelista y obispo de Esmirna, quien, a sus 86 años, fue quemado vivo¹⁹⁸.

En nuestros días sigue habiendo mártires de Cristo en lugares donde la Iglesia es perseguida. Ellos son el testimonio valiente que el Espíritu suscita en la Iglesia para convencer al mundo de que su fuerza es mayor que nuestra debilidad. En ellos la amistad con Cristo ha triunfado frente a las seducciones del mundo y de la carne. Pero no sólo hay mártires. La amistad de Cristo florece en todos los estados y edades de la vida. Basta con dejarse habitar y guiar por el Espíritu de Cristo, que siembra en nosotros la docilidad en el seguimiento de Jesús. La Iglesia es una inmensa comunidad de santos, los amigos de Cristo, que la enriquecen con su fidelidad y entrega diaria y rejuvenecen su rostro con la alegría de una vida que nunca se marchita. Nada de esto sería posible sin la pujante fecundidad del Espíritu.

Amigo: Me da vergüenza, cuando oigo las historias de los mártires, de las pocas cosas que hago por Cristo. A mí también me gustaría ser valiente, no tener miedo a lo que puedan pensar de mí. A veces tengo la impresión de que algo me frena dentro y me impide ser más generoso y fiarme de mis posibilidades.

Obispo: Hay santos que han tenido esa misma experiencia. Al escuchar o leer la vida de los santos se han preguntado: ¿Qué hago yo? ¿Qué me impide hacer lo mismo? También han sentido, como

¹⁹⁸ Véase el relato de su martirio en *Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Carta de la Iglesia de Esmirna* (Fuentes Patrísticas 1), edición bilingüe preparada por J.J. Ayán Calvo, Madrid ²1999, 249-275.

tú, esa resistencia interna del corazón, ese freno para hacer el bien. Ya hemos hablado de la lucha entre el espíritu y la carne. Quizás convenga añadir algo más para que aprendas a conocerte mejor y conocer sobre todo la acción del Espíritu que encuentra en el hombre *resistencia y oposición*¹⁹⁹.

En la carta a los Gálatas, san Pablo dice que «para ser libres Cristo nos ha liberado»²⁰⁰ y que hemos sido «llamados a la libertad»²⁰¹. Nadie quiere ser esclavo. Ahora bien, la libertad de que habla san Pablo no es la que el hombre se otorga para hacer lo que quiera, porque, según el apóstol, el hombre vive esclavizado a sí mismo. Aunque se considere libre, vive esclavo de su yo, que es un amo despótico. Después de afirmar que hemos sido llamados a la libertad, añade: «no toméis de esa libertad pretexto para la carne; al contrario, servíos unos a otros por amor. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este precepto: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*»²⁰². ¿Qué quiere decir? Si en lugar de la palabra *carne*, leemos *yo*, san Pablo nos advierte del peligro de entender la libertad como *pretexto para el propio yo*, para hacer lo que uno quiere. El antídoto de esta postura viene dado en la cita del mandamiento del amor: sólo el amor nos permite orientar la libertad hacia el bien y no en beneficio de nuestro propio yo. Para explicar este uso egoísta de la libertad, el apóstol describe el comportamiento del hombre que pretende ser libre dando satisfacción a su yo. Son las obras del hombre carnal de las que ya hemos hablado.

Amigo: ¿Dónde está entonces la libertad que Cristo nos ha dado? ¿En qué consiste? ¿Cómo se ejercita?

¹⁹⁹ Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, 55.

²⁰⁰ Gál 5,5.

²⁰¹ Gál 5,13.

²⁰² Gál, 5,13-14.

Obispo: En la segunda carta a los Corintios, san Pablo dice que «donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad»²⁰³. Aunque no es fácil interpretar esta fórmula, el apóstol quiere decir que el Espíritu nos capacita para vivir la libertad misma de Cristo, el Hombre nuevo por excelencia, que ha venido a liberarnos de todo egoísmo y a orientarnos siempre al bien. Ésa es la libertad verdadera, la que nos orienta siempre al bien y nos estimula a alcanzarlo. Si dejamos que el Espíritu de Cristo habite en nosotros, nos libraremos de toda esclavitud. No seremos esclavos de nosotros mismos ni del mundo ni de ningún poder; viviremos la «gloriosa libertad de los hijos de Dios»²⁰⁴. Al ser bautizados, no hemos recibido un espíritu de esclavos sino de hijos. Por eso, no es digno del cristiano someterse a la esclavitud de comportamientos paganos, propios de quienes no han conocido la Verdad. Espíritu y verdad van de la mano. «La verdad nos hace libres»²⁰⁵, y el Espíritu de Cristo es el «Espíritu de la verdad»²⁰⁶. El verdadero culto a Dios sólo es posible en el Espíritu y en la Verdad, es decir, dejándonos poseer por el Espíritu de Cristo, cuya verdad nos capacita para ser plenamente libres. Al redimirnos del pecado, Cristo nos ofrece el don de la libertad. Ni siquiera el miedo a morir puede esclavizarnos, porque la muerte ha sido vencida. Por eso te he dicho que el Espíritu viene a sellar nuestra amistad con Cristo. Es el garante de esa amistad porque nos hace sentir y vivir como él y nos capacita para entregarnos al amor de Dios y del prójimo.

Amigo: Y ¿cómo conocemos que actúa en nosotros? ¿De qué manera percibimos su presencia?

²⁰³ 2Cor 3,17.

²⁰⁴ Rom 8,21.

²⁰⁵ Jn 8,32.

²⁰⁶ Jn 14,17; 15,26; 16,13.

Obispo: La teología ha desarrollado con detalle la forma de vivir y actuar el Espíritu en nosotros y podrás profundizar en ello. Puede bastarte por ahora lo que dice san Pablo en el admirable capítulo ocho de la carta a los Romanos, donde se trata de *la vida según el Espíritu*, es decir, la vida que el Espíritu Santo genera en el cristiano. El apóstol designa al Espíritu como el *que da la vida*²⁰⁷, porque libera del pecado y de la muerte. Este Espíritu sostiene, además, nuestra lucha interna contra las tendencias de la carne, que conducen al odio de Dios²⁰⁸. Quien se deja llevar por él, como corresponde a los hijos de Dios, experimenta su presencia y goza cada vez más de la libertad que le concede. No vive esclavizado a las tendencias de su yo egoísta y vence cada vez con mayor facilidad la oposición al bien. San Pablo usa una imagen muy expresiva, según la cual el Espíritu *gime en nosotros con gemidos inefables*²⁰⁹ porque desea que seamos libres, no esclavos. Es como si estuviera apresado en nuestra carne y nos prestara sus gemidos para suplicar la libertad. También dice el apóstol que *viene en ayuda de nuestra flaqueza*²¹⁰ para pedir a Dios lo que necesitamos. El Espíritu, por tanto, es el mejor aliado del hombre, el que le fortalece²¹¹ en su fragilidad natural y, por el camino de la libertad restaurada, le conduce al gozo de vivir como hijo de Dios. Es la voz suave que nos sugiere el bien; la mano amiga y tierna que nos evita un peligro o indica el camino; la brisa o aliento que espabila nuestra sensibilidad y la dirige hacia Dios; el viento impetuoso que llena nuestra casa interior, proclive a cerrarse en sí misma y hacerse irrespirable; el fuego que abrasa en un instante la podredumbre del hombre viejo;

²⁰⁷ Rom 8,2

²⁰⁸ Cf. Rom 8,7.

²⁰⁹ Rom 8,26.

²¹⁰ Rom 8,26.

²¹¹ Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, 56-58, dice que el Espíritu Santo tiene como misión fortalecer a nuestro hombre interior en su dramática lucha entre el espíritu y la carne.

el agua fresca que sacia la sed de eternidad. El espíritu, querido amigo, es el apoderado de Cristo que nos da la vida y la libertad. Él nos somete²¹² suavemente a Cristo bajo el yugo de la ley que él se impuso a sí mismo: dar la vida por amor. Su tarea, por tanto, es hacernos dóciles a Cristo para que, a base de sucesivas transformaciones²¹³, lleguemos a identificarnos plenamente con él. Entonces cambiará sus gemidos por susurros para decirnos al oído del alma: «Por fin mi amigo es mío y yo soy suyo»²¹⁴.

²¹² Dirigiéndose a cristianos que vivían como esclavos, san Pablo les exhorta a vivir como «esclavos de Cristo» en Ef 6,5-9: «Esclavos, obedeced a vuestros amos de este mundo con respeto y temor, con sencillez de corazón, como a Cristo; no por ser vistos, como quien busca agradar a los hombres, sino como esclavos de Cristo que cumplen de corazón la voluntad de Dios; de buena gana, como quien sirve al Señor y no a los hombres; conscientes de que cada cual será recompensado por el Señor según el bien que hiciere: sea esclavo, sea libre. Amos, obrad de la misma manera con ellos, dejándoos de amenazas; teniendo presente que está en los cielos el Amo vuestro y de ellos, y que en él no hay favoritismos».

²¹³ 2Cor 3,18: «Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu».

²¹⁴ R.H. Benson, *La amistad de Cristo*, 164.

Capítulo VII LA HORA DE LA AMISTAD

Amigo: Confío en que también yo pueda vencer, con la ayuda del Espíritu, las resistencias que me impiden ser un amigo de Cristo hasta que pueda decir esas palabras tan bellas: «mi amigo es mío y yo soy suyo». Si soy sincero, debo reconocer que me falta mucho para decir que soy de Cristo. Además, descubro una enorme desproporción entre lo que él me da y lo que yo le ofrezco.

Obispo: Esa desproporción nos hace humildes: la amistad con Jesús no se da entre iguales, porque él nos precede y supera en todo. Es amigo, pero es Señor. La amistad que nos ofrece no suprime la distancia entre él y nosotros, entre su amor y el nuestro. Con todos los dones que nos ofrece —su palabra, el perdón, la eucaristía— Cristo quiere sorprendernos con su amor para que nos rindamos a él dispuestos a amarle totalmente. Quizás con un ejemplo entiendas lo que quiero decir. Cuando alguien quiere expresar su amor a una persona, piensa normalmente en un regalo que le sorprenda, que le deje sin palabras. Un regalo adecuado a la persona, a su condición y a sus gustos. Es mucho lo que dice un regalo como signo del amor que le inspira y selecciona. En todo regalo hay una secreta dedicación a la persona, que se hace patente cuando se entrega el obsequio acompañado de palabras o gestos de cariño. Creo haber leído en san Agustín que quien recibe un regalo y no ve más allá del objeto que se le entrega,

por hermoso que sea, se priva de lo más importante: la persona que se esconde detrás y que desea darse. Esto es lo que Jesús ha hecho en el momento más sorprendente de su vida, en la hora de la amistad.

Amigo: ¿A qué hora te refieres? Siempre he pensado que la amistad se manifiesta en cada momento. ¿Acaso hay horas especiales para ser amigos?

Obispo: Me refiero a la hora en que Jesús nos amó, según dice san Juan, hasta la consumación, hasta el extremo. En la vida de las personas hay momentos cruciales que exigen poner en juego todo su ser, dar lo mejor de sí mismo. Piensa, por ejemplo, en una competición deportiva o en un examen para un puesto de trabajo. Se dice, por ejemplo, que a una mujer le ha llegado su hora cuando está a punto de alumbrar una vida nueva. La hora de una persona es la que en gran medida determina su destino. En varios momentos de su vida, Jesús habló de su hora con cierto misterio.

Amigo: ¿Cómo sabía Jesús que en su vida había un momento importante, una hora especial?

Obispo: Jesús estaba atento al camino que le mostraba su Padre a través de las circunstancias y acontecimientos de su vida. Sabía, además, que tenía que cumplir la misión para la que había sido enviado. Llegado el momento, comprendió que esa misión le exigía dar la propia vida en favor de los hombres. Todo apuntaba a un final trágico, que aprovecharían las fuerzas del mal para aliarse contra él. Ésa es su hora, que Jesús llama también la hora del poder de las tinieblas²¹⁵. Es la hora de su pasión y su muerte, el momento en que de nuevo se enfrenta al Maligno.

²¹⁵ Cf. Lc 22,53.

Amigo: ¿Podía haberla evitado? Si Jesús previó su muerte, ¿por qué no intentó esquivarla o buscar una salida distinta?

Obispo: Si Jesús se hubiera dejado llevar por los instintos humanos, que hemos llamado *carne*, habría escapado de la muerte, como hace cualquier hombre. Pero Jesús entendió que su Padre le pedía mostrar su amor hasta el final para dar al mundo la prueba de un amor infinito. Ésa es la hora de Jesús, la que pone de relieve que no hay amor como el suyo, capaz de sacrificarse totalmente por los hombres. Es la hora que abre la etapa más dramática y fecunda de la vida de Cristo: la pasión y muerte. Cuando san Juan comienza a narrar esta etapa, dice así: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo»²¹⁶. Esta introducción, con aire de solemnidad, es como un pórtico de la Pasión, donde todo lo que transcurre revela el amor sin límites de Cristo que, a los ojos de los hombres, resulta sorprendente y escandaloso.

Amigo: ¿Cómo el amor puede resultar escandaloso? Entiendo que sea sorprendente, como un regalo inesperado; pero ¿escandaloso?

Obispo: La historia de la pasión comienza con un conmovedor gesto de Jesús, que debió desconcertar a los apóstoles por su carácter insólito, al tratarse de su Maestro. Es un gesto que la Iglesia reproduce en su liturgia el día de Jueves Santo. Me refiero al lavatorio de los pies²¹⁷. Según el relato evangélico, la cena ya había comenzado cuando Jesús se levanta, se quita la túnica propia de su

²¹⁶ Jn 13,1.

²¹⁷ Cf. Jn 13,1-20.

dignidad de maestro y, ciñéndose una toalla, puso agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de sus apóstoles. Este gesto era propio de siervos o esclavos, que acogían a los invitados en la entrada de la casa para lavarles los pies ensuciados con el polvo del camino. Es indudable que Jesús, al realizar este oficio de esclavo, quería provocar o llamar la atención de los suyos sobre algo esencial que se disponía a hacer. De ahí que el lavatorio de los pies es considerado una «parábola en acción», es decir, una enseñanza mediante gestos.

Amigo: ¿Cómo reaccionaron los apóstoles?

Obispo: Sólo conocemos la reacción de Pedro, que juega en el pasaje un papel especial, como en el resto de la pasión. Escandalizado por el gesto de Jesús, se niega a que Cristo le lave los pies, pues considera que tal humillación es indigna de su Maestro. Pero Jesús corrige su primer impulso y le advierte que, si no le lava los pies, no tendrá parte con él. Ante esta disyuntiva, Pedro, con los excesos de su carácter, le deja hacer a Jesús diciendo que está dispuesto a que le lave los pies y hasta la cabeza.

Amigo: No entiendo por qué dices que Pedro se escandaliza ante el gesto de Cristo. Su reacción parece la lógica. ¿No pensarían lo mismo el resto de los apóstoles?

Obispo: A primera vista, el gesto de Pedro parece propio del discípulo que no permite a su maestro humillarse hasta tal punto. Sin embargo, la reacción de Jesús indica que no considera el rechazo de Pedro como signo de humildad. Parece, más bien, una firme advertencia de que, si no se deja lavar, no tendrá parte con él, es decir, no participará de su vida y de sus bienes. En realidad, la actitud de Pedro se asemeja a la que manifestó cuando Cristo anunció

su pasión. Pedro intentó impedir que Jesús se entregara a la muerte. Si leemos el relato del lavatorio como una parábola de lo que Jesús se dispone a hacer, el oficio de esclavo que asume ante los apóstoles resulta escandaloso para una mentalidad mundana. Pedro no entiende que el Maestro se haga esclavo. Movido de nuevo por criterios humanos y no por humildad, intenta impedir que Jesús se manifieste como un esclavo o siervo de los hombres. Lo más escandaloso de la persona de Cristo, para la lógica humana, es que, siendo Dios, se haya hecho siervo; más aún, siervo obediente hasta la cruz. En el lavatorio planea ya la sombra escandalosa de la cruz. Jesús, con una pedagogía extraordinaria, desvela el drama que los apóstoles tendrán que soportar al verlo crucificado entre malhechores. Sirviéndose de gestos que podían ser comprendidos por todos, Jesús presenta la radical humildad de la pasión, que le convertirá en el hazmerreír del mundo entero. Y ante esta locura, Pedro, como hizo en el camino de Cesarea de Filipo, se rebela. De nuevo se deja llevar por el juicio del hombre viejo, que piensa con categorías carnales.

Amigo: De todas formas, no era fácil entender a primera vista lo que hacía Jesús. No me parece tan incoherente la postura de Pedro.

Obispo: En el relato hay dos planos. El de la imagen y el de su significado. La imagen es clara y comprensible para todos. El significado, no. Así lo explica Jesús, quien, en su respuesta a Pedro, le dice: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde»²¹⁸. Indicaba que la inteligencia profunda de lo que sucedía no se desvelaba de inmediato. Por eso Jesús quiere llevar a los suyos al significado último del amor que manifiesta y que no queda reducido al hecho físico de lavar los pies de los discípulos.

²¹⁸ Jn 13,6.

San Agustín, maestro inigualable en la interpretación de las Escrituras, ya descubrió este doble plano de lo que sucede en el lavatorio de los pies. Dice así comentando la escena: « ¿Qué admiración puede causar que se levantara de la cena y se pusiese sus vestidos Aquel que, estando en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo? ¿Qué admiración puede causar que ciñese una toalla quien, tomando la forma de siervo, fue hallado en la condición de un hombre? ¿Qué admiración puede causar que pusiese agua en un lebrillo quien derramó su sangre para lavar las inmundicias del pecado, que con la toalla que ceñía enjugase los pies de los discípulos quien con la carne de que estaba revestido confirmó los pasos de los evangelistas?»²¹⁹. Si te das cuenta, san Agustín nos descubre el verdadero simbolismo del lavatorio y, en los gestos de Jesús, nos hace ver la encarnación y la muerte del Siervo, que es el verdadero objeto de nuestra admiración. El regalo que Cristo hace no es el agua para lavar los pies sino su sangre que nos redime. Pedro tiene que dejarse lavar, si quiere tener parte con Cristo, porque sólo lavados con su sangre podemos ser totalmente suyos y amar como él nos amó.

Amigo: Yo supongo que todo hombre o mujer deseará que le amen así. Sigo sin entender por qué este amor resulta escandaloso.

Obispo: Porque aceptar el amor de Cristo supone reconocer que le necesitamos y dependemos de él para salvarnos. Eso es lo que Pedro se resistía a reconocer. El hombre no se salva a sí mismo, ni se redime a sí mismo de sus pecados. Necesitamos a Dios. Sólo él puede salvarnos de la miseria radical de nuestro pecado. El lavatorio es un símbolo del amor de Dios que nos lava, nos purifica y nos permite entrar limpios en el ámbito de su amistad. Sólo quien

²¹⁹ *Obras completas de San Agustín*, t. XIV, 254.

se deja amar y redimir por Cristo puede situarse en el camino del amor verdadero, que consiste en amar como él. El hombre se escandaliza ante un amor de esta categoría porque le obliga a depender de quien le ama y, más aún, a amar a los demás de la misma manera. En realidad el lavatorio de los pies nos pone ante el espejo del amor.

Amigo: ¿Qué quieres decir?

Obispo: Hay un refrán que lo explica muy bien: amor con amor se paga. El amor exige amor. Es cierto que el hombre quiere ser amado, pero no siempre está dispuesto a amar hasta dar la vida. Cuando Jesús termina de lavar los pies, se reviste con el manto y se sienta de nuevo a la mesa con los discípulos, es decir, recupera externamente su condición de maestro, presidiendo con autoridad. Y les hace esta pregunta: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Aunque el significado más profundo del lavatorio no podía ser captado hasta después de la pasión y muerte, el gesto era inteligible: Jesús había dado un ejemplo de humildad y caridad. Atiende a su explicación: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis ‘el Maestro’ y ‘el Señor’, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo: no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que lo envía. Sabiendo esto, dichosos seréis si lo cumplís»²²⁰. La clave de toda la explicación está en las palabras finales. La felicidad está en cumplir lo que sabemos. El ejemplo de Cristo es la norma suprema para el cristiano. Saber muchas cosas de Cristo y del evangelio no da la felicidad.

²²⁰ Jn 13,12-17.

Cumplirlas, sí. Si llamamos a Jesús Maestro y Señor, quiere decir que nos fiamos de él en todo lo que dice y hace. Como siervos, no somos mayores que el Señor; como discípulos, no superamos al Maestro. Al llamarnos amigos, Jesús ha dado un paso más, nos introduce en el ámbito de su intimidad o, utilizando las palabras que dirige a Pedro, nos capacita para tener parte con él, con su forma de vivir, con sus sentimientos y actitudes, con su servicio de amor. Quienes han estudiado la escena del lavatorio dicen que con este rito se prepara a los presentes para progresar en una relación más íntima y verdadera con Cristo, que revelará su amor en toda su profundidad. Dado que el lavatorio tiene lugar en el curso de la cena, es posible que Jesús quisiera purificarlos para introducirles en la eucaristía, que es el gesto por excelencia del amor de Cristo. Desde esta perspectiva, Jesús diría a Pedro que, si no se deja lavar, no podrá tener parte en su banquete, no podrá recibir su cuerpo y su sangre.

Amigo: Veo que todo gira en torno al amor, como si sólo existiera esta realidad y todo se redujera a amar. Parece que la misión de Cristo consiste precisamente en enseñar a amar de la forma que él ama. Es como si nadie hubiera amado así y él viniera a revelarnos el amor.

Obispo: Eso significa amar hasta el extremo. A decir verdad, todo se reduce al amor. En su primera carta a los Corintios, san Pablo habla del amor y afirma que es el camino perfecto para llegar a Dios²²¹, porque Dios es amor. Dice también que la fe y la esperanza pasarán cuando pasemos el umbral de la muerte, pero el amor no. Dios es eterno y eterno es su amor. No te equivocas, por tanto, al decir que la misión de Cristo es revelarnos el amor.

²²¹ 1Cor 12,31-13,13.

Aunque el hombre ha sido creado para amar y ciertamente ama, la plenitud del amor sólo se nos manifiesta en Cristo. Esto explica que, en el contexto de la Eucaristía, Jesús nos da un *mandamiento nuevo*, el mandamiento del amor, que tiene que ver con todo lo que hace en el lavatorio, en la última cena y en la pasión y muerte.

Amigo: Si el hombre ha sido creado para amar, quiere decir que lleva dentro la capacidad de amar. De hecho, los hombres de todos los pueblos, culturas y religiones hablan del amor y hay ejemplos de personas que han amado generosamente. ¿Cómo puede ser *nuevo* el mandamiento del amor que Jesús da a sus discípulos?

Obispo: Aunque el hombre haya sido creado para amar, el pecado y sus consecuencias le hacen muy difícil el camino del amor. Por otra parte, todos amamos a nuestra medida, que suele ser la medida de nuestro propio interés. La historia cuenta ciertamente con gestos heroicos de amor y de entrega generosa a los demás, pero en ninguno de ellos se ha dado la novedad del amor de Cristo, que radica precisamente en su persona. Si lo consideras bien, en Cristo todo es nuevo. San Pablo dice que Cristo hace todo nuevo²²² y un gran teólogo de las primeras generaciones cristianas, san Ireneo de León, afirma que Jesucristo, al venir en nuestra carne, «trajo toda novedad»²²³. Quería decir que su nacimiento en la carne nos permitió contemplar la eterna novedad de Dios visible ante nuestros ojos. Quien contempla a Cristo, contempla todo lo nuevo que Dios nos ofrece en la persona de su Hijo. Jesús, por tanto, puede hablar de novedad siempre que se refiera a sí mismo, a sus palabras y a sus hechos, porque nunca había sucedido que Dios habitara

²²² Cf. 1Cor 5,17; Ap 21,5.

²²³ San Ireneo, *Adv Haer*, IV, 34, 1: «¿Qué de nuevo trajo el Señor con su venida? Sabed que trajo toda la novedad, con presentarse tal como había sido anunciado».

hecho hombre entre los hombres²²⁴. Lo *nuevo* del mandamiento del amor, que Cristo da a su Iglesia, radica precisamente en que es el mismo Dios quien hace el oficio de esclavo y quien se entrega a la muerte. Éste es el asombroso misterio de la fe cristiana. El Hijo de Dios muere por el hombre, le entrega su vida. Si llegáramos a entender bien que el Crucificado es Dios, enmudeceríamos de estupor ante semejante novedad. No hay palabras para describir esta hora del amor en que toda la creación contempla sobrecogida el momento en que el amor expira y se consume, y el Espíritu de Cristo, exhalado, transforma lo viejo en nuevo, lo caduco en eterno, lo efímero en definitivo. De ahí que, aun sin percibir toda la trascendencia de esa hora, quien ve morir a Cristo se conmueve y reconoce que un Reino nuevo ha iniciado su andadura: el buen ladrón le pide que se acuerde de él cuando llegue a su Reino; el centurión romano confiesa que verdaderamente Jesús es el Hijo de Dios; y hasta la muchedumbre que había ido a presenciar el espectáculo se vuelve a casa dándose golpes de pecho.

Amigo: Si la novedad es la persona de Jesús y sólo él puede amar de esta manera, ¿no exige demasiado a sus discípulos cuando les pide que amen como él? Según lo que acabas de decir, la novedad del amor de Jesús reside en que él es Dios, que se entrega a los hombres, ¿cómo puede el cristiano pretender hacer lo mismo que hizo Jesús?

Obispo: A su medida, el cristiano puede amar como Cristo. Es cierto que la entrega de Cristo a la muerte es un acto único e inimitable; sólo él, en cuanto Dios, podía salvar al hombre. Ya te he dicho que con este gesto de amor se inicia una nueva creación.

²²⁴ «La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito» (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 12).

Cristo es el hombre nuevo, que no tiene parangón. Pero también es el que hace nuevas todas las cosas, empezando por el hombre. Al renovarnos, nos capacita para amar como él. Para eso nos ha dado su Espíritu, que nos recrea y nos permite amar con su mismo amor. Volvamos a la escena del lavatorio de los pies: en ella hay algo que es obra exclusiva de Cristo. Sólo él puede lavar al hombre del pecado y dejarlo completamente limpio. Quien quiera tener parte con Cristo debe dejarse lavar por él, como le dice a Pedro. Ahora bien, una vez lavado, Jesús propone a sus discípulos que hagan lo que él ha hecho. Naturalmente, no se refiere a la salvación del pecado, obra exclusivamente suya. Se refiere a que imiten su amor, sirviendo a los hermanos. Sin el gesto de Cristo, salvando al hombre del pecado, los discípulos no podrían amar como él; una vez salvados, pueden imitar a Cristo. Ahí está la novedad del mandamiento de Jesús. Él es el modelo, que debemos imitar. En la primera carta de san Juan, obra del mismo autor que el evangelio, se hace esta comparación: «En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos»²²⁵. Y a continuación, pone el siguiente ejemplo: «Si alguno que posee bienes del mundo, ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y según la verdad»²²⁶. Como ves, el apóstol nos exhorta a compartir nuestros bienes, a tener entrañas compasivas, pero el modelo que pone ante nuestros ojos es Jesús, que dio la vida por nosotros. Quien da la vida por los demás, ama como Cristo. Ha conocido el amor.

²²⁵ 1Jn 1,16.

²²⁶ 1Jn 3,17-18.

Amigo: Esto quiere decir que el amor cristiano no es como cualquier otra forma de amor. A veces, cuando se habla del amor, no se hace diferencia entre los cristianos y los hombres de otras religiones, e incluso entre los que no creen en Dios.

Obispo: Todo hombre ha sido creado por Dios y lleva impresa en sí mismo la vocación al amor²²⁷. Por el hecho de haber sido creado por Dios, que es amor, el hombre busca realizarse en el amor. Incluso quien no cree en Dios, vive del impulso de Dios, que le ha creado para amar. En esto coincidimos todos los hombres, aun cuando nos equivoquemos muchas veces al escoger el camino que conduce al amor. Ahora bien, sólo el cristiano, redimido por Cristo, puede amar como él, porque ha conocido y experimentado el amor en la hora de su plena realización, que es la muerte de Cristo. En ese momento Cristo llega a la expropiación total de sí mismo, entrega su vida en manos de Dios para salvar al hombre y revela el verdadero rostro del amor. Cuando san Pablo reflexiona sobre el amor cristiano, dice que trasciende todo conocimiento²²⁸. La razón es que Cristo ha manifestado el amor, no por medio de hermosas teorías o sistemas de pensamiento, sino dándose a sí mismo. Como dice san Juan: nos amó hasta la consumación. Sus últimas palabras en la cruz fueron *todo está consumado*, que puede traducirse también por *todo ha llegado a la plenitud*. Se refería al plan de Dios, que había cumplido con total fidelidad. Había hecho en todo momento la voluntad del Padre. Pero estas palabras revelan

²²⁷ Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 10: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente».

²²⁸ Ef 3,17-19: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y os llenéis de toda la plenitud de Dios».

también que el amor de Cristo ha llegado a su plenitud. Ya no es posible amar más ni mejor. El amor se ha manifestado de forma inequívoca y absoluta. El crucificado dice sin palabras: así se ama. No debe extrañar, pues, que muchos santos, viendo al *amor crucificado*, se hayan abrazado a la cruz para aprender a amar. Otros han querido unir la cruz a su propio nombre: san Juan de la Cruz, san Pablo de la Cruz, la sevillana santa Ángela de la Cruz y la santa carmelita mártir Edith Stein, que se impuso el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz.

Amigo: ¿Por qué ejerce tanto atractivo la cruz? Tú mismo has dicho que era un signo de maldición y de ignominia. En alguna ocasión he oído decir que el cristianismo es una religión masoquista porque pone la cruz en el centro de su mensaje.

Obispo: Ciertamente la cruz era un instrumento de suplicio, inventado por los persas, que marcaba con la ignominia a quien moría en él. Cuando la Iglesia predica a Cristo crucificado, el mundo de los sabios griegos considera tal predicación como una locura y necedad. San Pablo tiene páginas preciosas para rebatir esa posición y presenta a Cristo crucificado en el centro de su mensaje como el gran signo del amor y de la sabiduría de Dios. La cruz no es nada sin el crucificado. Es el crucificado quien da sentido a la cruz como árbol de la vida, donde Cristo ha querido revelar la profundidad del amor. Al poner la cruz en el centro de la fe cristiana, la Iglesia no cae en ningún masoquismo, ni exalta el dolor de manera irracional y arbitraria. Basta asistir una sola vez a la sobria liturgia del Viernes Santo para percibir que, al venerar la cruz, la Iglesia se postra sobrecogida y llena de gratitud ante el amor de Cristo, que transformó el patíbulo de la cruz en un trono de misericordia infinita y en un estandarte de vida.

Amigo: Quizás le interesaba a la Iglesia realizar esa transformación para hacer más amable el mensaje de la cruz...

Obispo: No fue la Iglesia, sino Jesús quien presentó la cruz como signo del amor que nos salva. En su conversación con Nicodemo, Jesús hace referencia a un episodio de la historia del pueblo de Israel durante su larga marcha por el desierto. Debido a la dureza de corazón de los israelitas, Dios permitió una plaga de serpientes venenosas cuyas picaduras eran mortales. Moisés intercedió ante Dios y éste le ordenó hacer una serpiente de bronce y levantarla en un estandarte para que quien fuera mordido la mirara con fe y se salvara de la muerte. Aludiendo a este pasaje, Jesús dice de sí mismo: «Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga en él la vida eterna»²²⁹. Esta comparación está llena de simbolismo. Al hablar de *ser elevado*, Jesús se refiere a la cruz en la que será clavado como el signo definitivo de la misericordia que Dios ofrece a los hombres. Él mismo lo aclara en otro lugar del evangelio de Juan hablando de su muerte: «Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí»²³⁰. Para que no tenga duda el lector sobre el significado de la expresión *ser elevado de la tierra*, el evangelista añade: «Decía esto para significar de qué muerte iba a morir»²³¹. Si Jesús hubiera sido ejecutado por la ley judía, habría muerto lapidado, pero al ser condenado a muerte por el procurador romano, su muerte tuvo lugar mediante la elevación en la cruz, que Jesús interpreta con un extraordinario valor simbólico. En cierto sentido todo hombre ha sido mordido por la serpiente que tentó a nuestros primeros padres. La mordedura del

²²⁹ Jn 3,14-15.

²³⁰ Jn 12,32.

²³¹ Jn 12,33.

pecado original convierte a la humanidad en una muchedumbre que camina hacia la muerte. Jesús se presenta entonces *levantado sobre la tierra* en el estandarte de la cruz para que le miremos con fe, pues en él se manifiesta el amor infinito de Dios. Ese amor es tan grande y poderoso que tiene la capacidad de atraer a todo hombre sin excepción. La razón de este atractivo es clara. El amor del crucificado responde al anhelo que todo hombre tiene de ser amado plenamente. Cuando el hombre descubre a Cristo en la cruz reconoce en él el amor que buscaba y para el que fue creado; y, atraído por la llamada irresistible del amor que Dios ha puesto en su corazón, se rinde a los pies de quien le amó sin medida. A los pies de la cruz es donde el hombre confiesa, no sólo sus pecados, sino la alegría de saberse amado sin reserva por el mismo Dios que nos ha dado a su Hijo elevándolo sobre la cruz.

Amigo: Cambian mucho las cosas si se ven así. Pero, entonces, ¿qué lugar tiene el sufrimiento y la pasión de Cristo? ¿Por qué se nos dice que tenemos que llevar la cruz si queremos seguir a Jesús?

Obispo: También los primeros cristianos se hicieron esta pregunta: ¿Por qué Jesús, el Justo, tuvo que sufrir? ¿Por qué debía padecer? Era una tremenda paradoja que quien no conoció pecado sufriera el destino de un pecador y muriera de forma ignominiosa. Para responder a esta pregunta, que ha ocupado la mente de teólogos, maestros del espíritu y místicos, los escritores sagrados buscaron alguna clave en las palabras de Jesús sobre su pasión y muerte. Descubrieron que Jesús se había identificado con un misterioso personaje, el Siervo de Dios, al que el profeta Isaías dedica cuatro hermosos cánticos²³². Según el profeta, el Siervo cargaría con los pecados de los hombres y aparecería ante el mundo como un *varón*

²³² Is 42,1-4 (5-9); 49,1-6; 50,4-9 (10-11); 52,13-53,12.

de dolores. Ese Siervo es Jesucristo, a quien contemplamos en la cruz con los rasgos que el profeta había anunciado: maltratado y escupido, herido en todas las partes de su cuerpo, con el rostro desfigurado hasta el punto que la gente, al verlo, desviaba la mirada. Podemos decir que esa imagen de Cristo, que aparece en la cruz como una piltrafa humana, es el fruto y precio de nuestros pecados. A esto se llama expiación. Jesús se ha colocado en el lugar del hombre pecador y nos ha mostrado la cara oculta del pecado, que en él se convierte en sufrimiento y pasión. El sufrimiento de Cristo revela su amor redentor, pero también la gravedad y trascendencia del pecado. Jesús se entrega a la muerte por los pecados de todos los hombres, como dice él mismo en la última Cena cuando ofrece el cáliz, aludiendo posiblemente a las profecías del Siervo: «Ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados»²³³.

Amigo: Si Jesús se ha puesto en el lugar de todos los pecadores, su sufrimiento tuvo que ser muy grande.

Obispo: Tan grande como su amor. Nunca olvides que él es el Justo, sin pecado, que carga sobre sí las consecuencias del pecado de los hombres. Al asumir el pecado del mundo, experimenta en Getsemaní una terrible agonía y suplica a su Padre que aleje de él el cáliz de la Pasión. Nunca podremos entender, por mucho que lo deseemos, esa experiencia única del Hijo de Dios, equiparable al abandono que padece en la cruz cuando dice: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»²³⁴. ¿Qué podemos decir entonces? Que Jesucristo ha ocupado nuestro lugar en una misteriosa solidaridad, que es la cara opuesta de la que nos une con el pecado de Adán. Del mismo modo, dice san Pablo, que en Adán

²³³ Mt 26,28.

²³⁴ Mc 15,34.

fuimos considerados pecadores, en Cristo, el nuevo Adán, hemos sido hechos justos²³⁵. Cristo se ha unido, por la encarnación, a los hombres pecadores para hacerlos justos. La desobediencia de Adán causó nuestra muerte; la obediencia de Cristo origina la vida. Dicho de otra manera, a Cristo le debemos la vida eterna. San Pedro lo dice en su primera carta de esta forma tan expresiva: «Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo»²³⁶. Entenderás ahora que el sufrimiento de Cristo en la cruz, acompañado de poderosos clamores y lágrimas²³⁷, encierra el precio de su amor por nosotros y nos ayuda a comprender el valor de nuestro sufrimiento, que es presentado en el evangelio con la imagen de seguir a Jesús cargando con nuestra propia cruz.

Amigo: ¿Significa esto que también nosotros podemos sufrir en favor de los demás? Por lo que acabas de decir, el sufrimiento de Cristo no es comparable con el nuestro.

Obispo: Las dos cosas son verdad. Cristo nos ha redimido a través de su pasión y muerte. Gustó la muerte por todos nosotros para conducirnos a la gloria²³⁸. Esto es obra exclusiva de Cristo. Pero, recientemente, el papa Benedicto XVI ha recordado algo que pertenece a la tradición cristiana sobre el valor del sufrimiento del cristiano unido a Cristo. En su encíclica sobre la esperanza, el Papa afirma que podemos «ofrecer» nuestras dificultades y contrariedades diarias —lo que solemos llamar cruces— e incluirlas «en el gran

²³⁵ Cf. Rom 5,19.

²³⁶ 1Pe 1,18-19.

²³⁷ Heb 5,7: «El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte...».

²³⁸ Cf. Heb 2,9-10.

com-padecer de Cristo», de forma que se acreciente de algún modo «el tesoro de compasión que necesita el género humano»²³⁹. Es un hermoso pensamiento. El mundo necesita de la compasión de Cristo. En la cruz, Cristo ha mostrado la máxima compasión con el hombre, de forma que nadie en su propio dolor se sentirá solo, si mira a Cristo con verdadera fe. Si alguna vez tienes ocasión de pasar por la ciudad francesa de Colmar, no dejes de visitar el famoso retablo de Isenheim, pintado por el alemán Matthias Grünewald. En una de sus tablas, pintó el «cuadro de la crucifixión más conmovedor de toda la cristiandad»²⁴⁰, para ser colocado en un convento que albergaba las víctimas de terribles epidemias en el occidente de la Baja Edad Media. Comentando este cuadro, dice J. Ratzinger: «El crucificado está representado como uno de ellos, torturado por el mayor dolor de aquel tiempo, el cuerpo entero plagado de bubones de la peste. Las palabras del profeta, cuando dijo que en él estaban nuestras heridas, encontraron su cumplimiento. Ante esta imagen rezaban los monjes, y con ellos los enfermos, que encontraban consuelo al saber que, en Cristo, Dios había sufrido con ellos. Este cuadro hacía que a través de su enfermedad se sintiesen identificados con Cristo, que se hizo una misma cosa con todos los que sufren a lo largo de la historia; experimentaron la presencia del crucificado en la cruz que ellos llevaban, y su dolor les introdujo en Cristo, en el abismo de la misericordia eterna. Experimentaron la cruz que debían soportar como salvación»²⁴¹.

Amigo: Cuesta mucho entender el valor que tiene una enfermedad, un fracaso, una muerte injusta, y tantos sufrimientos de personas inocentes.

²³⁹ Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 40.

²⁴⁰ J. Ratzinger-H. Urs von Balthasar-L. Giussani-J.H. Newman, *Via crucis*, tra. de E. Martín Peris, Madrid 1999, 12.

²⁴¹ *Ib.*, p. 14.

Obispo: El dolor siempre será un misterio que parece enfrentarnos al amor de Dios. Pero entre Dios y el hombre que sufre se sitúa el Crucificado para ayudarnos a aceptar el dolor y llevarlo con paz y esperanza. Es propio de los amigos hacerse uno también en el dolor. Alejarse de un amigo que sufre es señal de que no hay amistad. San Pablo, como sabes, tuvo que padecer mucho en sus trabajos apostólicos: persecuciones, lapidación, naufragios, flagelaciones, que le llevaron al borde de la muerte. Podía decir que llevaba en su carne «los estigmas de Cristo»²⁴², aludiendo a las cicatrices físicas de los azotes que había sufrido por él. Todo esto era para él motivo de orgullo y de gozo porque manifestaba su unión con Cristo crucificado. Más aún, todo lo ofrecía como una forma de asociarse a la pasión de Cristo, cuyos efectos se abrían camino en su duro trabajo apostólico²⁴³.

Unirse a Cristo en el dolor es la mayor prueba de amistad, la única respuesta adecuada al amor que nos ha demostrado en su pasión. A quienes no entienden esto, san Pablo, con lágrimas en los ojos, los llama «enemigos de la cruz de Cristo»²⁴⁴, que sólo piensan en sus apetencias terrenas. Santa Teresa de Jesús, por el contrario, encontraba en la pasión de Cristo la fuerza para llevar su propia cruz y decía que «con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero»²⁴⁵. Por eso aconsejaba mirar a Cristo y nos dejó esta exhortación: «Si estáis con trabajos o triste, miradle camino del huerto: qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento la

²⁴² Gál 6,17.

²⁴³ Col 1,24: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia».

²⁴⁴ Flp 3,18.

²⁴⁵ Teresa de Jesús, *Obras completas* (Archivo Silveriano 1), texto revisado y anotado por Fr. Tomás de la Cruz, C.D., Burgos 1977, 227.

dice y se queja de ella. O miradle atado a la columna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama, tanto padecer, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad; que el uno con el otro os podéis consolar. O miradle cargado con la cruz... Miraos ha él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vais vos con él a consolar y volváis la cabeza a mirarle»²⁴⁶.

²⁴⁶ Teresa de Jesús, *Obras completas*, 655-656.

Capítulo VIII

LA ALEGRÍA DE LA AMISTAD

Amigo: No quisiera ser un enemigo de la cruz de Cristo. Pero desconfío de mis fuerzas y temo no ser siempre un fiel amigo de Jesús. Por una parte, me gustaría contarme entre sus mejores amigos, pero, por otra, no me considero mejor que los cristianos que han dejado de creer en él, de rezar y participar en la vida de la Iglesia.

Obispo: Siempre se han dado las deserciones entre los amigos de Cristo. Hoy se habla de la *apostasía silenciosa* de muchos cristianos que se alejan de la Iglesia sin hacer ruido, calladamente. Jesús contó con ello desde el principio. Ya hemos hablado de los abandonos y deserciones de sus discípulos. San Pablo, prisionero en la cárcel, se lamenta con tristeza de que algunos colaboradores le han dejado solo²⁴⁷. Quien no cuida la amistad puede traicionarla. En el contexto de la última cena, al anunciar la traición de Judas y la negación de Pedro, Jesús exhortó a los suyos a permanecer en su amistad y dio algunos consejos para hacerlo sirviéndose de una imagen muy expresiva: la vid y los sarmientos²⁴⁸. Jesús presenta la relación con él como la que existe entre la vid y los sarmientos. Si los sarmientos no

²⁴⁷ 2Tim 1,15; 4,10.

²⁴⁸ Jn 15,1-17.

están unidos a la vid, es imposible que tengan vida y fructifiquen. Del mismo modo, los discípulos de Cristo tienen que estar unidos a él para dar fruto. Y añade algo importante: imaginando que su Padre es el viñador, dice que poda los sarmientos para que den más fruto. La poda hace sufrir a la planta, pero la vitaliza y la hace fecunda. La amistad con Cristo necesita muchas veces la poda de Dios: son los momentos que Dios aprovecha para sacar lo mejor de nosotros mismos y fortalecer nuestra amistad con Jesús.

Amigo: Es una imagen muy dura la de la poda. No es agradable dejarse podar.

Obispo: Más duro y triste es no dar fruto, quedar estéril o perderse para siempre. Jesús dice que su Padre corta los sarmientos secos y los tira al fuego. San Agustín subraya la necesidad de escoger: «o la vid o el fuego»²⁴⁹, es decir, o vivir o morir. Supongo que no tendrás dudas del camino que debes escoger. Muchos cristianos quedan estériles, sin dar el fruto que Dios espera de ellos. La vida es un fracaso si, al final, tenemos las manos vacías y nos presentamos ante Dios sin frutos.

Amigo: ¿Puede el hombre perderse para siempre?

Obispo: Jesús nos advierte de ese peligro real, que conduce al hombre a la muerte eterna. Lo dice con palabras que son más duras que las de la poda: «Si tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que, con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más

²⁴⁹ *Obras completas de San Agustín*, t. XIV, 368: «El sarmiento ha de estar en uno de estos dos lugares, o en la vid o en el fuego; si no está en la vid, estará en el fuego: Permanezca, pues, en la vid para librarse del fuego».

te vale entrar en la Vida con un solo ojo que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna del fuego»²⁵⁰. La fuerza expresiva de las palabras de Jesús, que se sirve de imágenes simbólicas, corresponde a la seriedad que tiene salvar la vida.

Amigo: No quisiera que mi vida quedara estéril o vacía. Mucho menos que se perdiera.

Obispo: Entonces debes seguir el consejo de Cristo y llegarás a experimentar la alegría de su amistad. Ten en cuenta que Cristo desea tu propia felicidad, o mejor aún, desea contagiarte su alegría.

Amigo: ¿A qué te refieres cuando hablas de la alegría de Cristo?

Obispo: La alegría es una de las notas características de la vida cristiana. Es algo propio de Dios, que es infinitamente feliz. La vida de Cristo, desde su nacimiento hasta su vuelta al Padre, está marcada por la alegría. Cuando María, su madre, recibe el anuncio del nacimiento de Jesús, el ángel le saluda con esta palabra: «¡Alégrate!». La presencia de Jesús provoca el gozo. En la visita de María a su pariente Isabel, el hijo de ésta salta de gozo en sus entrañas al percibir la presencia de Jesús en el seno de María. En el nacimiento de Jesús en Belén, los pastores escuchan los cantos de alabanza en el cielo. Más tarde, los discípulos se alegran por sus milagros. Con Cristo llega la alegría de la salvación a los pecadores que se convierten de su mala vida y a los que escuchan las parábolas del Reino, comparado con la perla preciosa y el tesoro escondido que alegran el corazón de quien los halla²⁵¹. Aunque su muerte siembra la tristeza en el corazón de los suyos, Jesús les anuncia

²⁵⁰ Mt 18,8-9.

²⁵¹ Mt 13,44-45.

un gozo que nadie les podrá arrebatar²⁵², el gozo de la resurrección. Los discípulos se alegraron al ver a Cristo resucitado. Ésta es la alegría de Cristo, que triunfa sobre el pecado y la muerte. San Pablo no cesa de invitar a los cristianos a vivir alegres en el Señor: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres»²⁵³.

Amigo: ¿Cómo es posible estar siempre alegres? Hay muchos momentos en los que uno se siente triste y es difícil alegrarse. Momentos de dolor, de fracaso, de alguna desgracia familiar y social.

Obispo: La alegría de Cristo es posible también en medio de esas circunstancias, según dice él mismo en las bienaventuranzas: las lágrimas, la persecución e incluso la muerte son compatibles con la alegría cristiana. Jesús habla de la alegría en las vísperas de su muerte. La alegría cristiana no es la ausencia de problemas y dificultades o la que da el bienestar, el dinero, la fama. Tampoco es la alegría superficial de quienes se unen para divertirse de cualquier manera. Esa alegría es pasajera, flor de un día o de unas horas. A veces, no merece el nombre de alegría porque encierra la tristeza del pecado o del egoísmo personal, que olvida la necesidad y el sufrimiento del prójimo. Jesús no se refiere a la alegría que puede comprarse con dinero ni siquiera a la que nos invade por tener éxito o gozar de buena salud y prosperidad, cosas buenas en sí. Si estas cosas desaparecen, nos quedamos tristes. Pero la vida es más grande que la salud, el vestido²⁵⁴, la comida y el bienestar temporal.

Amigo: ¿Se puede ser feliz sin esas cosas? ¿Es posible vivir alegres cuando las cosas no salen como deseas o fracasan tus planes o te viene una enfermedad inesperada e incluso la muerte?

²⁵² Jn 14,13s.; 16,20-24.

²⁵³ Flp 4,4.

²⁵⁴ Cf. Mt 6,25.

Obispo: Cuando Jesús llama a sus discípulos *amigos*, lo hace en un contexto en que les invita a permanecer en él. Este verbo, *permanecer*, aparece diez veces en la exhortación de Jesús. Es una palabra clave para entender qué tipo de relación quiere establecer Jesús con sus discípulos cuando los llama amigos. Como te he dicho, Jesús está siempre unido a su Padre y permanece en él por medio del amor. Este amor es la fuente de la alegría de Cristo porque nada causa tanta alegría como saberse amado. Cristo se sabe amado por su Padre y ahí radica su gozo. Ahora bien, Jesús quiere que su alegría esté en nosotros, que vivamos con su mismo gozo, el de sabernos unidos a él y al Padre por el amor. Si eres consciente de este amor, nunca te faltará la alegría. En realidad, la única tristeza que merece este nombre es la de no ser santos²⁵⁵, la de vivir sin amar a Dios y a los hombres. Los santos han sido los hombres y mujeres más felices de la tierra. Y la vida de los santos nunca ha sido fácil: han pasado por enormes pruebas y dificultades, envidias, calumnias y persecuciones incluso de los más cercanos.

Amigo: ¿Cómo se alcanza esa alegría?

Obispo: Jesús nos ha dado la respuesta a esta pregunta en las siguientes palabras del evangelio: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado»²⁵⁶. La alegría de Cristo consiste en permanecer en el amor del Padre cumpliendo sus mandamientos. Cuando Jesús anuncia su partida al Padre, dice a sus discípulos que deberían alegrarse porque vuelve de nuevo al Padre. Retorna a quien le ama desde toda la eternidad

²⁵⁵ L. Bloy dice que «sólo hay una tristeza, la de no ser santos» (L. Bloy, *La tristezza di non essere santi. Antologia dagli scritti*, trad. de G. Vignini, Milano 1998, 127).

²⁵⁶ Jn 15,10-11.

como su Hijo muy amado, en el que se complace. El Padre ama al Hijo porque ha cumplido en todo su voluntad. Ésta es la alegría que une a ambos. Jesús desea que nuestra alegría sea plena, como la suya, y para ello nos hace una confidencia muy íntima al indicarnos el camino que él ha seguido para ser feliz: obedecer al Padre, cumplir sus mandamientos. De igual modo, los discípulos deben permanecer en Cristo cumpliendo sus mandamientos. Es la única forma de estar unidos a él y de participar en su alegría.

Amigo: ¿Cómo se puede ser feliz obedeciendo? La obediencia cuesta mucho y en ocasiones se obedece casi a la fuerza, para no ser castigado o por conseguir algo a cambio.

Obispo: ¿Nunca has obedecido de buena gana?

Amigo: Sí, alguna vez.

Obispo: ¿En qué ocasión? ¿Por qué motivos?

Amigo: Para expresar mi amor a alguien, a mis padres, a algún amigo. He comprendido que era bueno obedecer.

Obispo: ¿Te ha costado entonces la obediencia?

Amigo: Menos y, a veces, nada.

Obispo: Y si te hubiera costado, ¿lo habrías hecho?

Amigo: Ceo que sí.

Obispo: Por tanto, el criterio para practicar la obediencia no es si me cuesta o no lo que me piden, sino si amo de verdad, a pesar

de lo que me cueste obedecer. Jesucristo nos enseña que el amor y la obediencia están en dependencia mutua. «El que no ama, escribe san Agustín, no tiene motivos para observar los mandamientos»²⁵⁷. «El que tiene mis mandatos y los guarda, dice Jesús, ése es el que me ama; y el que me ame será amado de mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a él»²⁵⁸. Jesús se pone como modelo de comportamiento para los cristianos al decirnos que él ama al Padre y cumple sus mandamientos. La obediencia de Cristo es el signo de su amor al Padre y, por tanto, la fuente de su alegría, porque la obediencia le asegura que permanece en el Padre y el Padre en él.

Amigo: ¿A qué mandamientos se refiere Jesús cuando dice que cumple los mandamientos de su Padre?

Obispo: Cuando Jesús habla de mandamientos de su Padre no se refiere a normas precisas y concretas que le ordenara continuamente. Con esta expresión se refiere a la voluntad del Padre, que ha venido a cumplir con fidelidad. En otro lugar, Jesús dice: «El que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él»²⁵⁹. La vida de Jesús, desde su nacimiento hasta la muerte, consiste en agradar al Padre. El autor de la carta a los Hebreos pone en labios de Cristo en el momento de su entrada en este mundo, es decir, de su encarnación, las siguientes palabras: «He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad»²⁶⁰. En ellas tenemos la clave para entender la vida de Cristo. Al hablar de su venida a nosotros, Jesús dice: «He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado»²⁶¹.

²⁵⁷ *Obras completas de San Agustín*, t. XIV, 371.

²⁵⁸ Jn 14,21.

²⁵⁹ Jn 8,29.

²⁶⁰ Heb 10,7.

²⁶¹ Jn 6,38.

El amor de Jesús al Padre se manifiesta, por tanto, en hacer su voluntad, que, en el momento supremo de la cruz, le exigió practicar la obediencia de modo heroico, aceptando la muerte que no deseaba.

Amigo: ¿No has dicho antes que entregó su vida libremente? ¿Quieres decir que Jesús murió contra su voluntad?

Obispo: No, pero tuvo que conformar su voluntad con la del Padre. Ésa es la oración que hace en el huerto de los olivos, en medio de una angustia terrible: «Padre, no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú»²⁶². Se refería naturalmente a la muerte que preveía cercana. Jesús pide no tener que pasar por la muerte, pero entiende que ésa es precisamente la voluntad del Padre y la acepta con amor, aunque, como hombre, le repugne el hecho de morir.

Amigo: Obedecer de esta manera es una prueba muy grande de que Jesús amaba a su Padre.

Obispo: Fue el gran gesto de amor al Padre y a los hombres. Al Padre, porque hizo su voluntad; y a los hombres, porque nos salvó por su obediencia. Así lo dice san Pablo, cuando contrapone la desobediencia de Adán, que nos trajo el pecado y la muerte, y la obediencia de Cristo, por la que hemos sido salvados. Pero aquí radica paradójicamente el gozo de Cristo. Para explicar este gozo, Jesús utiliza la comparación de la mujer que da a luz un hijo en medio de grandes dolores²⁶³. Cuando su hijo ha nacido, se olvida del sufrimiento, desbordada por la alegría. La muerte de Cristo,

²⁶² Mc 14,36.

²⁶³ Jn 16,21: «La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo». En Mt 24,8 se anuncia el doloroso nacimiento del mundo nuevo, el mesiánico, con estas palabras: «Todo esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento».

por obediencia al plan de Dios, es como un terrible parto que alumbró una nueva humanidad redimida del pecado. Tal nacimiento le ha costado a Cristo su vida física, pero el gozo del nuevo nacimiento no tiene comparación con ningún otro, porque el deseo de Cristo, en la encarnación, era salvar a sus hermanos.

Hay un texto admirable que, sin decirlo expresamente, habla de la alegría de Cristo al ver la salvación de los hombres, a quienes llama hermanos. El autor de este texto se imagina la humanidad como una enorme procesión de esclavos que avanzan hacia la muerte²⁶⁴. Todos vivían esclavizados bajo el temor a la muerte. ¿Qué hace Jesús al encarnarse? Colocarse a la cabeza de la humanidad, como *guía de la salvación*, aceptando la muerte que pesaba como un castigo sobre los hombres. Cuando muere y resucita, Jesús consigue introducir en la gloria a todos sus hermanos y, lleno de gozo, alaba a Dios en medio de la multitud de los redimidos y dice: «Hemos aquí, a mí y a los hijos que Dios me ha dado»²⁶⁵. Ésa es la alegría de Cristo: habernos librado de la muerte y del señor de la misma, el diablo. La obediencia de Cristo, que le lleva a pasar por el trance terrible de la muerte, es el camino hacia el gozo supremo de contemplar la humanidad redimida. Por eso, no tuvo miedo de aceptar el oprobio de la cruz «ante el gozo que se le proponía»²⁶⁶.

Amigo: Supongo que no hay alegría mayor que la de salvar a alguien. En tal caso, hay que mirar más allá de lo que produce incertidumbre y temor o nos exige un gran esfuerzo y sacrificio.

Obispo: Cuando el hombre tiene motivos para ello, es capaz de grandes sacrificios y esfuerzos. Piensa en los atletas que buscan el triunfo o los que dedican su vida al estudio y la investigación,

²⁶⁴ Cf. Heb 2,10-18.

²⁶⁵ Heb 2,13.

²⁶⁶ Heb 12,2.

animados por el hallazgo gozoso de la verdad. San Pablo, para alentar a sus cristianos a la fidelidad a Cristo, les pone el ejemplo de los atletas que luchan por una corona de laurel que se marchita. Se someten a fuerte disciplina y a duros entrenamientos. La vida cristiana es una carrera, cuya meta es Cristo y la gloria que no se marchita. De ahí que debemos fijar los ojos en Cristo, que inicia y completa nuestra carrera²⁶⁷, e imitar su comportamiento. Es el camino seguro para llegar a la meta y gozar de una alegría que nadie nos podrá arrebatar. Será la alegría perfecta.

Amigo: No sé si habrá muchos cristianos capaces de valorar una alegría que tenga que pasar por duras pruebas. Por otra parte, cuando se habla de mandamientos no se piensa espontáneamente en la alegría, sino más bien en algo que se nos impone y que cuesta cumplir. Es la opinión de mucha gente.

Obispo: Es sabido que el mal parece atractivo a primera vista, pero siempre deja al hombre en un estado de tristeza. Y al contrario: el camino del bien es arduo y cuesta practicarlo, pero deja el corazón lleno de gozo. Es importante descubrir dónde está la fuente de la verdadera alegría para no equivocarse el camino. En su enseñanza, Jesús recoge una doctrina tradicional de los sabios de Israel, la del doble camino: el que conduce a la vida y el que lleva a la perdición²⁶⁸. El primero es estrecho y duro; el segundo, ancho y fácil. Jesús dice que son muchos los que escogen el camino fácil de la perdición. A éstos los llama necios, insensatos, porque han perdido el sentido de su existencia. A quienes escogen el camino de la

²⁶⁷ Cf. Heb 12,1-4.

²⁶⁸ Mt 7,13-14: «Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran».

vida, Jesús los tiene por sabios y felices. Cuando Cristo nos llama a su amistad, nos conduce por este camino que lleva a la felicidad, al gozo verdadero, y nos da sus mandatos para no errar en el camino. ¿Acaso te gustaría que, en una difícil expedición por el desierto, o en la montaña, te dejaran solo, sin ninguna indicación, a expensas de lo que pudiera sucederte?

Amigo: No, ciertamente. Sería una situación muy difícil y peligrosa.

Obispo: En el prólogo de un libro del dominico Fray Luis de Granada, que figura entre los mejores escritores de nuestra lengua, dice, citando a Plutarco, que «los que convidan a la virtud, y no dan avisos para alcanzarla, son como los que atizan un candil y no le echan aceite para que arda»²⁶⁹. Los mandatos de Cristo son como el aceite que echa en el candil de nuestra vida para que arda la llama de la virtud, sin la cual nos perdemos en el camino. Quien mira los mandatos de Cristo como algo impuesto desde fuera, o no tiene rumbo en la vida —y prefiere el camino fácil y ancho— o desconoce la belleza del yugo suave de Cristo. Al darnos sus mandatos, Cristo nos une a él o, si quieres utilizar la imagen del yugo, nos unce a él, para que vayamos siempre en la misma dirección y con la ayuda de su fuerza. Los mandamientos, que Jesús llama también *palabras*, manifiestan a sus amigos su voluntad para que superen las dificultades del camino. También los diez mandamientos eran llamados en el pueblo de Israel *las diez palabras*, indicando que, entre todas las palabras que Dios había dirigido a su pueblo, había diez de máxima importancia, las imprescindibles para no perderse en esta vida y entrar en la definitiva²⁷⁰. Dios las había revelado a su pueblo como don de sí mismo y expresión de su voluntad. Por ello,

²⁶⁹ Fray Luis de Granada, *Guía de Pecadores*, Madrid 1962, 203.

²⁷⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2056-2063.

el pueblo judío y la Iglesia las venera y las honra porque ven en ellas la expresión del amor de Dios que muestra a su pueblo el camino de la vida. Jesús, como profeta y maestro de la Ley, comentó esas palabras de Dios en el llamado sermón de la montaña y las completó o perfeccionó con comentarios y consejos que expresaban mejor la voluntad de Dios para los hombres. Con ello no quería imponer a sus discípulos cargas pesadas o normas difíciles de cumplir, sino enseñarles el camino de la vida, que, aunque a primera vista puede resultar abrupto y poco apetecible, es el único que conduce a la perfecta alegría. Por eso quienes se resisten a aceptar los mandatos de Cristo se privan de la verdadera felicidad.

Amigo: ¿Quieres decir que quien no cumple los mandamientos de Dios no puede vivir felizmente?

Obispo: Sin obedecer a Dios no hay verdadera alegría porque sin Dios el hombre está abocado a la muerte y ningún ser humano quiere la muerte ni se contenta con ella. El hombre está hecho para la vida y desea vivir para siempre. Recuerda aquel encuentro de un joven con Jesús. La pregunta que le hace es muy significativa: «Maestro, ¿qué he de hacer yo para conseguir la vida eterna?». Ése es el deseo innato del hombre, de todo hombre: vivir para siempre. Jesús, como maestro de la ley, le da un consejo muy sencillo: cumple los mandamientos. Aquel joven pudo decir que los había cumplido desde niño. Jesús, mirándole con amor, le indicó que vendiera sus bienes, los diera a los pobres y le siguiera. El evangelio dice que, «abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes»²⁷¹. Si te das cuenta, Jesús no impone nada, señala el camino y da consejos a quien desea alcanzar la vida eterna. Aquel joven prefirió sus riquezas y se alejó triste. Jesús le había

²⁷¹ Mc 10,22.

ofrecido ir con él, ser uno de sus amigos que le seguían a todas partes, pero optó por irse triste. Esta escena es un ejemplo muy claro del camino que conduce a la felicidad. Jesús quería que aquel joven llegara a la alegría plena y le invitó a su amistad.

Amigo: Pero Jesús pide más de lo que exige Dios con los diez mandamientos. ¿No hace aún más difícil el camino hacia la felicidad?

Obispo: No debes olvidar que Jesús se presenta como el nuevo Moisés que viene a revelarnos la perfección de los mandatos dados por Dios en la alianza del Sinaí. San Juan dice que «la ley nos fue dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo»²⁷². ¿Qué quiere decir esto? En la primera alianza, Dios da a Moisés sus palabras, que orientan al pueblo hacia la alianza definitiva. Cuando llega la Palabra definitiva de Dios, que es Jesucristo, todas las palabras de Dios alcanzan su sentido último. Jesús puede comentarlas con autoridad porque él es la Palabra que da sentido a todas las demás. Es la Palabra que estaba junto a Dios y conocía todo de él. Posee toda la autoridad para revelarnos la verdad definitiva. Esto explica que en el sermón del monte Jesús comente los mandamientos de Dios y, a lo que estaba escrito, añada su propia interpretación, que completa la ley antigua con lo nuevo de su enseñanza. Ahora bien, lo nuevo que añade Jesús es él mismo²⁷³, que se propone como camino a seguir para llegar a la alegría perfecta, como hace al joven rico. Cuando termina el sermón de la montaña, la nueva ley que Dios nos da por su Hijo, Jesús utiliza una comparación muy plástica sobre el éxito y el fracaso de la enseñanza de los dos caminos. Dice así: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente

²⁷² Jn 1,17.

²⁷³ Sobre este aspecto de lo que Jesús aporta a la ley antigua, véanse las extraordinarias páginas de J. Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, trad. de C. Bas Álvarez, Madrid 2007, 129-144.

que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina»²⁷⁴.

Amigo: No has contestado a mi pregunta sobre la dificultad que añade Jesús al exigir más de lo que exige Dios.

Obispo: En realidad, Jesús facilita con su enseñanza el camino para cumplir la voluntad de Dios. A esto se refiere la afirmación de que Jesús nos trajo la Gracia y la Verdad. Por una parte, Jesús nos enseña el espíritu de la ley, no se queda en la letra. Y al desvelarnos el espíritu, nos facilita cumplir lo que la letra sola no enseña.

Amigo: No comprendo lo que dices.

Obispo: Te pongo un ejemplo. En la ley de Moisés se decía: «No cometerás adulterio». Jesús da un paso más: quien desea a una mujer en su corazón, ya adulteró con ella en su corazón. Jesús se dirige al corazón, donde comienza a encubarse el pecado. El adulterio no es sólo el acto exterior del hombre o de la mujer que son infieles a su cónyuge. Si el corazón no se mantiene íntegro y fiel y se abre al deseo del pecado, el camino hacia el mal ya está iniciado y terminará consumándose. Al decir Jesús que el hombre puede adúlterar en su corazón, le advierte del peligro, le pone en guardia frente al mal y le ayuda a cumplir el espíritu —y la letra— de la ley. Pero aún hay más. Jesús no sólo nos trae la verdad plena de la

²⁷⁴ Mt 7,24-27.

revelación de Dios, sino que nos trae la Gracia, es decir, la capacidad para cumplir plenamente la ley de Dios y los mandatos de Cristo. Antes de Cristo, el hombre había recibido la ley como un don de Dios, como un pedagogo que le mostraba el camino²⁷⁵. La ley, en efecto, señala el camino que debemos seguir, pero el hombre necesita, además, la gracia para agradar plenamente a Dios.

Amigo: ¿Qué es la gracia?

Obispo: La gracia es el don supremo de Dios, que nos trae su Hijo Jesucristo y nos permite participar en su misma vida divina. Al darnos a su Hijo, nos ha dado graciosamente en él todas las cosas²⁷⁶. En él hemos sido enriquecidos con toda clase de bienes²⁷⁷. La palabra *gracia* define, por tanto, la nueva situación inaugurada por Cristo, que nos otorga la paz, la salvación, y manifiesta la ternura, el amor y la benevolencia de Dios para todos los hombres. Hallar gracia ante Dios significa que Dios se complace en el hombre, como sucedió de forma eminente con María, la *llena de gracia*. La gracia de Jesucristo aparece en el encabezamiento de las cartas de los apóstoles y en el saludo del celebrante en la liturgia. Esto nos recuerda que Dios nos ha redimido gratuitamente y nos favorece con su ayuda para llevar una vida que le agrade en todo. La Ley por sí misma no podía capacitarnos para ser santos; la gracia de Jesucristo, sí. El no sólo muestra el camino del bien, sino que es el camino para llegar a la vida eterna, al mismo Dios.

Amigo: ¿Quieres decir que los hombres que vivieron antes de Cristo no podían agradar a Dios, aunque cumpliesen sus mandamientos?

²⁷⁵ Cf. Gál 6,23-29.

²⁷⁶ Cf. Rom 8,32.

²⁷⁷ Cf. 1Cor 1,4.

Obispo: Antes de la venida de Cristo, había hombres justos que agradaban a Dios por su fe y sus obras buenas, pero no podían agradar *plenamente* a Dios porque, a pesar de sus buenos deseos y obras de justicia, les faltaba el don de Dios por el que nos hacemos plenamente agradables en su presencia, el don que Adán y Eva perdieron al pecar. Ese don es la gracia de Cristo. Te servirá, para que entiendas lo que quiero decirte, la comparación de Isaac y Jesús. Supongo que conoces la historia de Abrahán y su hijo único, Isaac. Es una de las más bellas de la Biblia y de la literatura universal. Dios le había prometido a Abrahán ser padre de numerosos pueblos, pero él y Sara, su mujer, no tenían descendencia. La promesa de Dios se cumplió, cuando, en la ancianidad, Sara concibió y dio a luz a Isaac. Dios quiso probar la obediencia de Abrahán y, siendo Isaac un muchacho, le pidió que se lo ofreciera en sacrificio. Abrahán obedeció a Dios y, cuando se disponía a sacrificar a su hijo en la cima del monte Moria, el ángel del Señor se lo impidió; en su lugar, sacrificó un carnero que estaba enredado en la maleza.

Esta historia sobrecogedora, que pretende exaltar la fe y obediencia de Abrahán, es una imagen de la vida de Cristo. La historia de Isaac se ha leído en la Iglesia como prefiguración de lo que sucedió a Cristo. También Jesús es el hijo único de Dios, el amado por excelencia. Sin embargo, lo que Dios no le permitió a Abrahán —inmolar a su único hijo— consintió que sucediera con su Hijo. San Pablo dice que Dios «no se reservó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros»²⁷⁸. Este gesto de Dios es lo que llamamos *gracia*, la inefable acción de Dios que, como canta la Iglesia en la noche de Pascua, para salvar al esclavo entregó al Hijo. Estas dos historias ponen de manifiesto la supremacía de la gracia respecto a la ley. Cuando Dios impide a Abrahán realizar el sacrificio de su hijo, revela que, por grande que fuera aquel gesto de obediencia,

²⁷⁸ Rom 8,32.

no podía alcanzar la salvación de los hombres antes de la venida de Cristo. Sólo el Hijo de Dios, ofreciéndose libremente al Padre, podía alcanzar la gracia de la salvación. La obediencia de Abrahán alcanzó de Dios la libertad para su único hijo, Isaac, el hijo de las promesas. Pero la entrega de Cristo, que se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, logra la salvación de todos los hombres. Isaac quedó libre; Jesús fue entregado a la muerte y nos obtuvo la gracia de la misericordia y del perdón. Comentando la historia de Isaac, Orígenes, un gran escritor de los siglos II-III de nuestra era, dice: «Contempla a Dios rivalizando con los hombres en magnífica liberalidad: Abrahán ofreció a Dios un hijo mortal, que no llegaría a morir; Dios, por los hombres, entregó a la muerte a su Hijo inmortal»²⁷⁹.

Amigo: Da mucha alegría saber que Dios nos ama de esta manera, aunque cuesta mucho entender que Dios no impidiera la muerte de Jesús como impidió la de Isaac.

Obispo: Ésa es precisamente la novedad del amor de Dios: que ha ido más allá de lo imaginable y comprensible. Las figuras han quedado superadas por la realidad; las promesas, cumplidas de modo desbordante. Cuesta entender un amor tan grande que supera toda medida. Intenta entender; procura, sobre todo, saborear y gozar. Al hablar de Dios, conviene no olvidar lo que decía Oseas, uno de los profetas que ha expresado con mayor fuerza el amor de Dios: «Soy Dios, no hombre»²⁸⁰. Quiere decir que no podemos comprender a Dios como si se tratara de un hombre. Jesús

²⁷⁹ Orígenes, *In Gen hom*, 8,8. Versión tomada de Orígenes, *Homilias sobre el Génesis* (Biblioteca de Patristica 48), Introducción, traducción y notas de José Ramón Díaz Sánchez-Cid, Madrid-Buenos Aires-Montevideo-Santafé de Bogotá-Santiago 1999, 208.

²⁸⁰ Os 11,9.

ha querido revelarnos el amor de Dios para que permanezcamos siempre asombrados ante su inmensidad y grandeza, que a él mismo le llena de gozo. Sí, amigo, Jesús es el primero en llenarse de gozo en el Espíritu Santo²⁸¹ al contemplar el amor de Dios hacia los hombres. Es el mismo gozo que invadió a María al cantar las grandezas y hazañas de Dios con los pobres y sencillos. Pide a Dios vivir siempre en la alabanza de su amor. Dios te dará la gracia de entender que Isaac era sólo una pálida figura de la realidad, una sombra de la luz que brilló en el sacrificio de Cristo.

²⁸¹ Cf. Lc 10,21.

Capítulo IX

RETRATOS Y MODELOS DE AMISTAD

Amigo: ¿Qué podemos aprender de los primeros amigos de Jesús? ¿Cómo fue su amistad con él? ¿Qué tipo de relaciones mantuvieron? A pesar de las dificultades, fueron fieles a él y vivieron la alegría de la que has hablado. No sé si el evangelio se detiene en estos aspectos, pero me gustaría saber algo más que me sirva para mi amistad con Cristo.

Obispo: Los evangelios apenas se detienen en descripciones psicológicas de los personajes que aparecen en la vida de Jesús. No obstante, se pueden descubrir en sus relatos lo que podríamos llamar procesos de amistad, que ayudan a situarnos ante Jesús como el amigo que purifica nuestras falsas concepciones de la amistad con él. Hay que proteger la amistad con Cristo de amenazas y peligros que pueden desvirtuarla. Se habla, por ejemplo, de la decepción de Judas Iscariote, al ver que Jesús no era el mesías político que esperaba. Tal decepción habría frustrado sus ambiciones personales y fraguado la traición. Su amistad no era limpia ni desinteresada. La amistad con Cristo exige siempre reconocer, como ya hemos hablado, la distancia infinita que nos separa de él. Aunque haya querido llamarnos amigos e invitarnos a compartir su vida, no significa que esa distancia haya quedado abolida. Él es siempre el

Señor, el Maestro, el que nos precede en todo. Esto lo entendió muy bien Juan Bautista, a quien el cuarto evangelio llama «el amigo del novio»²⁸².

Amigo: ¿Por qué se le llama así? Nunca había oído aplicar a Jesús el calificativo de *novio*.

Obispo: Es una definición muy hermosa de Cristo y de Juan Bautista. En el Antiguo Testamento la imagen del noviazgo y de las bodas se utiliza con frecuencia para describir las relaciones de Dios con su pueblo. Dios es el novio y el esposo, que busca el amor de su pueblo Israel, a quien se compara con una novia engalanada para las bodas o con la esposa. Hay pasajes de una extraordinaria expresividad y belleza, que muestran incluso los celos que Dios tiene de su pueblo, cuando éste se entrega a otros amores que no son los del único Dios. Por eso el pecado de idolatría se presenta como infidelidad y adulterio, porque el pueblo, al abandonar al verdadero Dios, se comporta como una esposa infiel que corre detrás de otros dioses. Cuando los profetas describen el tiempo mesiánico, es decir, el de la salvación definitiva, presentan a Dios como un esposo fiel, celoso del amor de los hombres, que no admite compartir su amor con ningún otro. Es natural, por tanto, que esta imagen de Dios, esposo del pueblo elegido, se aplicara a Jesús, cuando se comprendió que él era el Mesías esperado y el mismo Dios. Ya hemos hablado de las bodas de Caná, donde Cristo manifestó su gloria y dio en abundancia un vino nuevo, que simboliza la salvación. El evangelista resalta la presencia de Jesús en esa boda porque le interesa sobre todo mostrar que Jesús es el verdadero esposo dispuesto a desposarse con su pueblo. Jesús no es un simple invitado a la boda. Si se estudia con atención el relato, se descubre que Jesús

²⁸² Jn 4,29.

es el esposo definitivo, el que ama a los hombres con un amor indescriptible y les alegra con la salvación.

Amigo: Pero, ¿por qué se llama a Juan Bautista *el amigo del novio*? Tengo entendido que Juan era primo de Jesús o familiar cercano.

Obispo: Juan era pariente de Jesús, pero había recibido de Dios la misión de preparar el camino al Mesías. Por su vida ascética en el desierto y su predicación, la gente llegó a pensar que era el Mesías. Él lo negó rotundamente y se definió a sí mismo como la voz que grita en el desierto para que los hombres preparasen el camino al Señor. Juan llegó a tener un grupo de discípulos que le seguían y le ayudaban en su ministerio. Cuando Jesús aparece y comienza su actividad, es bautizado por Juan en el Jordán, y el Bautista invita a sus discípulos a seguir a Jesús, a quien señala como el Mesías, el enviado por Dios. Naturalmente, como pasa siempre con los discípulos de grandes maestros, la aparición de Jesús hizo mella en los discípulos de Juan y surgieron ciertas desavenencias y disputas sobre quién de los dos sería el Mesías. En este contexto aparecen estas palabras de Juan Bautista, que definen perfectamente su relación con Jesús: «El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Ésta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya»²⁸³.

Amigo: Estas palabras se parecen mucho a las que dice Jesús cuando nos habla de permanecer en él para que tengamos su alegría.

²⁸³ Jn 3,29-30.

Obispo: Claro. El cuarto evangelio es una obra literaria muy bien pensada y, al presentar a Juan como «amigo del novio», lo propone a sus lectores como un ejemplo de *amigo* al que imitar. Por una parte, dice que Jesús es el *novio*, es decir, Dios que viene a desposarse con su pueblo. Al afirmar que quien tiene a la novia es el novio, declara la relación de Jesús con su pueblo, con la humanidad. Por otra parte, presenta a Juan como el *amigo del novio*, que *le asiste y le oye y se alegra mucho con la voz del novio*. Y añade estas palabras: *ésta es, pues, mi alegría que ha alcanzado su plenitud*. Como tú señalas, estas palabras son casi las mismas que Jesús pronuncia, pero ahora están en labios de Juan y hablan de la alegría que Juan tiene cuando escucha a Jesús. El autor del cuarto evangelio indica que entre Jesús y Juan hay una perfecta unión, que se expresa en la *alegría*. Juan Bautista se alegra mucho con la voz del novio, que se dirige a los hombres como si fueran su prometida. Esta voz no es otra que la voz del amor que Cristo dirige a los suyos y los atrae hacia él para que sean la Iglesia, esposa de Cristo. La alegría de Juan, como amigo del novio, es la de escuchar la voz de quien se llamará a sí mismo el Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y ellas conocen su voz. Juan se alegra plenamente porque reconoce que ha llegado el único que puede amar como el novio del que hablaban los profetas del Antiguo Testamento, es decir, como Dios.

Amigo: Da la impresión de que Juan no tenía dudas sobre quién era Jesús. ¿No le ocurrió como a los demás apóstoles, que dudaron y tuvieron que cambiar su forma de pensar sobre Cristo?

Obispo: Jesús hace muchos elogios de Juan Bautista. Dice de él que es más que un profeta y el más grande de los nacidos de mujer. Le compara con el gran profeta Elías y le llama «lámpara ardiente

y luminosa»²⁸⁴. Pero el mejor retrato de Juan es el que tenemos en sus propias palabras cuando, frente a quienes le oponían a Jesús, dice que no es digno de desatarle las sandalias²⁸⁵. O cuando afirma de Jesús: «Es preciso que él crezca y que yo disminuya». Ante la presencia de Jesús, Juan se difumina, se anonada. Reconoce que Jesús ha venido de arriba, del cielo, y que da testimonio de lo que ha visto y oído²⁸⁶. Afirma que Jesús, como Enviado de Dios, habla sus palabras y nos da el Espíritu sin medida²⁸⁷. Como ves, Juan conocía muy bien a Jesús y, como amigo, no pretende competir con él ni ocupar su puesto ni hacerle sombra. Se contenta con alegrarse por su presencia, con escuchar su voz y asistirle en su misión de esposo.

Amigo: ¿Cómo lo hizo?

Obispo: Señalando a Jesús e invitando a los hombres a descubrirlo como el esposo que ha venido a amar a la Iglesia, sacrificándose por ella, como dirá después san Pablo²⁸⁸. Juan Bautista señaló a Jesús como el cordero que quita el pecado del mundo. Descubrió en él al cordero o Siervo de Dios, que sería inmolado para la salvación de los hombres, y, en su calidad de amigo, hizo las veces de quien apadrina en las bodas. Algunos estudiosos, de hecho, quieren ver en la designación de *amigo* una referencia al que, en la época de Jesús, actuaba como agente o representante del novio. Juan Bautista no sólo fue el precursor de Jesús con su palabra vehementemente, sino quien lo presentó a Israel como el esposo que daría su sangre para lavar a la esposa de todos sus pecados. Al final de su

²⁸⁴ Jn 5,35.

²⁸⁵ Lc 3,16.

²⁸⁶ Cf. Jn 3,31-32.

²⁸⁷ Cf. Jn 3,34.

²⁸⁸ Cf. Ef 5,25-27.

vida, también Juan derramó su sangre por Cristo bajo la espada de Herodes.

Amigo: ¿Qué puede enseñarnos Juan Bautista a los amigos de Jesús? No es fácil acomodar hoy estas ideas a nuestra mentalidad. Resultaría extraño hablar hoy a la gente de nuestros días con las imágenes de Juan.

Obispo: Juan Bautista es presentado como modelo de amigo de Jesús. Es cierto que hay imágenes que pueden resultar extrañas —aunque no por ello debemos silenciarlas, dada su fuerza simbólica tan expresiva—, pero encierran verdades preciosas de la fe. Como amigos de Cristo, debemos oírle y asistirle siempre que su voz resuena en el corazón de los hombres. El pintor alemán Grünewald, del que ya hemos hablado, coloca a Juan Bautista en el Calvario, junto a la cruz de Cristo, a pesar de que ya había muerto. Pero lo sitúa allí, señalándole con un imponente dedo como el cordero que quita el pecado del mundo. Los hombres necesitan que alguien les conduzca a Cristo. Ésa es la tarea de quienes somos sus amigos. Y, sobre todo, el mundo necesita discípulos de Cristo que no se arroguen el papel del Maestro, sino que, siempre a su lado, disminuyan para que él crezca y no pretendan usurpar ni eclipsar la Palabra de Jesús con sus propias palabras o enseñanzas, sino escuchar a quien nos dice todo lo que ha visto y oído junto al Padre. En realidad, el Bautista nos enseña a reconocer siempre con humildad esa distancia, que, sin alejarnos de Cristo, nos permite permanecer junto a él como amigos del novio.

Amigo: Además de Juan Bautista, también el apóstol Juan permaneció fielmente junto a Jesús. Cuando Cristo muere en la cruz, no huyó como los demás apóstoles, sino que acompañó a María en los momentos más difíciles de su vida.

Obispo: El apóstol Juan es el símbolo del amigo fiel. Fue objeto de unas enigmáticas palabras de Jesús, que dieron pie para pensar que no moriría nunca. Esas palabras le han envuelto en un aura de misterio como si fuera el apóstol destinado a permanecer en la Iglesia como el testigo más cualificado de Jesús. Me refiero a las palabras que le dirige Jesús, cuando se apareció a los discípulos que pescaban en el lago. Jesús tuvo un diálogo con Pedro y, al finalizar, le dijo que le siguiera. Pedro comenzó a seguir a Jesús y, al observar que Juan seguía detrás de él, preguntó a Jesús por su destino. Jesús le dijo: «Si quiero que permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme»²⁸⁹. Comentando estas palabras de Jesús, el evangelista aclara: «Corrió, pues, entre los hermanos la voz de que este discípulo no moriría. Pero Jesús no había dicho a Pedro: ‘No morirá’, sino: ‘Si quiero que permanezca hasta que yo venga’»²⁹⁰. Mucho se ha escrito sobre el sentido de estas palabras de Jesús. Lo importante es señalar que en ellas aparece el verbo *permanecer* aplicado a Juan, el mismo que Jesús utiliza cuando exhorta a sus discípulos a *permanecer en él*, cumpliendo los mandamientos. Por ello, Juan ha pasado a la historia como el discípulo que, por una parte, asegura a la Iglesia la permanencia de Jesús porque nos transmite la revelación del Maestro; y, por otra, el que nos enseña la fidelidad al Maestro, el testigo fiel que nos educa a permanecer siempre junto a Cristo. Naturalmente, Juan murió como todos los demás apóstoles, pero su evangelio permanece en la Iglesia como memoria viva del Señor Jesús.

Amigo: En nuestro diálogo has hablado mucho de él, de su forma de presentar a Jesús, su enseñanza y sus milagros, pero apenas has hablado de su amistad con Jesús. ¿En qué aspectos puede ser presentado como ejemplo de amistad?

²⁸⁹ Jn 21,22.

²⁹⁰ Jn 21,23.

Obispo: Como Juan Bautista, el apóstol Juan apenas habla de sí mismo. Se oculta en el anonimato y no busca protagonismo alguno. Lo poco que dice de sí está siempre en función del Maestro. Su relación con Jesús, sin embargo, se descubre en su modo personal de hablar de Cristo y de su obra, que revela un instinto místico para captar la verdad de Jesús como el que vive al mismo tiempo en Dios y con los hombres. Se ha dicho que el Jesús de Juan no parece humano ni terreno. No es así. Quizás es mejor decir que en el Jesús terreno aparece la majestad y la gloria de quien está siempre en el Padre y el Padre en él. Su relación con los hombres es cercana y amable, sin dejar por eso de manifestarse como la sabiduría de Dios. ¿Cómo aprendió Juan a mirar así al Hijo de Dios? Tenemos pocos datos para responder a esta pregunta. Una explicación es la cercanía de la amistad con Jesús, más estrecha que con el resto de los apóstoles, y su propia personalidad sensible e intuitiva. Pertenecía al grupo de los tres llamados predilectos. Pero hay otro dato, que no debemos olvidar. Después de la muerte de Jesús, Juan acogió en su casa a María, su madre²⁹¹. Según la tradición, la Virgen María vivió con él hasta su muerte.

Amigo: Conozco esa escena tan emotiva y entrañable. Es sorprendente que Jesús se dirigiera a su madre de esa manera para decirle que Juan ocupaba su lugar y que ella debía ser su madre. No cabe duda de que Jesús quería a Juan de modo especial para confiarle el cuidado de su ser más querido en este mundo.

²⁹¹ Jn 19,25-27: «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo'. Luego dice al discípulo: 'Ahí tienes a tu madre'. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa».

Obispo: Esta escena del evangelio dice más de lo que a primera vista revela el sonido de las palabras. Un gran escritor nuestro, Francisco de Quevedo, dice de ellas que son «sacramentos»²⁹², es decir, misterios. Agudo modo de afirmar que es preciso indagar en su significado. Es evidente que Juan entendió que Jesús le hacía responsable de atender a su madre. Por eso dice que la acogió en su casa. Pero las palabras de Jesús indican que Juan, al ser designado hijo de María, viene a ocupar el vacío que deja Jesús junto a su madre. Se convierte así, por voluntad de Cristo, en el que recordará, tanto a María como al resto de los discípulos, al Maestro. Si te das cuenta, es otra forma de decir que en Juan permanece Jesús. Juan es, por así decirlo, memoria de Jesús, un precioso eslabón que nos une a él, el testigo de las palabras que hacen de María el último don de Cristo a su Iglesia, representada en Juan. En Juan, de hecho, todos los que somos discípulos de Jesús la recibimos como madre, según afirmó Orígenes.

Amigo: Al llevársela a su casa, Juan tendría ocasión de conocer muchas cosas de Jesús, hablarían de él y sería una guía segura para interpretar adecuadamente la vida y las obras de su hijo.

Obispo: A eso me refería al decirte que este hecho puede explicar muy bien la especial penetración de Juan en el misterio de Cristo. Fue una gracia inmensa tener en su propia casa a quien engendró en su seno al Hijo de Dios y lo educó en la fe del pueblo elegido. Nadie como ella podía hablarle del Verbo que se había hecho carne en sus entrañas. Ella lo había tenido en sus brazos y sentado en sus rodillas, como trono de la sabiduría, y, aunque le había enseñado a leer las Escrituras y a interpretar la voluntad de Dios en las pequeñas y grandes cosas, no dejaba de aprender de él,

²⁹² Francisco de Quevedo y Villegas, *Obras completas*, I: *Obras en prosa*, Madrid 1966, 1154.

contemplando a quien la había hecho Madre sin dejar de ser Virgen. Este misterio de su virginidad era para ella la clave para entender que aquel niño venía del Altísimo y escondía, envueltos en pañales, todos los tesoros de Dios. Si, como dice san Lucas, María guardaba y meditaba en su corazón todas las cosas que se decían de Jesús, es lógico suponer que trataría de ellas con Juan en momentos de especial comunicación y le enseñaría a contemplar la Palabra encarnada.

Amigo: ¿Es cierto que los evangelios tienen poco interés por la Virgen y apenas se refieren a ella? ¿Dice san Juan algo especial sobre María que pueda ayudarnos en la amistad con Jesús?

Obispo: No es exacto decir que los evangelios carecen de interés por María. El interés por María, como por otros personajes, no es biográfico. Sin embargo, de María se dice lo fundamental para comprender el lugar eminente que ocupa en el plan de Dios como Madre de su Hijo. Mateo y Lucas nos han dejado pasajes bellísimos, llenos de teología, sobre la Anunciación, la Visitación a Isabel, el Nacimiento de Cristo, la Presentación de Jesús en el templo y la peregrinación a Jerusalén, que le causó el dolor de perderlo en el templo, donde lo halló después discutiendo con los maestros de la ley. El canto de María, conocido como el Magnificat, desvela su alma habitada por la grandeza de Dios y sus obras inefables. Nadie como ella ha cantado la gloria de Dios y su plan de salvación. Por eso es figura de la Iglesia que canta las maravillas de Dios mientras camina por el mundo.

Amigo: ¿Y Juan? ¿Qué dice el cuarto evangelio?

Obispo: Además de la escena del Calvario, y muy unida a ella, está la de las bodas de Caná, donde María interviene en un

momento clave de la vida de Jesús²⁹³. Se ha discutido mucho sobre las palabras que Jesús dirige a su Madre, cuando ésta le indica que los novios se han quedado sin vino. Muchos autores pintan a María con los rasgos de intercesora que pide a Jesús un milagro. Jesús parece dejar a su madre al margen de la situación. Digo parece, porque, analizada bien la escena, el milagro se realiza después de que María dice a los sirvientes: «Haced lo que él os diga»²⁹⁴. Algunos estudiosos han visto en estas palabras una alusión a la fórmula de conclusión o renovación de la alianza con Dios en el monte Sinaí. El pueblo decía: «Haremos todo lo que Yahvé ha dicho»²⁹⁵. María, por tanto, aparece en Caná invitando a ser fieles a Cristo, que viene a establecer la alianza definitiva en el marco de una boda. Pero, si prestas atención, observarás que las palabras de la Virgen recuerdan las que dice Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois mis amigos si hicieréis lo que yo os mando»²⁹⁶. En este contexto de la amistad con Jesús, María señala el camino para ser verdadero amigo de Jesús. A los sirvientes de la boda²⁹⁷, que simbólicamente sirven a Jesús para realizar el signo de su alianza, les dice que le obedezcan. Podemos afirmar que María, según Juan, anticipa el camino que Jesús indicará para ser sus amigos: acoger sus palabras y cumplirlas. No es dar alas a la imaginación si vemos a Juan, en su casa de Jerusalén, junto a María, aprendiendo a acoger las palabras de Jesús en su corazón, como ella hizo. A su lado, aprendió a ser el amigo fiel en quien Jesús había puesto su confianza dejándole el regalo de su Madre, Maestra en el arte de acoger la Palabra y cumplirla. Quizás por esta razón Juan presta tanto interés en señalar que éste es el camino para llegar a ser amigos de Jesús.

²⁹³ Cf. Jn 2,1-11.

²⁹⁴ Jn 2,5.

²⁹⁵ Ex 19,8; 24,3-4.

²⁹⁶ Jn 15,14.

²⁹⁷ En el texto griego se los llama *diáconos*.

Amigo: Si Juan era tan amigo de Jesús, ¿por qué escogió a Pedro para que guiara a su Iglesia? Pedro, además, negó a Jesús tres veces.

Obispo: Sólo Cristo puede responder a esta pregunta. La elección de cada persona es un misterio de amor. Sólo Cristo conoce las razones por las que nos elige para la misión que quiere confiarnos. En el cuarto evangelio, Pedro y Juan aparecen muy unidos en el relato de la Pasión y Resurrección. Se han construido teorías sobre competencias entre ambos o entre los círculos de cada apóstol, que reclamaban para cada uno de ellos una autoridad mayor, pero les sobra mucha fantasía. Pedro simbolizaría la acción y la autoridad; Juan, la contemplación y el servicio. Pedro representaría la institución de la autoridad; Juan, el carisma de la permanencia del Señor. Lo cierto es que los dos eran amigos predilectos de Cristo y los dos lo amaron con pasión. Más que oponerlos, el evangelio los presenta con cierta complicidad, signo de mutua confianza. En la cena, Juan se hallaba cerca del Maestro. Pedro aprovecha esta circunstancia para indicarle que pregunte a Jesús quién era el traidor. La mañana de la resurrección, ambos corren juntos al sepulcro. Juan llega antes (se supone que era más joven), pero deja que sea Pedro quien entre primero, un probable signo de respeto a su autoridad. Quizás la diferencia de su carácter aparece con más claridad en el relato de la aparición de Jesús resucitado junto al lago de Tiberíades. Juan es el primero en identificar al hombre que aparece en la orilla y exclama: «¡Es el Señor!»²⁹⁸. Pedro, impulsivo y dinámico, se tira al agua para llegar cuanto antes a la orilla y encontrarse con Cristo.

Amigo: ¿Cómo fue ese encuentro?

²⁹⁸ Jn 21,7.

Obispo: El encuentro de Cristo resucitado con Pedro se ha llamado examen del amor. Es una escena sorprendente porque Jesús le solicita tres veces seguidas una confesión de amor. En este examen del amor se ha querido ver la contrapartida de la triple negación de Pedro. Jesús intentaría sanar desde la raíz la pretensión de Pedro de querer ser más y mejor que los demás, cuando, en la última cena, presumió de que, aunque todos los demás apóstoles, dejaran al maestro, él jamás lo haría. Jesús le anunció entonces que, antes de que cantara el gallo, le negaría tres veces, como así sucedió. Ahora, junto al lago de Galilea, lugar de la vocación de Pedro y de la promesa por parte de Jesús de ser pescador de hombres, Jesús solicita el amor de Pedro preguntándole tres veces si le ama. Más aún, la primera vez le pregunta si le ama más que los demás. La pregunta de Jesús, «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?», ha sorprendido siempre. ¿Quería Jesús aludir a la pretensión fallida de Pedro de amarle más que el resto de los doce? ¿Era una forma de sanar su orgullo? ¿O buscaba más bien que Pedro comprendiera que el encargo que iba a recibir de Jesús exigía un amor mayor para defender el rebaño de Cristo? Dice el evangelio que Pedro se entristeció cuando por tercera vez Jesús le preguntó si le amaba. ¿De dónde venía esa tristeza? ¿Dudaba Pedro de que Jesús desconfiara de su sinceridad? ¿O le recordaba aquella tercera negación en que juró no conocer a Cristo? Con sus preguntas, Jesús parece solicitar a Pedro que confiese un amor que sane las heridas de su negación. Pedro no se hubiera atrevido a contestar si la mirada del Señor no delatase su confianza en él, la certeza de su perdón y la seguridad de que le amaba. Apoyado ahora, no en su propio orgullo sino en el perdón de Cristo, Pedro confesó su amor: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero»²⁹⁹. Pedro confiesa su amor por Cristo y este amor confesado, con el trasfondo de las

²⁹⁹ Jn 21,17.

negaciones, le recupera para el encargo de pastorear su Iglesia. Aquel Pedro que se ufanaba de ser más que los demás, recibe el cuidado de todo el rebaño, que le exigirá amar hasta la muerte anunciada por Jesús. Deberá amar más para asemejarse a quien le examina de un amor que consiste en dar la vida por los amigos.

Amigo: Pedro puede servir de ejemplo a quienes han negado alguna vez a Cristo, pero no es un amigo más de Jesús, pues ha recibido de él una misión única. ¿Qué puede enseñarnos a los cristianos de a pie su especial relación con Jesús?

Obispo: La relación de Cristo con cada uno de nosotros es única y no puede compararse con ninguna otra. Sin embargo, dice san Juan de la Cruz que, al atardecer de nuestra vida, se nos juzgará sobre el amor. Quiere decir que todos estamos llamados a amar a Cristo con todo nuestro ser y que, más allá de las circunstancias, el amor es la norma de nuestra vida. Pedro tuvo que aprender a amar sin poner la confianza en sí mismo y sin creerse mejor que sus compañeros. El amor, del que Jesús le examina, nace de la experiencia de su propia debilidad o, dicho de otro modo, del arrepentimiento de su pecado de orgullo. Pedro lloró amargamente cuando negó a Jesús y éste le miró. Conoció su debilidad y, arrepentido, pudo confesar a Jesús su amor de un modo nuevo. Algo parecido ocurrió cuando, en la pesca milagrosa, reconociendo el poder de Cristo, se postró ante él y le dijo: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador»³⁰⁰. Entonces Jesús le llamó a ser pescador de hombres. Sobre la base de la humildad, podemos confesar nuestra determinación de amar a Cristo, sin olvidar que sin él no podemos nada, ni siquiera confesar que le amamos. Él nos conoce mejor. Sabe nuestros límites, hasta dónde podemos llegar en la entrega de

³⁰⁰ Lc 5,8.

nuestra vida. Ante él, de nada sirve el orgullo y la arrogancia. Sólo desea que confesemos el amor apoyados en la experiencia del suyo, que es fuerte para sostenernos y fiel para concedernos el perdón después de cada negación. Ésa es la grandeza del sacramento del perdón, que restaura y renueva la amistad. Quien besa los pies de Cristo, arrepentido de sus infidelidades, puede besarle las manos en señal de gratitud, como hacen los pobres cuando reciben limosna. Sólo así llegará a la intimidad de la amistad en la que Cristo lo da todo³⁰¹. Sólo la humildad del arrepentimiento nos abre el camino de la intimidad con Cristo para confesarle nuestro amor: *Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.*

Amigo: Entonces, ¿para amar de verdad hay que haber tenido experiencia de nuestros pecados y del perdón de Cristo?

Obispo: Hay que tener conciencia de que Cristo me ha redimido y poder decir con san Pablo: *Me amó y se entregó por mí. Él es mi Redentor.* Sin duda, conocerás la escena de la mujer pecadora, que irrumpió un día en casa del fariseo Simón, aprovechando la ocasión de que Jesús estaba invitado a comer³⁰². Esta mujer, que la tradición identifica con María de Magdala, era una pecadora pública, que había escuchado a Jesús y posiblemente había sido absuelta de sus culpas. Cuando entró en la casa, buscaba agradecer a Jesús el perdón recibido. Los fariseos y maestros de la ley se guardaban

³⁰¹ Comentando el comienzo del Cantar de los Cantares, que se inicia con el verso «¡Que me bese con besos de su boca!», san Bernardo distingue tres besos en el camino hacia la intimidad con Dios, el beso en los pies, en la mano y en la boca: «Hablamos del beso que se recibe en los pies, en las manos y en la boca, correspondiendo cada beso a un estado distinto. Con el primero se consagran los comienzos de nuestra conversión; el segundo se concede a los que van avanzando en ella, y el tercero es una experiencia exclusiva para los perfectos que son muy pocos» (*Obras completas de San Bernardo*, t. V: *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* (BAC 491), trad. de I. Aranguren, Madrid 1987, 105).

³⁰² Cf. Lc 7,36-50.

muy bien de tener contacto con pecadores públicos. Era una forma de mantener la pureza externa que les exigía la ley. La escena en casa de Simón está llena de tensión dramática, porque, cuando aquella mujer se arroja a los pies de Cristo, los riega con sus lágrimas, los seca con sus cabellos y los unge con perfume, el fariseo, en su interior, se atreve a juzgar el comportamiento de Jesús, poniendo en duda su condición de profeta. Leyendo sus pensamientos, Jesús le cuenta la parábola de un acreedor que tenía dos deudores a quienes perdona la deuda, con la diferencia de que una era grande y la otra pequeña. ¿Quién le amará más?, pregunta Jesús al fariseo. La respuesta era obvia: aquel a quien le perdonó más. Jesús aprovecha esta respuesta para señalar el contraste entre Simón y la pecadora, pues el primero había recibido a Jesús con frialdad, sin agua para lavarse los pies, sin el beso de paz y sin el aceite aromático para la cabeza. La pecadora, por el contrario, se deshizo en atenciones con Jesús. Por ello, Jesús alaba el amor de la pecadora, fruto del agradecimiento por el perdón de sus muchos pecados, y termina con esta sentencia: «A quien poco se le perdona, poco amor muestra»³⁰³, en clara alusión al fariseo, que, en último término, se cree justo. Creo que esta escena responde a tu pregunta: sólo quien tiene conciencia de la misericordia de Cristo le amará con una pasión desbordada de agradecimiento y vivirá toda la vida con un afecto encendido hacia el Señor. Así vivió y murió María Magdalena.

Amigo: ¿Dicen los evangelios algo más de ella?

Obispo: Los evangelios de Mateo, Marcos y Juan la presentan entre las mujeres que en la mañana de la resurrección acuden al sepulcro para terminar los ritos de la sepultura y lo encuentran

³⁰³ Lc 7,48.

vacío. Según Mateo, cuando vuelven a casa, Jesús resucitado les sale al encuentro y le adoran abrazándole los pies. Marcos dice que Jesús se apareció primero a María Magdalena y que ésta fue a comunicar la noticia a quienes habían vivido con él. El relato de Juan es el más emotivo y detallado, cargado de simbolismo teológico, que puede ayudar a comprender el significado de la amistad con Jesús³⁰⁴. Algunos estudiosos creen que el evangelista presenta a María como la amada del Cantar de los Cantares, que se levanta temprano en busca de quien ama su corazón y pregunta a los centinelas si lo han visto; cuando lo encuentra, lo abraza y se niega a dejarlo marchar. Según Juan, María se encuentra junto al sepulcro llorando, porque considera que han robado el cuerpo de Jesús y desconoce dónde lo han puesto. Desconsolada, pregunta primero a los ángeles y después al mismo Jesús, a quien, sin reconocerlo, confunde con el hortelano. Este *ver sin reconocer* indica que María es prisionera del pasado y busca a Jesús muerto. Por eso, pide al supuesto hortelano que le diga dónde ha colocado el cuerpo de Jesús. En ese momento, Jesús la llama por su nombre, «María», y ella reconoce su voz, tal como había dicho Jesús: «Las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una a una por su nombre»³⁰⁵. La respuesta de María no se deja esperar: le llama «Maestro» y, como deja suponer el texto, se arroja a sus pies, como discípula, con la pretensión de abrazarlos. Jesús le comunica entonces el misterio que les envuelve: «Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios»³⁰⁶.

Amigo: ¿Qué quiere decir Jesús? ¿Por qué María no puede tocarle? ¿No había permitido que le tocara Tomás?

³⁰⁴ Cf. Jn 20,11-18.

³⁰⁵ Jn 10,3.

³⁰⁶ Jn 20,17.

Obispo: Las circunstancias son distintas. Tomás había pedido tocar a Jesús para creer. María pensó quizás que Jesús había cumplido sus palabras de despedida: «Volveré... vosotros, sí me veréis», «volveré a veros y vuestros corazones se alegrarán con una alegría que nadie podrá quitaros»³⁰⁷. Con la alegría de verlo, quiso retenerlo para que se quedara siempre con los suyos. San Agustín se hace tu misma pregunta: «¿Por qué a Tomás se permite tocar, mientras que a María se le dice: *No me toques?*»³⁰⁸. Y responde que María, al escuchar su nombre, creyó en Jesús y no necesitaba tocar³⁰⁹. Jesús le indica que la resurrección no es volver a la vida de antes ni restablecer las relaciones físicas que había mantenido durante su vida pública. Como había anunciado durante la última cena, Jesús vuelve al Padre, asciende al lugar de su origen eterno. A María le corresponde anunciar a los discípulos de Cristo, a quienes llama hermanos, el misterio de su retorno al Padre. María, por tanto, como la amada del Cantar de los Cantares, vive entre el deseo de asir a Jesús para que permanezca siempre con los suyos y la experiencia de la fe, que consiste en confesar que el Señor está junto al Padre hasta el momento de su venida definitiva. Jesús enseña a María que aprenda a vivir en la fe, que es «garantía de lo que se espera, prueba de lo que no se ve»³¹⁰. María, que había tenido experiencia del amor de Cristo llorando a sus pies en casa de Simón y junto a la cruz en el Calvario, pretende retenerlo abrazada de nuevo a ellos, pero el Señor la educa en el desprendimiento de lo sensible, signo de la fe adulta, y le confía el anuncio de la resurrección.

³⁰⁷ Jn 14,18-19; 16,22.

³⁰⁸ *Obras completas de San Agustín*, t. XXVI: *Sermones (6^o)* (BAC 461), trad. de Pío de Luis, Madrid 1985, 456.

³⁰⁹ *Ib.*, p. 456: «A este respecto podemos inventar finas conjeturas y decir: 'Hizo bien el Señor en reservar a los incrédulos el que lo tocaran; a esta mujer le impidió que lo tocara porque ya había creído. En efecto, ¿qué necesidad tenía de tocar y buscar a quien había reconocido ya en el hablar?'».

³¹⁰ Heb 11,1.

El poeta Rilke descubrió un sermón anónimo francés del siglo XVII sobre la Magdalena y lo tradujo impresionado por su belleza y su mística. Dicho sermón termina con estas palabras: «Magdalena, poseerás y besarás los pies de Jesús al principio de vuestro amor. Cuando habréis de consumarlo, Jesús te dirá: ‘No me toques más’. Ésta es la conducta, éstos los desvíos, ésta la tiranía del amor divino, en estos tiempos miserables de cautividad y exilio. Vendrá el día de la eternidad, en que veremos, en que amaremos, en que gozaremos, en que viviremos por los siglos de los siglos»³¹¹.

Amigo: Pienso que después de haber visto a Jesús resucitado, María Magdalena y los apóstoles podían predicar con más fuerza su resurrección, pero, al mismo tiempo, esperarían el momento de volverlo a ver y la vida sin él resultaría bastante dura.

Obispo: Ésa es la tesis del sermón que te he citado. Con otras palabras afirma lo mismo que san Pablo en la carta a los Filipenses. Hablando de su muerte, dice que sería con mucho lo mejor, porque iría a estar definitivamente con Cristo. Pero entendía la vida como una oportunidad para hablar de Cristo a los hombres y servirles con la predicación del evangelio³¹². Si te das cuenta, el común denominador de los amigos de Cristo, cuya amistad hemos comentado, se resume en hablar de Jesús. El Bautista, *amigo del novio*, lo propone a Israel como el Enviado de Dios; Juan, *el discípulo*

³¹¹ *El amor de la Magdalena. L'amour de Madeleine.* Sermón anónimo francés del siglo XVII, descubierto por Rilke en 1911, trad. de N. d'Amonville Alegría, Barcelona 1996, 61.

³¹² Flp 1,21-24: «Para mí la vida es Cristo, y el morir, una ganancia. Pero si el vivir en el cuerpo significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger... Me siento apremiado por ambos extremos. Por un lado, mi deseo es partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otro, quedarme en el cuerpo es más necesario para vosotros».

amado, escribe un evangelio para que permanezca la verdad de Jesús y vivamos de ella; Pedro, *examinado de amor*, es confirmado en el encargo de apacentar el rebaño de Cristo; y María, *la que mucho amó*, recibe la misión de ir a los hermanos de Cristo para decirles: «He visto al Señor y me ha dicho esto». Ver al Señor, tratar con él y comunicar sus palabras define la identidad de los testigos de Cristo. Estos amigos nos marcan el camino. En cierto sentido viven en nosotros, porque nos han comunicado su experiencia y nos permiten alegrarnos con la voz del novio, estar al pie de la cruz con María, confesar el amor a Jesús y besar los pies de quien nos ha redimido.

Capítulo X

EL ÚLTIMO DESEO DE JESÚS

Obispo: Antes de morir, Jesús se despidió de los suyos en un largo discurso durante la última cena. Nunca como entonces Jesús ha abierto su intimidad para comunicarse con sus amigos y revelar sus sentimientos más profundos de amor a los suyos. Les exhorta a amarle y amarse mutuamente, a vivir siempre unidos en el amor, como vive él con su Padre. Jesús se dirige también al Padre y pide por ellos para que vivan en la verdad y no se dejen seducir por el mundo. Leyendo el discurso, se descubre el amor que Jesús tiene por sus discípulos, porque son los que el Padre le ha dado para vivir con él en este mundo. Es natural, por tanto, que, al partir, Jesús se preocupe de ellos y pida al Padre que los guarde en la verdad y en el amor. Al final del discurso, Jesús expresa un último deseo, que nos ayuda a entender la grandeza de su amor. Dice así: «Padre, los que tú me has dado, quiero que estén también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que me has dado porque me has amado antes de la creación del mundo»³¹³. Jesús desea que los lazos que ha creado con los suyos se mantengan más allá de la muerte.

³¹³ Jn 17,24.

Amigo: ¿Quieres decir que después de la muerte podremos seguir manteniendo la amistad con Jesús? ¿No rompe la muerte los lazos de afecto y amistad que hemos tenido en este mundo?

Obispo: El filósofo Gabriel Marcel decía que «amar a alguien es decirle tú no morirás jamás». Esta afirmación expresa muy bien la naturaleza del verdadero amor, que no soporta la desaparición del ser amado. Repugna a la condición del hombre que la muerte pueda frustrar la experiencia del amor. Dios nos ha creado para la vida. Ahora bien, el hombre, por mucho que lo desee, no puede cumplir lo que dice el filósofo: que no mueran aquellos que amamos. Jesús sí puede realizar ese deseo. Basta creer en él. Cuando se despidió de los suyos, les anima a que no pierdan la paz por el hecho de su partida y dice: «Creéis en Dios: creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros»³¹⁴. Jesús se sirve de imágenes sencillas para describir la vida con los suyos más allá de la muerte. Habla de la casa del Padre, de mansiones y del lugar que nos prepara. La muerte es una venida suya para llevarnos con él para siempre. Aunque no da más detalles, dice lo esencial para consolar a sus apóstoles, a quienes, según el evangelio de Marcos, llamó para que «estuvieran con él»³¹⁵. Cuando san Pablo consuela a los cristianos ante el misterio de la muerte, les dice que «estaremos siempre con el Señor»³¹⁶. ¿Puede haber algo más deseable para un amigo? ¿No basta esto para satisfacer la necesidad que tenemos de perdurar eternamente en el amor? Jesús vendrá a colmar nuestros deseos y a situarnos junto a él.

³¹⁴ Jn 14,1-3.

³¹⁵ Mc 3,14.

³¹⁶ 1Tes 4,17.

Amigo: A pesar de esas imágenes, no es fácil imaginarse cómo será la vida más allá de la muerte, cómo serán las relaciones con Cristo y entre nosotros. Por otra parte, ¿cuál es el lugar donde habita Jesús?

Obispo: Jesús no habla de un lugar en sentido físico, como es natural. Cuando decimos en el Credo que Jesús subió a los cielos, no nos referimos al cielo físico, que pertenece a esta creación. Más allá del cielo visible se encuentra la morada de Dios, que no está construida por manos humanas, es decir, no es de este mundo material y finito. Como ya te he dicho, Dios habla de su muerte como un ir al Padre. Por la resurrección y ascensión, Jesús está junto al Padre. El mundo de Dios es de otra naturaleza que este mundo creado. Jesús desea que nosotros estemos con él y con el Padre en el mundo que existía antes de la creación. Así lo dice en el evangelio: «Padre, quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo»³¹⁷.

Amigo: ¿Qué quiere decir Jesús cuando habla de su gloria?

Obispo: La palabra *gloria* está llena de significados en la Biblia. Cuando se refiere a Dios, la expresión «gloria de Yahvé» sirve para describir la soberanía y trascendencia de Dios, el esplendor de su santidad y la impronta de su actuar. La gloria refleja e irradia su ser y su poder. Dice la Escritura que a Dios nadie le vio nunca. Nadie puede verlo y permanecer con vida. Pero él puede manifestar su gloria mediante grandes intervenciones en la historia, como el paso del mar Rojo, o mediante manifestaciones llamadas *teofanías*, que

³¹⁷ Jn 17,24.

dejan ver algo de su ser. En el monte Sináí, Moisés pide ver la gloria de Dios. Ésta se presenta como una llama que corona la montaña y la envuelve en una nube sagrada. Moisés entró en esa nube y el contacto con el misterio de Dios hizo que su rostro resplandeciera, de forma que los hijos de Israel «no podían contemplarlo fijamente»³¹⁸. Cuando el profeta Isaías narra su vocación, afirma que vio la gloria de Dios bajo la imagen de un rey sentado en su trono. Un serafín purifica sus labios con un ascua encendida para que pueda hablar lo que Dios le diga³¹⁹. Es posible que san Juan se refiera a esta visión cuando dice que Isaías vio la gloria de Cristo y habló de él³²⁰. Jesús, en cuanto Hijo de Dios, es llamado «resplandor de su gloria e impronta de su ser»³²¹. A esta gloria, velada durante su encarnación, se refiere Jesús cuando dice a los discípulos de Emaús que debía padecer para *entrar en su gloria*, la que tenía junto al Padre por ser su Hijo eterno. Jesús desea que los suyos contemplen esta gloria para que gocen con él.

Amigo: Cuando me hablaste del milagro de las bodas de Caná, dijiste que los discípulos creyeron en Jesús y vieron su gloria. ¿Se refería a esa gloria?

Obispo: En aquella ocasión el evangelista quería decir que el milagro de Jesús revelaba el misterio que Jesús lleva en sí mismo, aunque no contemplaran su gloria eterna. Para san Juan, que tiene siempre ante sus ojos la condición divina de Jesús, en la vida y en la muerte de Jesús se manifiesta su gloria, aunque los hombres no la vean, porque todo lo que hace Jesús es una manifestación, en su carne humana, de la gloria que ha venido a revelarnos. En este sentido

³¹⁸ 2Cor 3,7.

³¹⁹ Cf. Is 6,6.

³²⁰ Cf. Jn 12,41.

³²¹ Heb 1,2.

llama la atención que en la pasión de Cristo se manifieste también su gloria, porque es una revelación de su amor, y no hay nada más esplendoroso que el amor de Dios. La cruz, que eleva a Cristo sobre la tierra, evoca la elevación a la gloria, porque la muerte de Cristo es la hora que manifiesta su amor. La cruz no puede separarse de la gloria; el Crucificado es el Elevado a la gloria, el mismo y único Hijo de Dios. Naturalmente, hasta que no resucita, su gloria está oculta y sólo se hace «visible» a quienes contemplan el amor con que padece y muere por los suyos.

Amigo: En algún otro momento de la vida de Jesús, ¿pudieron los discípulos contemplar esta gloria de Jesús?

Obispo: Después de anunciar la muerte a sus discípulos, Jesús tomó aparte a los tres predilectos, los mismos que habrían de contemplar su profunda angustia en el huerto de Getsemaní la noche de la traición, y se *transfiguró* delante de ellos. ¿Qué quiere decir esta palabra? El texto que narra este misterio de Cristo afirma que «su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz»³²². Este cambio en la forma de presentarse Jesús anuncia en cierta medida lo que tendrá lugar en la resurrección, cuando el cuerpo de Jesús se transfigure de forma definitiva en cuerpo glorioso. Los discípulos pudieron contemplar por un instante algo de la gloria divina de Cristo. La luz de su rostro era reflejo de la luz eterna; el blanco de sus vestidos, símbolo de su condición celeste y belleza. Junto a él aparecieron dos figuras importantes de la historia santa de Israel: Moisés y Elías. El primero, el máximo legislador de Israel, a quien Dios entregó la ley; el segundo, el profeta por excelencia, defensor del único Dios. Dice san Lucas que «hablaban de su partida que iba a cumplir en

³²² Mt 17,2.

Jerusalén»³²³. Con esta alusión a su muerte, el evangelista da a entender que Jesús quería fortalecerlos ante la prueba de su muerte³²⁴ y hacerles comprender que la muerte era el paso necesario para la gloria.

Amigo: Ver a Cristo de esta manera tuvo que impresionar mucho a los apóstoles. ¿Qué pensaron al verlo así? ¿Cuál fue su reacción?

Obispo: El evangelio dice que los apóstoles se llenaron de temor. Es la reacción típica ante las manifestaciones divinas, que provocan una mezcla de asombro, adoración y santo temor de Dios. Dice san Marcos que Pedro tomó la palabra y dijo: «‘Rabbi, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías’; pues no sabía qué responder ya que estaban atemorizados»³²⁵. Estas palabras revelan que se encontraban muy bien junto a Cristo, contemplando su gloria, y que, si por él fuera, permanecerían allí con él para siempre. De hecho, el misterio de la transfiguración ha servido a grandes místicos y maestros espirituales para explicar en qué puede consistir la visión de Cristo en la gloria eterna. El mismo apóstol Pedro, pasado el tiempo, reflexiona en una de sus cartas sobre este acontecimiento y dice que vio con sus propios ojos la majestad de Cristo, «cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: ‘Éste es mi Hijo muy amado en quien me complazco’. Nosotros mismos escuchamos esta voz venida del cielo, estando con él en el monte santo»³²⁶. Si te das

³²³ Lc 9,27.

³²⁴ En el prefacio de la misa de este día se afirma que Cristo, «ante la proximidad de la pasión, fortaleció la fe los apóstoles, para que sobrellevaran el escándalo de la cruz».

³²⁵ Mc 9,5-6.

³²⁶ 2Pe 1,16-18.

cuenta, utiliza la expresión *sublime Gloria* para designar al Padre, que es quien habla desde el cielo y presenta a Jesús como su Hijo muy amado. Piensa ahora en las palabras de Jesús pidiendo al Padre que los suyos estén con él y contemplen su gloria. Pasada la muerte, veremos en plenitud lo que Pedro vio en el monte Tabor, la gloria del Hijo junto al Padre. Si entonces Pedro pidió quedarse allí en tiendas construidas por ramos y palmas de Galilea, ¿qué será ver para siempre el rostro inmortal de Cristo, radiante de luz, junto al Padre y el Espíritu, y vernos nosotros con él sabiendo que nada podrá turbar esa visión y que no necesitaremos construir tienda alguna porque Dios será para siempre nuestra morada? San Agustín lo describe así: «Gozaremos, hermanos, de cierta visión que no vieron los ojos ni oyeron los oídos ni subió a corazón de hombre; de cierta visión que sobrepasa a todas las hermosuras terrenas, de oro, de plata, de bosques, de campos; a la belleza del sol y de la luna, a la belleza de las estrellas, a la belleza de los ángeles; en una palabra, a la de todas las cosas, puesto que por ella son bellas todas»³²⁷.

Amigo: ¿Por qué Pedro y los otros dos apóstoles, que contemplaron a Cristo transfigurado, tuvieron tanta dificultad para creer en la resurrección de Jesús? ¿Olvidaron esta experiencia?

Obispo: La muerte de Jesús fue una experiencia terrible y desoladora. A pesar de que Jesús aludió a la resurrección para explicar este milagro, san Marcos dice que los apóstoles discutían «entre sí qué era eso de ‘resucitar de entre los muertos’»³²⁸. Jesús quiso fortalecerlos ante el drama de la pasión. Sabía muy bien que la muerte estremece al hombre. Él mismo experimentó angustia y desamparo

³²⁷ *Obras completas de San Agustín*, t. XVIII (BAC 187), trad. de B. Martín Pérez, Madrid 1959, 253.

³²⁸ Mc 9,10.

ante la muerte. San Pablo llama a la muerte el «último enemigo»³²⁹ del hombre, ante el cual nos encontramos, humanamente hablando, desarmados. Pero es indudable que la fuerza con que irrumpió el cristianismo y prendió en el corazón de los hombres venía del hecho de la resurrección. La tumba vacía de Cristo y sus apariciones acabaron por derribar los cimientos de la duda en la vida más allá de la muerte. La resurrección inauguraba los últimos tiempos esperados por Israel en que los muertos resucitarían. Los apóstoles llamaron a Jesús el primogénito de entre los muertos porque, siendo el primero, no sería el último. En él, todos tenemos la esperanza cierta de la resurrección. Una fórmula muy antigua del libro de los Hechos dice que los apóstoles «enseñaban al pueblo y anunciaban en la persona de Jesús la resurrección de los muertos»³³⁰.

Amigo: ¿Quieres decir que también nosotros resucitaremos? Al ver a Cristo resucitado, ¿comprendieron los apóstoles que también ellos resucitarían?

Obispo: El pueblo judío esperaba la resurrección al final de los tiempos. El fin de la historia coincidía, según la fe de Israel, con la resurrección de los muertos y el juicio de Dios. Al resucitar Jesús, los apóstoles comprenden que ha comenzado ya ese tiempo final, aunque la historia siga su curso. Cristo es el resucitado y la resurrección. En él vemos realizada nuestra esperanza y, unidos a él, experimentaremos la resurrección. En el relato de la resurrección de Lázaro, Jesús mantiene un diálogo con su hermana Marta, y le dice: «Tu hermano resucitará». Le respondió Marta: 'Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día'. Jesús le respondió: 'Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá;

³²⁹ 1Cor 15,26.

³³⁰ Hch 4,2.

y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás'»³³¹. Como ves, Jesús afirma claramente que quien vive unido a él vivirá para siempre, no morirá. San Pablo saca las consecuencias de las palabras de Jesús y afirma que «somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas»³³².

Amigo: Ya me has dicho a lo largo de este diálogo que Jesús quiere situarnos en el mundo de Dios y que necesitamos para ello abrirnos a la fe. Si pienso ahora cómo mi cuerpo puede ser transformado en un cuerpo glorioso, choco con la evidencia de la muerte, que reduce nuestro cuerpo a un montón de cenizas.

Obispo: Los cristianos no creemos en la resurrección como en una verdad abstracta. Creemos en Cristo resucitado, cuyo cuerpo glorioso fue visto por los apóstoles y otros testigos. Es cierto que él no conoció la corrupción del sepulcro, pero murió realmente como hemos de morir nosotros. Eso nos ayuda a superar el temor a la muerte y a pasar por ella de la mano de Jesús. Pero la unión a Cristo nos da la certeza, como dice san Pablo, de una «resurrección semejante»³³³ a la suya. Por tanto, aunque contemplemos la disolución de nuestro cuerpo, esperamos la resurrección que Cristo nos ha garantizado con la suya. Por otra parte, no olvides que si Dios tiene poder para crear el mundo de la nada, también lo tiene para recrearlo y darle nueva vida.

³³¹ Jn 11,24-26.

³³² Flp 3,20-21.

³³³ Rom 6,5: «Porque si nos hemos injertado en él por una muerte semejante a la suya, también lo estaremos por una resurrección semejante».

Amigo: ¿Tan importante es nuestro cuerpo? ¿Por qué es tan fundamental que resuciten los cuerpos?

Obispo: Piensa bien lo que preguntas. Tú no existes sin cuerpo. ¿Qué serías sin él? ¿Podrías comunicarte con los demás? ¿Podrías hablar, trabajar y amar sin él? Aun cuando el hombre no se reduce al cuerpo, es también su cuerpo. Por otra parte, ¿crees que si nuestro cuerpo no importara, el Hijo de Dios hubiera tomado nuestra carne, hubiera nacido de mujer y se hubiera entregado a la muerte? Jesucristo no renunció a nuestra carne al pasar por la muerte; al contrario, la glorificó y la introdujo en la cercanía más íntima del Padre, cuando se sentó junto a él. Esta elevación de nuestra carne a la gloria de Dios ya es una realidad en Cristo, hermano nuestro. De ahí que el destino de nuestro cuerpo sea el mismo que el de Cristo: resucitar. Esta verdad es tan importante que san Pablo la da ya por realizada y contempla a los redimidos por Cristo como si ya estuvieran con él disfrutando de la misma gloria. En la carta a los Efesios, por ejemplo, hace esta sorprendente afirmación: «Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo —por gracia habéis sido salvados— y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús»³³⁴. En este texto, san Pablo saca todas las consecuencias del significado de la encarnación de Cristo, que se ha unido a nosotros para darnos vida, y contempla a los cristianos gozando ya de la resurrección y morando en el cielo como destino último. Ésa será nuestra gloria junto a Cristo. Esto es, en realidad, lo que Jesús pide al Padre para

³³⁴ Ef 2,4-7.

nosotros: que estemos con él y contemplemos su gloria. Por eso, la Iglesia da tanta importancia al cuerpo del hombre, lo consagra con los sacramentos, lo unge antes de morir para confiárselo a Cristo y lo sepulta con honor imitando al Señor que fue colocado en el sepulcro en la espera de la resurrección. La felicidad plena del hombre después de la muerte no se alcanza hasta el momento de la resurrección, cuando el alma, que goza ya de la visión de Cristo si ha muerto en su amistad, se une al cuerpo glorificado para disfrutar de Dios para siempre. Sólo María, la Madre del Señor, goza ya plenamente de la gloria en alma y cuerpo, porque, al haber sido concebida sin pecado y ser toda santa, su cuerpo no experimentó la corrupción del sepulcro. Ésta es la fe en el dogma de su ascensión a los cielos.

Amigo: Aunque veo la importancia del cuerpo, me cuesta comprender cómo será ese proceso de transformación que se da en la resurrección. ¿Existe alguna explicación?

Obispo: Esta cuestión preocupaba también a los cristianos de Corinto. San Pablo, en la primera carta que les dirige, aborda este problema y afirma dos cosas fundamentales: en primer lugar, les dice que, sin creer en la resurrección de Cristo y en la nuestra, la fe cristiana es vana, no tiene sentido. En segundo lugar, aborda el tema que tú me planteas: ¿Cómo se da el paso de un cuerpo mortal a un cuerpo glorioso? Y responde con este ejemplo tan sencillo y tan clarificador: «Dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no recobra vida si no muere. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano, de trigo por ejemplo o de alguna otra planta... Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un

cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual»³³⁵. Como ves, la imagen de la siembra ilustra muy bien el proceso que te preocupa. Esa imagen recuerda la que el mismo Jesús utiliza para hablar de su propia muerte y resurrección, cuando se compara con un grano de trigo, que, para ser fecundo, tiene que ser sepultado en tierra³³⁶. Sólo así fructificará en una espiga llena de vida. Es posible que san Pablo recordara esta explicación de Jesús sobre su propia muerte y resurrección y la aplicara a los cristianos.

Amigo: Esta comparación es muy bella y me ayuda a comprender mejor la unión de Cristo con nosotros y el gran don que nos ha hecho compartiendo nuestra vida.

Obispo: Ciertamente. Todo se reduce a un intercambio de bienes. Nosotros le hemos dado la pobreza de nuestra carne y él nos la devuelve gloriosa y resucitada. Si la muerte hubiera destruido para siempre nuestro cuerpo, no podríamos decir que Cristo ha triunfado sobre la muerte. En este intercambio de bienes, el Espíritu de Cristo tiene un puesto muy importante. Porque es él quien genera en nosotros la vida y el que nos conduce a la resurrección. San Pablo dice que el mismo Espíritu, que resucitó a Cristo de entre los muertos, resucitará también nuestro cuerpo mortal³³⁷. Cuando fuimos bautizados, recibimos este espíritu de inmortalidad y de vida que vivificará nuestros cuerpos en la resurrección. Es el principio vital que nos arrancará de la muerte y

³³⁵ 1Cor 15,36-37.42-44.

³³⁶ Jn 12,24: «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto».

³³⁷ Rom 8,11: «Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros».

transformará nuestro cuerpo según la imagen del Resucitado. Pero no sólo nos ha dado su Espíritu, sino que nos ha abastecido con la «medicina de inmortalidad».

Amigo: ¿Qué quieres decir con esa expresión?

Obispo: Me refiero a la Eucaristía.

Amigo: ¿Por qué la llamas así?

Obispo: Esta designación de la Eucaristía se debe a san Ignacio de Antioquía. Al final de su carta a los Efesios, evoca las reuniones de la asamblea cristiana en torno al obispo «con un propósito constante, partiendo un único pan, que es *medicina de inmortalidad*, remedio para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo»³³⁸. La importancia de estas palabras reside no sólo en su contenido sino en quién las dice. San Ignacio de Antioquía escribe sus cartas en su viaje a Roma para ser echado a las fieras en el circo. La cercanía de su muerte hace aún más valiosa la afirmación sobre la Eucaristía como remedio para no morir y vivir siempre en Jesucristo.

Amigo: ¿Qué quiere decir que la Eucaristía es un remedio para no morir? Es evidente que no se refiere a la muerte física, pues todos morimos, incluso los que la reciben con frecuencia.

Obispo: Esta enseñanza sobre la Eucaristía se remonta a Jesús. Aunque el evangelio de san Juan no tiene, como los sinópticos, un relato de la institución de la Eucaristía, posee en cambio una enseñanza muy elaborada sobre ella en el discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún, pronunciado después de la multiplicación de

³³⁸ Ignacio de Antioquía, *Ad Eph* 20,2. El subrayado es nuestro.

los panes y los peces. En este discurso, Jesús parte de una experiencia del pueblo de Israel en el desierto que les ayudó a sobrevivir: Dios les concedió una especie de pan, llamado maná, semejante a granos de escarcha, que aparecía por la mañana bajo el rocío en el campamento de los israelitas³³⁹. Partiendo de esta experiencia, Jesús enseña que el verdadero pan del cielo no es el maná, sino él mismo. Quienes han estudiado este pasaje, resaltan sobre todo el realismo de las palabras de Jesús que, como ya hemos hablado, provocó cierto escándalo entre sus oyentes. Me refiero a estas concretas palabras:

«Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; éste es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo. Discutían entre sí los judíos y decían: ‘¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?’. Jesús les dijo: ‘En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí’»³⁴⁰.

Si prestas atención, Jesús se presenta como el pan de la vida que se ofrece a los hombres para que no mueran definitivamente. Por eso habla de resurrección. El hombre que come la carne de Cristo

³³⁹ Cf. Ex 16,14.

³⁴⁰ Jn 6,48-57.

y bebe su sangre tiene la vida de Cristo en él; esa vida le dará la resurrección del último día. De nuevo aparece el verbo *permanecer* y la misma comparación que Jesús utiliza en el discurso de la Cena: del mismo modo que Cristo vive por su Padre, el que se alimente de Cristo vivirá por él, permanecerá en él. Por eso se lleva solemnemente el Viático a los cristianos que van a morir.

Amigo: ¿Qué significa esa palabra?

Obispo: Es el nombre que se da a la Eucaristía cuando se da a quien está a punto de partir hacia la casa del Padre. La palabra procede del latín —*viaticum*— y significa las provisiones que se toman para realizar un viaje. Los cristianos somos peregrinos hacia la casa del Padre; la Eucaristía es el alimento que nos sostiene durante el viaje de nuestra vida. En el último momento, se nos provee de ella para la última etapa de nuestro viaje. En algunas culturas, como la egipcia, se enterraba a los muertos con provisiones para la vida en el más allá. A los cristianos, nos basta el alimento de Cristo, que nos da la vida eterna. Recuerdo cómo me impresionó la actitud de un sacerdote momentos antes de morir. Cuando recibió el viático, exclamó: «Con tan buen capitán a bordo, ya puedo decir ‘mar adentro’». Ésa es la fe de la Iglesia: en el momento más definitivo de nuestra vida, la muerte, no estamos solos. Allí está presente nuestro amigo, que nos asegura la medicina de la inmortalidad, el pan de la vida. En ese momento, Jesús no es sólo comida, es también el camino, como indica la misma palabra *viático*, que viene del latín *via*, camino. Jesús afirma: «Yo soy el camino»³⁴¹; «nadie va al Padre sino por mí»³⁴². En ese último viaje, que tanto miedo produce al hombre, el cristiano no carece de nada; sabe el camino y tiene

³⁴¹ Jn 14,6.

³⁴² Jn 14,5.

el alimento que le proporciona lo que anhela: la vida eterna. Esa vida no puede ser absorbida ni aniquilada por la muerte. Tiene dentro de sí el poder de la resurrección. Éste es el gran regalo que nos hace Jesucristo. Es el gran don de su amistad, que nos permitirá vivir con él para siempre con el cuerpo de la resurrección. Entonces seremos semejantes a él para siempre.

Amigo: Cambia mucho la perspectiva de la muerte, si se ve de esta manera.

Obispo: Es un cambio radical. La muerte ha sido vencida y el plan de Dios ha llegado a su término. Dios nos ha creado para que fuéramos en todo semejantes a su Hijo. El pecado no fue un obstáculo insuperable para que se realizara su plan. Su Hijo se hizo en todo semejante a nosotros y pasó por la muerte para entrar en su gloria. Esa gloria de Cristo nos pertenece también a nosotros porque Cristo es de nuestra carne, que se ha llevado con él hasta la misma intimidad de Dios. Él quiere que estemos con él, que veamos su gloria, pero que la veamos con nuestra propia carne glorificada. La vida eterna no es un mundo de ideas, sino la casa del Padre habitada por sus hijos, que ven cara a cara la gloria de Cristo. Junto a Cristo está María, con cuerpo y alma. Allí están los amigos de Cristo, los santos, gozando eternamente mientras esperan el momento de dar gloria a Dios con sus propios cuerpos, rescatados de la corrupción. Entonces se revelará de modo definitivo la gloria de los hijos de Dios, cuando la muerte devuelva lo que no le pertenece, nuestra propia carne. En algunas representaciones artísticas del cristianismo, la muerte es presentada como un gran dragón en cuyo seno están todos los que han muerto. Cristo se presenta, abre las fauces del dragón y hace salir a todos los que la muerte retenía en su vientre. Es una preciosa imagen para hacernos comprender el don que trae Jesucristo. Tal imagen no es una fantasía

de los artistas. Al narrar la muerte de Cristo, san Mateo dice que las tumbas se abrieron y muchos santos resucitaron³⁴³. Quiere decir que la muerte de Cristo acaba con el reino de la muerte. Éste era el plan de Dios. Dios nos creó para la vida, para su gloria. Se cumplirá entonces lo que decía san Ireneo: «La gloria de Dios es que el hombre viva».

Amigo: Aunque es difícil imaginar cómo será la vida más allá de la muerte, consuela saber que nada de lo nuestro se perderá, que nuestro cuerpo también se salvará, y que lo que tanto nos hace sufrir, la muerte, será destruido. Alegra sobre todo saber que el deseo de Jesús es tenernos siempre con él.

Obispo: Para eso vino. San Agustín decía que el Hijo de Dios se sentó en la mesa de nuestra pobreza para que nosotros nos sentemos en la de su riqueza. Cuando un día apareció mendigando la amistad de los hombres, nadie sospechaba que bajo aquella humilde apariencia del Nazareno latía la Vida inextinguible. Para el pueblo judío era escandaloso pensar que Dios podía habitar en nuestra carne. No obstante, así sucedió. La imagen poética del Creador que, con la brisa de la tarde, se paseaba con Adán y Eva en el Edén³⁴⁴, se hizo realidad cuando su Hijo decidió habitar entre los hijos de los hombres. Desde entonces no ha dejado de llamar a los hombres a su amistad. Llama a la puerta de cada uno de nosotros y espera a que le abramos. Quien le abre la puerta de su intimidad experimenta que el invitado le conoce desde antiguo, sabe su nombre, sus gozos y temores, y que, como sucedió

³⁴³ Mt 27,52: «Se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron». Aunque este texto es difícil de interpretar, es claro que la resurrección de los santos se presenta como consecuencia de la muerte de Jesús.

³⁴⁴ Gn 3,8: «Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa».

en Emaús, es él quien, en realidad, nos invita a su Cena. Así lo dice el libro último de la revelación cristiana, el Apocalipsis: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias»³⁴⁵. También yo, querido amigo, te digo lo mismo: oye lo que te dice el Espíritu, no seas sordo a su voz, y abre la puerta a Cristo para que un día puedas atravesar el umbral de la suya y contemplarlo para siempre cara a cara.

³⁴⁵ Apc 3,20-22.

Fotocomposición

Encuentro-Madrid

Impresión y encuadernación

CLM-Madrid

ISBN: 9978-84-9920-022-4

Depósito Legal: M-7307-2010

Printed in Spain

«He escogido el género del diálogo porque se ha utilizado desde antiguo por maestros y filósofos para crear un clima de intimidad y cercanía, donde quien desea saber interroga a quien puede comunicarle la verdad que busca. Es el método seguido por Cristo en preciosos lugares del evangelio de san Juan, cuyo texto, nacido de la pluma de un amigo predilecto del Señor, me servirá como telón de fondo de este diálogo. ¿Quién no recuerda, por una sola vez que lo haya leído, el diálogo de Jesús con Nicodemo, con la mujer samaritana, o el dramático tú a tú de Cristo con el procurador Poncio Pilato? Dialogar abierta y amablemente sobre la fe me parece hoy una de las prioridades fundamentales de la Iglesia y una tarea que nunca deberíamos olvidar los pastores. Naturalmente, el diálogo es ficticio. Pero no el contenido del mismo, que toca los fundamentos de la fe y las preguntas que el hombre se hace ante la persona de Cristo, cuando es alcanzado por su luz y atraído hacia su amistad».

(Del *Prólogo* del autor)

ISBN: 978-84-9920-022-4



9 788499 200224

Visite el foro de este libro en
www.ediciones-encuentro.es

EE
ENCUENTRO

RELIGIÓN